This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

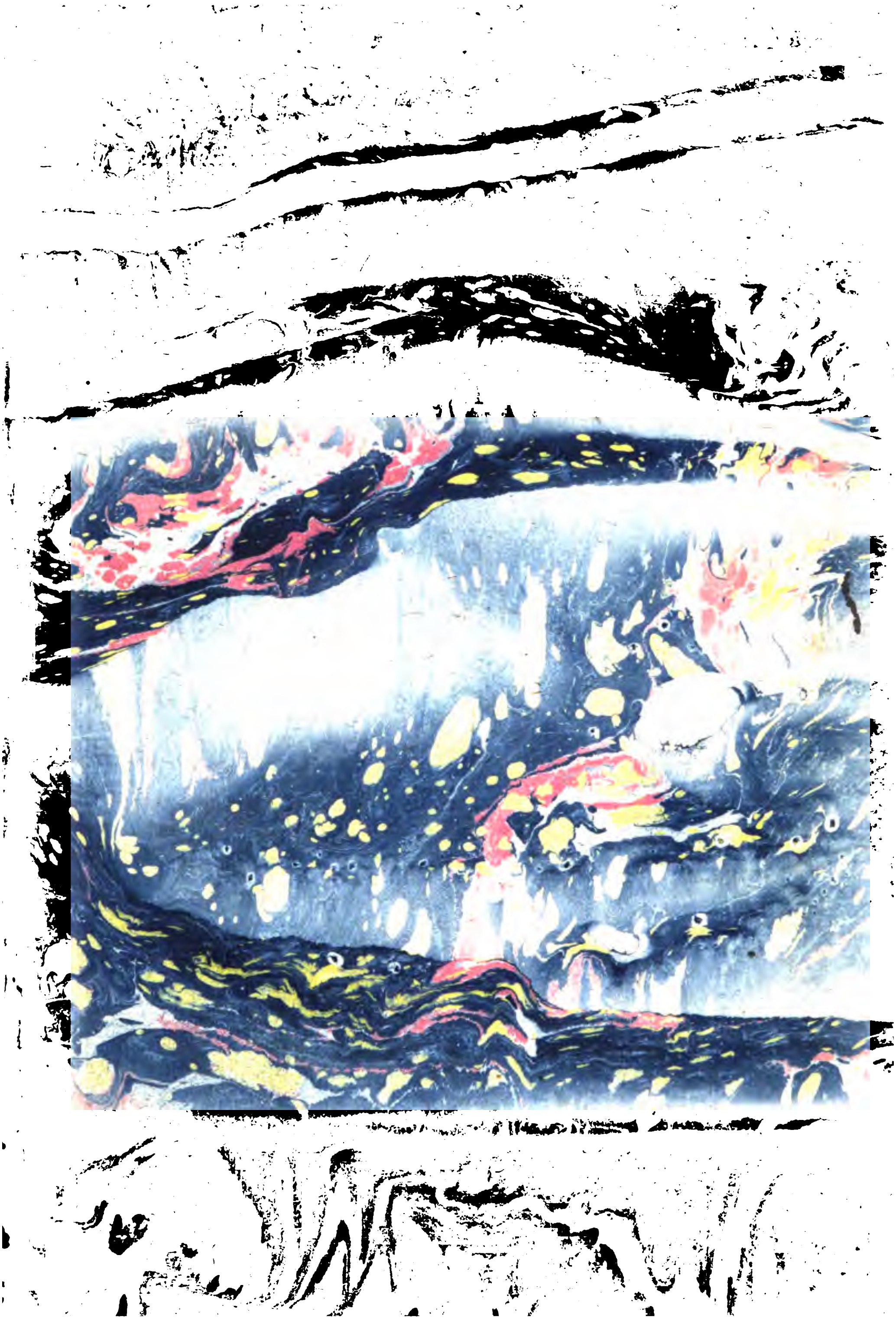
Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

In Memory of
STEPHEN SPAULDING
1907 – 1925
CLASS of 1927
UNIVERSITY OF MICHIGAN



868
C121c
1796

Cadálso, José

CARTAS MARRUECAS

DEL CORONEL

D. JOSEPH CADAHALSO.

EN BARCELONA
EN LA IMPRENTA DE PIFERRER
AÑO DE MDCCXCVI.

1796

ADVERTENCIA.

Leyendo con atencion estas Cartas, se verá que el Autor trabajaba en ellas el año de 1768, y asi no es de estrañar que critique algunas cosas que se han remediado ya, ó se van remediando.

Stephen Spaulding mem coll
Lowdermilk
1-19-48
582248

INTRODUCCION.

Desde que Miguel de Cervantes compuso la memorable Novela, en que criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos, que hemos reemplazado con otras, se han multiplicado las críticas de las naciones mas cultas de Europa en las plumas de Autores mas ó menos imparciales; pero las que han tenido mas aceptacion entre los hombres de mundo y de letras, son las que llevan el nombre de Cartas, que suponen escritas en este ó en aquel país por viageros naturales de Reynos no solo distantes, sino opuestos en religion, clima y gobierno. El mayor suceso de esta especie de críticas debe atribuirse al método epistolar, que hace su lectura mas cómoda, su distribucion mas facil, y su estilo mas ameno; como tambien a lo extraño del caracter de los supuestos Autores: de cuyo conjunto resulta, que aunque en muchos casos no digan cosas nuevas, la profieren siempre con cierta novedad, que gusta.

Esta ficcion no es tan natural en España por ser menor el número de los viageros, á quienes atribuir semejante obra. Sería increi-

ble el título de Cartas Persianas, Turcas ó Chinescas, escritas de este lado de los Pirineos. Esta consideracion me fue siempre sensible, porque en vista de las costumbres, que aun conservámos de nuestros antiguos, las que hemos contraido del trato de los extrangeros, y las que ni bien están admitidas, ni desechadas, me parecia, que podria trabajarse sobre este asunto con suceso, introduciendo algun viagero venido de lejanas tierras, ó de tierras muy diferentes de la nuestra en costumbres y usos.

La suerte quiso, que por muerte de un conocido mio cayese en mis manos un manuscrito, cuyo título es: *Cartas escritas por un Moro, llamado Gazel Ben-Aly, á Ben-Beley, amigo suyo, sobre los usos y costumbres de los Españoles antiguos y modernos, con algunas respuestas de Ben-Beley, y otras Cartas relativas á estas.* Acabó su vida mi amigo, antes que pudiese explicarme, si eran efectivamente Cartas escritas por el Autor que sonaba, como se podia inferir del estilo, ó si era pasatiempo del difunto, en cuya composicion hubiese gastado los últimos años de su vida. Ambos casos son posibles: el lector juzgará lo que piense mas acertado, conociendo, que si estas cartas son útiles ó inútiles, malas ó buenas, impor-

porta poco la calidad del verdadero Autór.

Me he animado á publicarlas, por quanto en ellas no se trata de religion, ni de gobierno; pues se observará facilmente, que son pocas las veces, que por muy remota conexion, se toca algo de estos asuntos.

No hay en el original serie alguna de fechas, y me pareció trabajo, que dilataria mucho la publicacion de esta obra el de coordinarlas; por cuya razon no me he detenido en hacerlo, ni en decir el carácter de los que las escribieron. Esto último se inferirá de su lectura. Algunas de ellas mantienen todo el estilo, y aun el genio, digámoslo asi, de la lengua Arábiga su original: parecerán ridículas sus frases á un Européo, sublimes y pindáricas contra el carácter del estilo epistolar y comun; pero tambien parecerán inaguantables nuestras locuciones á un Africano. ¿ Quál tiene razon ? No lo sé. No me atrevo á decidirlo, ni creo que pueda hacerlo sino uno, que ni sea Européo, ni Africano. La Naturaleza es la única que pueda ser juez; ¿ pero su voz donde suena ? Tampoco lo sé. Es demasiada la confusion de otras voces para que se oiga la de la comun madre en muchos asuntos de los que se presentan en el trato diario de los hombres.

Pe-

Pero se humillaría demasiado mi amor propio, dándome al público como mero editor de estas Cartas. Para desagravio de mi vanidad y presuncion iba yo á imitar el método comun de los que hallandose en el mismo caso de publicar obras agenas á falta de suyas proprias, las cargan de notas, comentarios, colorarios, escolios, variantes y apéndices, ya agraviando el texto, ya desfigurándolo, ya trocando el sentido, ya abrumando al pacífico y muy humilde lector con noticias impertinentes, ó ya distrayéndole con llamadas importunas, de modo que desfalcando al Autor del mérito genuino, tal qual lo tenga, y aumentando el volumen de la obra, adquieren para sí mismos á costa de mucho trabajo el no esperado, pero sí merecido título de fastidiosos. En este supuesto determiné poner un competente número de notas en los parages en que veía, ó me parecia ver equivocaciones en el Moro viajante, ó estravagancias en su amigo, ó yerros tal vez de los copistas, poniéndolas con su estrella, letra ó número al pie de cada página, como es costumbre.

Acompañabame otra razon, que no tienen los mas editores. Si yo me pusiera á publicar con dicho método las obras de algun Autor difunto siete siglos há, yo mismo

no me reiria de la empresa; porque me pareceria trabajo *absurdo* el de indagar lo que quiso decir un hombre, entre cuya muerte y mi nacimiento havian pasado seiscientos años; pero el amigo que me dexó el manuscrito de estas Cartas, y que segun la mas juiciosa conjetura fué el Autor de ellas, era tan mio, y yo tan suyo, que éramos uno propio, y sé yo su modo de pensar como el mio mismo, sobre ser tan rigurosamente mi contemporaneo, que nació en el mismo año, mes, dia é instante que yo; de modo que por todas estas razones, y alguna otra que callo, puedo llamar esta Obra mia sin ofender à la verdad, cuyo nombre he venerado siempre, *aun quando la he visto atada al carro de mentira triunfante*: frase que nada significa, y por lo tanto muy propia para un Prólogo como este, ú otro qualquiera.

Aun asi (díceme un amigo que tengo, muy severo y tétrico en materia de crítica) no soy de parecer, que tales notas se pongan. Podrian aumentar el peso y tamaño del libro, y este es el mayor inconveniente que puede tener una obra moderna. Las antiguas se pesaban por quintales como el hierro, y las de nuestros dias se pesan por quilates, como las piedras preciosas: se me-

dian

dian aquellas por palmos, como las lanzas; y estas se miden por dedos, como los espadines: con que así, sea la Obra que sea, pero sea corta.

Admiré su profundo juicio, y le obedecí, reduciendo estas hojas al menor número posible, no obstante la repugnancia que arriba dixe; y empiezo observando lo mismo respecto á esta Introduccion preliminar, Advertencia, Prólogo, Proemio, Prefacio, ó lo que sea; por no aumentar el número de los que entran confesando lo tedioso de estas especies de preparaciones, y no obstante su confesion prosiguen con el mismo vicio, ofendiendo gravemente al próximo con el abuso de su paciencia.

Algo mas me ha detenido otra consideracion, que á la verdad es muy fuerte, y tanto, que me hubo de resolver á no publicar esta corta obra: á saber, que no ha de gustar, ni puede gustar. Me fundo en lo siguiente. Estas Cartas tratan del caracter nacional, qual lo es en el dia, y qual lo ha sido. Para manejar esta crítica al gusto de algunos, sería preciso ajar á la nacion, llenarla de improperios, y no hallar en ella cosa alguna de mediano mérito. Para complacer á otras, sería igualmente necesario alabar todo lo que nos ofrece el exâmen de su genio, y ensalzar todo

lo

lo que en sí es reprehensible. Qualquiera de estos sistemas que se siguiese en las Cartas Marruecas, tendria gran número de apasionados; y á costa de mal conceptuarse con unos el Autor, se hubiera congraciado con otros. Pero en la imparcialidad que reyna en ellas, es indispensable contraer el odio de ambas parcialidades. Es verdad, que este justo medio es el que debe procurar seguir un hombre que quiera hacer algun uso de su razon; pero es tambien el de hacerse sospechoso á los preocupados de ambos extremos. Por exemplo, un Español de los que llaman rancios, irá perdiendo parte de su gravedad, y casi casi llegará á sonreirse quando lea alguna especie de sátira contra el amor á la novedad; pero quando llegue al párrafo siguiente, y vea que el Autor de la Carta alaba en la novedad alguna cosa útil, que no conocieron los antiguos, tirará el libro al brasero, y exclamará: ¡Jesus, María y Joseph! Este hombre es traidor á su patria. Por el contrario, quando uno de estos que se avergüenzan de haber nacido de este lado de los Pirineos vaya leyendo un panegírico de muchas cosas buenas, que podemos haber contraido de los extrangeros, dará sin duda mil besos á tan agradables páginas; pero si tiene la paciencia de leer pocos renglones mas, y llega á algu-

su reflexion sobre lo sensible, que es la pérdida de alguna parte apreciable de nuestro antiguo carácter, arrojará el libro á la chimenea, y dirá á su ayuda de cámara: esto es absurdo, ridículo, impertinente, abominable y pitoyable.

* En consequencia de esto, si yo, pobre Editor de esta crítica, me presento en qualquier casa de una de estas dos órdenes, *aunque me reciban con algun buen modo, no podrán quitarme* que yo me diga segun las circunstancias: en este instante están diciendo entre sí, este es un mal Español, ó bien, este es un bárbaro. Pero mi amor propio me consolará (como suele á otros en muchos casos), y me diré á mí mismo: yo no soy mas que un hombre de bien, que he dado á luz un Papel que me ha parecido muy imparcial sobre el asunto mas delicado que hay en el mundo, qual es la crítica de una nacion! *

* En el manuscrito de donde se copió este, hay algunos párrafos, y aun Cartas rayadas, como significando, ser la mente del Autor el suprimirlas ó corregirlas; y el que ha hecho esta copia, la saca completa, indicando lo rayado con una estrella al principio y otra al fin.

A CAR-

CARTAS MARRUECAS.

CARTA I.

Gazel á Ben-Beley.

He logrado quedarme en España despues del regreso de nuestro Embaxador, como lo deseaba muchos dias há, y te lo escribí varias veces durante su mansion en Madrid. Mi ánimo era viajár con utilidad; y este objeto no puede siempre lograrse en la comitiva de los grandes Señores, particularmente Asiáticos y Africanos. Estos no ven, digamoslo asi, sino la superficie de la tierra por donde pasan: su fausto, los ningunos antecedentes por donde indagar las cosas dignas de conocerse, el número de sus criados, la ignorancia de las lenguas, los sospechosos que deben ser en los paises por donde caminan, y otros motivos, les impiden muchos medios que se ofrecen al particular que viaja con menos nota.

Me hallo vestido como estos christianos, introducido en muchas de sus casas, poseyendo su idioma, y en amistad muy estrecha con un christiano, llamado Nuño Nuñez que es hombre que ha pasado por muchas vicisitudes de la suerte, carreras y métodos de vida. Se halla ahora separado del mundo, y segun su expresion, encarcelado dentro de sí mismo. En su compañía se me pasan con gusto las horas, porque procura instruirme en todo que pregunto; y lo hace con tanta sinceridad, que algunas veces me dice: *de eso no entiendo*; y otras: *de eso no quiero entender*. Con estas proporciones hago áni-

mo de exâminar no solo la Corte, sino todas las Provincias de la Peninsula. Observaré las costumbres de este Pueblo, notando las que le son comunes con las de otros paises de Europa, y las que le son peculiares. Procuraré despojarme de muchas preocupaciones que tenemos los moros contra los christianos, y particularmente contra los Españoles. Notaré todo lo que me sorprenda, para tratar de ello con Nuño, y despues participártelo con el juicio que sobre ello haya formado.

Con esto respondo á las muchas que me has escrito, pidiendome noticias del país en que me hallo. Hasta entonces no será tanta mi imprudencia, que me ponga á hablar de lo que no entiendo, como lo seria decirte muchas cosas de un Reyno, que hasta ahora todo es enigma para mí, aunque me seria esto muy facil: solo con notar quatro, ó cinco costumbres extrañas, cuyo origen no me tomaria el trabajo de indagar, ponerlas en estilo suelto y jocoso: añadir algunas reflexîones satíricas, y soltar la pluma con la misma ligereza que la tomé, completaria mi obra, como otros muchos lo han hecho.

Pero tú me enseñastes, ¡oh mi venerado maestro! tú me enseñastes á amar la verdad. Me dixiste mil veces, que faltar á ella es delito aun en las materias frívolas. Era entonces mi corazon tan tierno, y tu voz tan eficaz quando me imprimiste en él esta máxîma, que no la borrará la sucesion de los tiempos.

Alá te conserve una vejez sana y alegre, fruto de una juventud sobria y contenida, y desde Africa prosigue enviandome á Europa las saludables advertencias que acostumbras. La voz de la virtud cruza los mares, frustra las distancias, y

penetra el mundo con mas excelencia que la luz del Sol, pues esta última cede parte de su Imperio á las tinieblas de la noche, y aquella no se obscurece en tiempo alguno. ¿Qué será de mí en un país mas ameno que el mio y mas libre, si no me sigue la idea de tu presencia, representada en tus consejos? Esta será una sombra que me seguirá en medio del encanto de Europa, una especie de espíritu tutelar que me sacará de la orilla del precipicio, ó como el trueno, cuyo estrépito y estruendo detiene la mano que iba á cometer el delito.

CARTA II.

Del mismo al mismo.

Aun no me hallo capaz de obedecer á las nuevas instancias que me haces sobre que te remita las observaciones que voy haciendo en la capital de esta vasta Monarquía. ¿Sabes tú, quántas cosas se necesitan para formar una verdadera idea del país, en que se viaja? Bien es verdad, que habiendo hecho varios viages por Europa me hallo mas capaz, ó por mejor decir, con menos obstáculos que otros Africanos; pero aun asi, he hallado tanta diferencia entre los Européos, que no basta el conocimiento de uno de los países de esta parte del mundo, para juzgar de otros estados de la misma. Los Europeos no parecen vecinos, aunque la exterioridad los haya uniformado en mesas, teatros, paseos, exército, y luxo: no obstante las leyes, vicios, virtudes y gobierno son sumamente diversos, y por consiguiente las costumbres propias de cada nacion.

Aun

Aun dentro de la Española hay variedad increible en el carácter de sus Provincias. Un Andaluz en nada se parece á un Vizcaino; un Catalan es totalmente distinto de un Gallego; y lo mismo sucede entre un Valenciano y un Montañes. Esta Península, dividida tantos siglos en diferentes Reynos, ha tenido siempre variedad de trages, leyes, idiomas, y monedas. De esto inferirás lo que te dixe en mi última, sobre la ligereza de los que por cortas observaciones propias, ó tal vez sin haber hecho alguna, y solo por la relacion de viageros especulativos, han hablado de España.

Dexame enterar bien en su historia, leer sus autores políticos, hacer muchas preguntas, muchas reflexîones, apuntarlas, repasarlas con madurez, tomar tiempo para cerciorarme en el juicio que forme de cada cosa, y entonces prometo complacerte. Mientras tanto no te hablaré en mis Cartas, sino de mi salud que te ofrezco; y de la tuya, que deseo completa, para enseñanza mia, educacion de tus nietos, gobierno de tu familia, y bien de todos los que te conozcan y traten.

CARTA III.

Del mismo, al mismo.

En los meses que han pasado, desde la última que te escribí, me he impuesto en la historia de España: he visto lo que de ella se ha escrito desde tiempos anteriores á la invasion de nuestros abuelos, y su establecimiento en ella.

Como esto forma una série de muchos años y siglos, en cada uno de los quales han acaecido

va-

varios sucesos particulares, cuyo influxo ha sido visible hasta en los tiempos presentes, el extracto de todo ello es obra muy larga para remitido en una carta, y en esta especie de trabajos no estoy muy práctico. Pediré á mi amigo Nuño, que se encargue de ello, y te lo remitiré. No temas que salga de sus manos viciado el extracto de la historia de su país por alguna preocupacion nacional, pues le he oido decir mil veces, que aunque ama y estima á su patria por juzgarla digníssima de todo cariño y aprecio, tiene por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo, ó en sus antípodas, ó en otra qualquiera.

En este estado quedó esta Carta tres semanas ha, quando me asaltó una enfermedad, en cuyo tiempo no se apartó Nuño de mi quarto, y haciéndole en los primeros dias el encargo arriba dicho, lo desempeñó luego que salí del peligro. En mi convalecencia me lo leyó, y lo hallé en todo conforme á la idea, que yo mismo me habia figurado: te lo remito tal qual pasó de sus manos á las mias. No lo pierdas de vista mientras durare el tiempo de que nos correspondamos sobre estos asuntos; por ser esta una clave precisa para el conocimiento del origen de todos los usos y costumbres dignas de observacion de un viagero como yo, que ando por los paises de que escribo, y del estudio de un sabio como tú, que ves todo el orbe desde tu retiro.

„La Península llamada España, solo está con-
„tigua al continente de Europa por el lado de
„Francia, de la que la separan los montes Piri-
„neos. Es abundante en oro, plata, azogue, hier-
„ro, piedras, aguas minerales, ganados de exce-
„lentes calidades, y pescas tan abundantes como
„de-

,, deliciosas. Esta feliz situacion la hizo objeto de
,, la codicia de los Fenicios y otros Pueblos. Los
,, Cartagineses, parte por dolo, y parte por fuerza,
,, se establecieron en ella; y los Romanos qui-
,, sieron completar su poder y gloria con la con-
,, quista de España; pero encontraron una resis-
,, tencia, que pareció tan estraña, como terrible
,, á los soberbios dueños de lo restante del mun-
,, do. Numancia, una sola Ciudad, les costó ca-
,, torce años de sitio, la pérdida de tres exércitos,
,, y el desdoro de los mas famosos Generales,
,, hasta que reducidos los Numantinos á la pre-
,, cision de capitular, ó morir, por la total ruina
,, de la patria, corto número de vivos, y abun-
,, dancia de cadáveres en las calles (sin contar los
,, que habian servido de pasto á sus conciuda-
,, danos despues de consumidos todos sus víve-
,, res) incendiaron sus casas, arrojaron sus muge-
,, res, niños y ancianos en las llamas, y salie-
,, ron á morir en el campo raso con las armas en
,, la mano. El grande Escipion fué testigo de la
,, ruina de Numancia; pues no puede llamarse
,, propriamente conquistador de la Ciudad, siendo
,, de notar, que Luculo, encargado de levantar
,, un exército para aquella expedicion, no halló
,, en la juventud romana reclutas que llevar, has-
,, ta que el mismo Escipion se alistó para animarla.
,, Si los Romanos conocieron el valor de los Es-
,, pañoles como enemigos, tambien experimenta-
,, ron su virtud como aliados. Sagunto sufrió por
,, ellos un sitio igual al de Numancia contra los
,, Cartagineses; y desde entonces formaron los Ro-
,, manos de los Españoles el alto concepto que se
,, ve en sus Autores, Oradores, Historiadores, y
,, Poetas. Pero la fortuna de Roma, superior al

,, va-

„ valor humano, la hizo Señora de España, co-„ mo de lo restante del mundo, ménos algunos „ montes de Cantabria, cuya total conquista no „ consta de la historia, de modo que no pueda „ dudarse. Largas revoluciones inútiles de contar-„ se en este parage traxeron del Norte enxambres „ de naciones feroces, codiciosas y guerreras, „ que se establecieron en España: pero con las „ delicias de este clima tan diferente del que ha-„ bian dexado, cayeron en tal grado de afemina-„ cion y floxedad, que à su tiempo fuèron escla-„ vos de otros conquistadores venidos del Medio „ dia. Huyeron los Godos Españoles hasta los „ montes de una Provincia, hoy llamada Asturias; „ y apénas tuviéron tiempo de desechar el susto, „ llorar la pérdida de sus casas y ruina de su „ Reyno, quando saliéron mandados por Pelayo, „ uno de los mayores hombres que la naturaleza „ ha producido.

„ Desde aquí se abre un teatro de guerras, que „ duráron cerca de ocho siglos. Varios Reynos se „ levantáron sobre la ruina de la Monarquía Goda „ Española, destruyendo el qué querian edificar „ los Moros en el mismo terreno, regado con „ mas sangre Española, Romana, Cartaginesa, „ Goda y Mora de quanto se puede ponderar con „ horror de la pluma que lo escriba, y de los „ ojos que lo vean escrito. Pero la poblacion de „ esta Península era tal; que despues de tan largas „ guerras, y tan sangrientas, aun se contaban vein-„ te millones de habitantes en ella. Incorporáron-„ se tantas Provincias, y tan diferentes en dos co-„ ronas, la de Castilla y la de Aragon; y ambas „ en el matrimonio de D. Fernando y Doña Isa-„ bel, Príncipes que serán inmortales entre quan-

„ tos sepan lo que es gobierno. La reforma de abu-
„ sos, aumento de ciencias, humillacion de los
„ soberbios, amparo de la agricultura y otras ope-
„ raciones semejantes formaron esta Monarquía,
„ ayudóles la naturaleza con un número increible
„ de vasallos insignes en letras y armas; y se pu-
„ diéron haber lisongeado de dexar à sus suceso-
„ res un imperio mayor y mas duradero, que el
„ de Roma antigua (contando las Américas nue-
„ vamente descubiertas), si hubieran logrado de-
„ xar su Corona à un heredero varon. Nególes el
„ Cielo este gozo à trueque de tantos como les
„ habia concedido; y su cetro pasó à la casa de
„ Austria, la qual gastó los tesoros, talentos y san-
„ gre de los Españoles en cosas agenas de España
„ por las contínuas guerras, que asi en Alemania,
„ como en Italia tuvo que sostener Cárlos I de Es-
„ paña: hasta que cansado de sus mismas prospe-
„ ridades, ó tal vez conociendo con prudencia las
„ vicisitudes de las cosas humanas, no quiso expo-
„ nerse à sus reveses, y dexó el trono à su hijo
„ D. Felipe II.

„ Este Príncipe, acusado por la emulacion por
„ ambicioso y político como su padre, pero mé-
„ nos afortunado, siguiendo los proyectos de Cár-
„ los, no pudo hallar los mismos sucesos aun à
„ costa de exércitos, de armadas y de caudales.
„ Murió dexando à su pueblo extenuado con las
„ guerras, afeminado con el oro y plata de Amé-
„ rica, disminuido con la poblacion de un mun-
„ do nuevo, disgustado con tantas desgracias, y
„ deseoso de descanso. Pasó el Cetro por las ma-
„ nos de tres Príncipes ménos activos para manejar
„ tan grande Monarquía; y en la muerte de Cárlos II
„ no era España sino el esqueleto de un gigante."

Has-

Hasta aquí mi amigo Nuño. De esta relacion inferirás, como yo, lo primero, que esta peninsula nò ha gozado una paz que pueda llamarse tal en cerca de dos mil años, y que por consiguiente es maravilla, que aun tengan yerbas los campos, y aguas las fuentes: ponderacion que suele hacer Nuño quando se habla de su actual estado. Lo segundo, que habiendo sido la religion motivo de tantas guerras contra los descendientes de Tarif, no es mucho que sea objeto de todas sus acciones. Lo tercero, que la continuacion de estar con las armas en la mano les haya hecho mirar con desprecio el comercio è industria mecánica. Lo quarto, que de esto mismo nazca lo mucho que cada noble en España se envanece de su nobleza. Lo quinto, que los muchos caudales adquiridos rápidamente en Indias distraen à muchos de cultivar las Artes mecánicas en la península, y de aumentar su poblacion.

Las demas consequencias morales de estos eventos políticos, las irás notando en las Cartas que te escribirè sobre estos asuntos.

CARTA IV.

Del mismo, al mismo.

Los Européos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido (1). Si los creyeras, dirias que la naturaleza humana hizo una prodigiosa è increible crisis precisamente à los mil y setecientos años cabales de su nueva cronología. Cada

(1) *Véase la Carta XLVIII.*

particular funda una vanidad grandisima en haber tenido muchos abuelos, no solo tan buenos como él, sino mucho mejores, y la generacion entera abomina de las generaciones que la han precedido. No lo entiendo.

Mi docilidad aun es mayor que su arrogancia. Tanto me han dicho y repetido de las ventajas de este siglo sobre los otros, que me he puesto muy de veras à averiguar este punto. Vuelvo à decir, que no lo entiendo; y añado, que dificulto si ellos se entienden à sì mismos.

Desde la época en que ellos fixan la de su cultura, hallo los mismos delitos y miserias en la especie humana; y en nada aumentadas sus virtudes y comodidades. Asi se lo dixe con mi natural franqueza à un christiano, que el otro dia en una concurrencia bastante numerosa hacía una apología magnífica de la edad, y casi del año que tuvo la dicha de producirlo. Espantóse de oirme defender la contraria de su opinion; y fuè en vano quanto le dixe, poco mas ò ménos, del modo siguiente:

No nos dexemos alucinar de la apariencia, y vamos à lo substancial. La excelencia de un siglo sobre otro, creo debe regularse por las ventajas morales ò civiles, que produce à los hombres. Siempre que estos sean mejores, diremos tambien que su era es superior en lo moral à la que no produxo tales proporciones; entendiéndose en ámbos casos esta ventaja en el mayor número. Sentado este principio, veamos ahora, que ventajas morales y civiles tiene tu siglo de mil setecientos, sobre los anteriores. En lo civil, ¿quáles son las ventajas que tiene? Mil artes se han perdido de las que floreciéron en la an-

antigüedad, y las que se han adelantado en nuestra era: ¿qué producen en la práctica por mucho que ostenten en la especulativa? Quatro pescadores Vizcaínos en unas malas barcas hacian antiguamente viages, que no se hacen ahora sino rara vez, y con tantas y tales precauciones que son capaces de espantar à quien los emprende. De la agricultura y la medicina ¿sin preocupacion no puede decirse lo mismo?

Por lo que toca à las ventajas morales, aunque la apariencia favorezca nuestros dias, ¿en la realidad què dirémos? Solo puedo asegurar, que este siglo tan feliz en tu dictámen, ha sido tan desdichado en la experiencia, como los antecedentes. Quien escriba sin lisonja la historia, dexará à la posteridad horrorosas relaciones de Príncipes dignísimos destronados, quebrantados tratados muy justos, vendidas muchas patrias muy merecedoras de amor, rotos los vínculos matrimoniales, atropellada la autoridad paterna, profanados juramentos solemnes, violado el derecho de hospitalidad, destruida la amistad y su nombre sagrado, entregados por traicion exércitos valerosos, y sobre las ruinas de tantas maldades levantarse un suntuoso Templo al desórden general.

¿Què se han hecho estas ventajas tan jactadas por tí, y por tus semejantes? Concédote cierta ilustracion aparente que ha despojado à nuestro siglo de la austeridad y rigor de los pasados; ¿pero sabes de què sirve esta ilustracion, ese tropel que brilla en toda Europa, y deslumbra à los menos cuerdos? creo firmemente, que no sirve mas que de confundir el órden respectivo establecido para el bien de cada estado en particular.

La mezcla de las naciones en Europa ha hecho

cho admitir generalmente los vicios de cada uno, y desterrar las virtudes respectivas. De aquì nacerá, si ya no ha nacido, que los nobles de todos los paises tengan igual despego à su patria, formando entre todos una nueva nacion separada de las otras, y distinta en idioma, trage y religion; y que los Pueblos sean infelices en igual grado; esto es, en proporcion de la semejanza de los nobles. Síguese à eso la decadencia general de los estados, pues solo se mantienen los unos por la flaqueza de los otros, y ninguno por fuerza suya, ò propio vigor. El tiempo que tarden las Cortes en uniformarse exàctamente en luxo y relaxacion, tardarán tambien las naciones en asegurarse las unas de la ambicion de las otras; y este grado de universal abatimiento parecerá un apetecible sistema de seguridad à los ojos de los polìticos afeminados; pero los buenos, los prudentes, los que merecen este nombre, conocerán que un corto número de años las reducirá todas à un estado de flaqueza que les vaticine pronta y horrorosa destruccion. Si desembarcasen algunas naciones guerreras, y desconocidas en los dos extremos de Europa, mandadas por unos hèroes de aquellos que produce un clima, quando otro no da sino hombres medianos, no dudo que se encontrarian en medio de Europa, haviendo atravesado y destruido un hermosìsimo paìs. ¿Què obstáculos hallarian de parte de sus habitantes? No sè si lo diga con risa, ò con làstima. Unos exèrcitos muy lucidos y simètricos sin duda, pero debilitados por el peso de sus pasiones y costumbres, y mandados por Generales en quienes hay ménos de lo que se requiere de aquel gran estímulo de un hèroe, à saber, el patriotismo. Ni creas que para detener semejantes

tes

tes irrupciones, sea suficiente obstáculo el número de las Ciudades fortificadas. Si reynan el luxo, la desidia, y otros vicios semejantes, frutos de la relaxacion de las costumbres, estos sin duda abrirán las puertas de las Ciudadelas al enemigo. La mejor fortaleza, la mas segura, y la única invencible es la que consiste en los corazones de los hombres, no en lo alto de los muros, ni en lo profundo de los fosos. ¿Quáles fueron las tropas que nos presentaron en las orillas del Guadalete los Godos Españoles? ¡Quán pronto, en proporcion del número, fueron deshechas por nuestros abuelos, fuertes, austéros y atrevidos! ¡Quán largo y triste tiempo el de su esclavitud! ¡Quánta sangre derramada durante ocho siglos, para reparar el daño que les hizo la afeminacion, y para sacudir el yugo que jamas los hubiera oprimido, si hubiesen mantenido el rigor de las costumbres de sus antepasados!

No esperaba el apologista del siglo en que nacimos estas razones, y mucho menos las siguientes en que contraxe todo lo dicho à su mismo país, continuando de este modo.

Aunque todo esto no fuese asi en varias partes de Europa ¿puedes dudarlo respecto de la tuya? La decadencia de tu patria en este siglo, es capaz de demostracion con todo el rigor geométrico. ¿Hablas de poblacion? Tienes diez millones escasos de almas, mitad del número de vasallos Españoles que contaba Fernando el Católico. Esta diminucion es evidente. Veo algunas pocas casas nuevas en Madrid, y tal qual Ciudad grande; pero sal por esas Provincias, y verás à lo ménos dos terceras partes de casas caidas, sin esperanza de que una sola pueda algun dia levan-

van-

vantarse. Ciudad tienes en España que contó algun dia quince mil familias, reducida hoy à ochocientas. ¿Hablas de ciencias? En el siglo antepasado tu nacion era la mas docta de Europa, como la Francesa en el pasado, y la Inglesa el actual; pero hoy del otro lado de los Pirineos apenas se conocen los Sabios, que asi se llaman por acá. ¿Hablas de agricultura? Esta siempre sigue la proporcion de la poblacion. Informate de los ancianos del Pueblo, y oiras lastimas. ¿Hablas de manufacturas? ¿Qué se han hecho las antiguas de Córdoba, Segovia y otras? Fueron famosas en el mundo; y ahora las que las han reemplazado, están muy lejos de igualarlas en fama y mérito: se hallan muy en sus principios respecto à las de Francia, è Inglaterra.

Me preparaba à proseguir por otros ramos, quando se levantó muy sofocado el apologista, miró à todas partes, y viendo que nadie lo sostenia, jugó como por distraccion con los cascabeles de sus dos reloxes, y se fué diciendo: no consiste en eso la cultura del siglo actual, su excelencia entre todos los pasados y venideros, y la felicidad mia, y de mis contemporaneos. El punto está en que se come con mas primor; los lacayos hablan de politica; los maridos y los amantes no se desafian; y desde el sitio de Troya hasta el de Almeida no se ha visto produccion tan honrosa para el espíritu humano, tan útil para la sociedad, y tan maravillosa en sus efectos, como los polvos sans pareills inventados por Mr. Frivoleti en la calle de San Honorato de Paris.

Dices muy bien, le repliqué, y me levanté para ir à mis oraciones acostumbradas, añadiendo una y muy fervorosa, para que el Cielo aparte de

mi

mi patria los efectos de la cultúra de este siglo, si consiste en lo que éste ponia su defensa.

CARTA V.

Del mismo al mismo.

He leído la toma de México por los Españoles, y un extracto de los historiadores que han escrito las conquistas de esta nacion en aquella remota parte del mundo que se llama América; y te aseguro, que todo parece haberse executado por arte mágica. Descubrimiento, conquista, posesion y dominio son otras tantas maravillas.

Como los Autores, por los quales he leido esta série de prodigios, son todos Españoles, la imparcialidad que profeso, pide tambien que lea lo escrito por los extrangeros. Luego sacaré una razon media entre lo que digan estos y aquellos, y creo que en ella podré fundar el dictamen mas sano, supuesto que la conquista y dominio de aquel medio mundo tuviéron, y aun tienen tanto influxo sobre las costumbres de los Españoles, que son ahora el objeto de mi especulacion. La lectura de esta historia particular, es un suplemento necesario al de la historia general de España, y clave precisa para la inteligencia de varias alteraciones, sucédidas en el estado político y moral de esta nacion. No entraré en la qüestion tan vulgar de saber si estas nuevas adquisiciones han sido útiles, inútiles, ó perjudiciales á España. No hay evento alguno en las cosas humanas que no pueda convertirse en daño ó en provecho, segun lo maneje la prudencia.

CARTA VI.

Del mismo, al mismo.

El atraso de las ciencias en España en este siglo ¿quién puede dudar que proceda de la falta de proteccion que hallan sus professores? Hay cochero en Madrid, que gana trescientos pesos duros, y cocinero, que funda mayorazgo; pero no hay quien no sepa que se ha de morir de hambre, como se entregue á las ciencias, exceptuadas las de *pane lucrando*, que son las únicas que dan que comer.

Los pocos, que cultivan las otras, son como los aventureros voluntarios de los exércitos que no llevan paga, y se exponen mas. Es un gusto oirlos hablar de matemáticas, física moderna, historia natural, derecho de gentes, antigüedades, y letras humanas, á veces con mas recato, que si hicieran moneda falsa. Viven en la obscuridad, y mueren como viviéron, tenidos por sabios superficiales en el concepto de los que saben poner setenta y siete silogismos seguidos sobre si los Cielos son fluidos ó sólidos.

Hablando pocos dias há con un sabio escolástico de los mas condecorados en su carrera, le oí esta expresion con motivo de haberse nombrado á un sugeto excelente en matemáticas: *sí; en su pais se aplican muchos á esas cosillas, como matemáticas, lenguas orientales, física, derecho de gentes, y otras semejantes.* Pero yo te aseguro, Ben-Beley, que si señalasen premios para los profesores, premios de honor ó de interes, ó de ambos ¡qué progresos no harian! Si hubiese siquiera quien

los

los protegiese, se esmerarian sin mas estimulo positivo; pero no hay protectores.

Tan persuadido está mi amigo Nuño de esta verdad, que hablando de esto, me dixo: en otros tiempos, allá quando me imaginaba, que era útil y glorioso dexar fama en el mundo, trabajé una obra sobre varias partes de la literatura que habia cultivado, aunque con mas amor que buen suceso. Quise que saliese baxo la sombra de algun poderoso, como es natural á todo Autór principiante. Oí á un magnate decir, que todos los Autores eran locos: á otro, que las dedicatorias eran estafas: á otro que renegaba del que inventó el papel; otro se burlaba de los hombres que se imaginaban saber algo: otro me insinuó, que la obra que le seria mas accepta, seria la letra de una tonadilla; otro me dixo, que me viera con un criado suyo para tratar de esta materia: otro ni me quiso hablar: otro ni me quiso responder: otro ni me quiso escuchar: y de resultas de todo esto, tomé la determinacion de dedicar el fruto de mis desvelos al mozo que traia el agua á casa. Su nombre era Domingo, su patria Galicia, su oficio ya está dicho; con que recogí todos estos preciosos materiales para formar la dedicatoria de esta obra. Al decir estas palabras, sacó de la cartera unos quadernos, púsose los anteojos, acercóse á la luz, y despues de haber ojeado, empezó á leer. Dedicatoria á Domingo de Domingos, aguador decano de la fuente del Ave Maria. Detúvose mi amigo un poco, y me dixo: mira ¡qué mecenas! prosiguió leyendo.

„Buen Domingo, arquea las cejas; ponte grave; tose; escupe; gargagea; toma un polvo con gravedad; bosteza con estrépito; tiéndete sobre este

banco; empieza á roncar, miéntras leo esta mi muy humilde, muy sincéra, y muy justa dedicatoria. ¿Qué? te ries, y me dices, que eres un pobre aguador, tonto, plebeyo, y por tanto sugeto poco apto para proteger obras y Autores. Pues qué; ¿te parece, que para ser un Mecenas, es preciso ser noble, rico y sabio? Mira, buen Domingo, á falta de otros, tú eres excelente. Quién me quitará, que te llame, si quiero, mas noble que Eneas, mas guerrero que Alexandro, mas rico que Creso, mas hermoso que Narciso, mas sabio que los siete de Grecia, y todos los mases que me vengan á la pluma? Nadie me lo puede impedir sino la verdad; y esta, has de saber, que no ata las manos á los escritores; antes suelen ellos atacarla á ella, y cortarle las piernas, y sacarle los ojos, y taparla la boca. Admite pues este obsequio literario: sepa la posteridad, que Domingo de Domingos, de inmemorial genealogía, aguador de las mas famosas fuentes de Madrid, ha sido, es, y será el único patron, protector, y favorecedor de esta obra.

„Generaciones futuras, familias de venideros siglos, gentes extrañas, naciones no conocidas, mundos aun no descubiertos, venerad esta obra, no por su mérito harto pequeño y trivial, sino por el sublime, ilustre, excelente, egregio, encumbrado, y nunca bastantemente aplaudido nombre, título, y timbre de mi Mecenas.

„Tú, monstruo horrendo, envidia, furia tan bien pintada por Ovidio, que solo estás mejor retratada en las caras de algunos amigos mios, muerde con tus mismos negros dientes tus maldicientes y rabiosos labios, y tu ponzoñosa y escandalosa lengua, vuelva á tu pecho infernal la envenenada saliva, que iba á dar horrorosos movimientos á tu mal-

maldiciente boca, mas horrenda que la del infierno, pues esta solo es terrible á los malvados, y la tuya aun lo es mas á los buenos.

„Perdona, Domingo, esta bocanada de cosas, que me inspira la alta dicha de tu favor. ¿Pero quién en la rueda de la fortuna no se envanece en lo mas alto de ella? ¿quién no se hincha con el soplo lisonjero de la suerte? ¿quién desde la cumbre de la prosperidad no se juzga superior á los que poco antes se hallaban en el mismo horizonte? Tú, tú mismo, à quien contemplo mayor que muchos héroes que no son aguaderos, ¿no te sientes el corazon lleno de una noble presuncion, quando llegas con tu cántaro á la fuente, y todos tus compañeros, compañeros dignísimos, te hacen lugar? ¡Con que generoso fuego he visto brillar tus ojos, quando recibes este obsequio! obsequio que tanto mereces por tus canas nacidas en subir y baxar las escaleras de mi casa, y de otras. Ay de aquel que se te resistiera ¡qué cantarazo llevaria! Si todos se te reveláran, á todos aterrarias con tu cántaro y puño, como Júpiter á los gigantes con sus rayos y centellas. A los filósofos pareceria exceso ridículo de orgullo esta amenaza (y las de otros héroes de esta clase) ¿pero quienes son los filósofos? Unos hombres rectos y amantes de las ciencias, que quisieran hacer á todos los otros hombres odiar las necedades que tienen, la lengua unísona con el corazon, y otras ridiculeces semejantes. Vuélvanse pues los filósofos á sus guardillas, y dexen rodar la bola del mundo por esos ayres de Dios, de modo que á fuerza de dar vueltas se desvanezcan las pocas cabezas que aun se mantienen firmes, y todo el mundo se convierta en un espacioso hospital de locos.“

CAR-

CARTA VII.

Del mismo, al mismo.

En el Imperio de Marruecos todos somos igualmente despreciables en el concepto del Emperador, y despreciados en el de la plebe: ó por mejor decir, todos somos plebe, siendo muy accidental la distincion de uno á otro individuo para el mismo, y de ninguna esperanza para sus hijos: pero en Europa son varias las clases de vasallos en el dominio de cada Monarca.

La primera consta de hombres que poseen inmensas riquezas de sus padres, y dexan por el mismo motivo á sus hijos considerables bienes. Ciertos empleos se dan á estos solos, y gozan con mas inmediacion el favor del Soberano. A esta gerarquía se sigue otra de nobles ménos condecorados y poderosos. Su mucho número llena los empleos de las tropas, armadas, tribunales, magistraturas y otros, que en el gobierno monárquico no suelen darse á los plebeyos, sino por algun mérito sobresaliente.

Entre nosotros, siendo todos iguales, y poco duraderas las dignidades y posesiones, no se necesita diferencia en el modo de criar los hijos; pero en Europa la educacion de la juventud debe mirarse como objeto de la primera importancia. El que nace en la ínfima clase de las tres, que ha de pasar su vida en ella, no necesita estudios sino saber el oficio de su padre en los términos en que se lo ve exercer. El de la segunda necesita otra educacion para desempeñar los empleos que ha de ocupar con el tiempo. Los de la primera se ven

pre-

preciados á esto mismo con mas fuerte obligacion; porque á los veinte y cinco años, ó ántes, han de gobernar sus estados, que son muy vastos, disponer de inmensas rentas, mandar cuerpos militares, concurrir con los Embaxadores, freqüentar el Palacio, y ser dechado de los de la segunda clase.

Esta teoría no siempre se verifica con la exâctitud que se necesita. En este siglo se nota alguna falta de esto en España. Entre risa y llanto me contó Nuño un lance que parece de novela, en que se halló, y que prueba evidentemente esta falta, tanto mas sensible, quanto de él mismo se prueba la viveza de los talentos de la juventud española, singularmente en algunas Provincias; pero ántes de contármelo, puso el preludio siguiente:

Dias há que vivo en el mundo, como si me hallára fuera de él. En este supuesto, no sé á quantos estamos de educacion pública; y lo que es mas, tampoco quiero saberlo. Quando yo era Capitan de infantería, me hallaba en freqüentes concursos de gentes de todas clases: noté esta misma desgracia; y queriendo remediarla en mis hijos, si Dios me los daba, leí, oí, medité y hablé mucho sobre esta materia. Hallé diferentes pareceres; unos sobre que convenia tal educacion; otros sobre que convenia la otra tal; y tambien algunos sobre que no convenia ninguna.

Me acuerdo, que yendo á Cádiz, donde se hallaba mi regimiento de guarnicion, me estravié, y me perdí en un monte. Iba anocheciendo, quando me encontré con un caballerete de hasta veinte y dos años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzon y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata; el pelo dentro de una redecilla

blan-

blanca, capa de verano caida sobre la anca del caballo, sombrero blanco finísimo, y pañuelo de seda morado al cuello. Nos saludamos, como es regular; y preguntándole yo por el camino de tal parte, me respondió, que estaba léjos de allí: que la noche ya estaba encima, y dispuesta á tronar: que el monte no era muy seguro: que mi caballo estaba cansado; y que en vista de todo esto, me aconsejaba y suplicaba, que fuesse con él á un Cortijo de su abuelo, que estaba á media legua corta. Lo dixo todo con tanta franqueza y agasajo, y lo instó con tanto empeño, que accepté la oferta. La conversacion cayó sobre el tiempo y cosas semejantes; pero en ella manifestaba el mozo una luz natural clarísima con varias salidas de viveza y felíz penetracion; lo que junto con una voz muy agradable, y gesto muy proporcionado, mostraba en él todos los requisitos naturales de un perfecto Orador; pero de los artificiales, esto es, de los que enseña el arte por medio del estudio, no se hallaba ni uno siquiera. Salimos ya del monte, quando no pudiendo ménos de notar lo hermoso de los troncos que acabamos de ver, le pregunté, si cortaban de aquella madera para construccion de navios.

¿Qué sé yo de eso? me respondió con presteza. Para eso mi tio el Comendador. En todo el dia no habla sino de navios, brulotes, fragatas y galeras. ¡Válgame Dios, y qué pesado está el buen caballero! ¡Poquitas veces hemos oido de su boca, algo trémula por sobra de años y falta de dientes, la batalla de Tolon: la toma de los navios *la Princesa* y *el Glorioso*: la colocacion de los navios de Leso en Cartagena! Tengo la cabeza llena de Almirantes Holandeses é Ingleses. Por

quanto hay en el mundo dexará de rezar todas las noches á San Telmo por los navegantes; y luego entra un gran parladillo sobre los peligros de la mar; al que se sigue otro sobre la pérdida de toda una flota entera, no sé que año, en que se escapó el buen Señor nadando; y luego una digresion muy natural y bien traida sobre lo útil que es el saber nadar. Desde que tengo uso de razon, no le he visto corresponderse por escrito sino con el Marqués de la Victoria: ni le he conocido mas pesadumbre, que la que tuvo por la muerte de D. Jorge Juan. El otro dia estábamos muy descuidados comiendo, y al dar el relox las tres, dió una gran palmada en la mesa, que hubo de romperla, ó romperse las manos; y dixo, no sin muchísima cólera: á esta hora fué quando se llegó á nosotros, que íbamos en el navio la *Princesa*, el tercer navio inglés. Y á fé, que era muy hermoso. Era de noventa cañones, ¡y qué velero! Lo mandaba un Señor Oficial. Si no por él, los otros dos no hubieran contado el lance. ¿Pero qué se ha de hacer? ¡Tantos á uno! En esto le asaltó la gota que padece dias há, y que nos valió un poco de descanso, porque si no, tenia traza de irnos contando de uno á uno todos los lances de mar, que ha habido en el mundo desde el arca de Noé.

Cesó por un rato el mozalvete la murmuracion contra su tio, tan venerable, segun lo que él mismo contaba; y al entrar en un campo muy llano con dos lugarcitos, que se descubrian á corta distancia el uno del otro: bravo campo, dixe yo, para disponer setenta mil hombres en batalla. Con esas á mi primo el Cadete de Guardias, respondió el otro con igual desembarazo. Sabe quán-

tas batallas se han dado desde que los Angeles buenos derrotáran á los malos. Y no es lo mas eso, sino que sabe tambien las que se perdieron, por qué se perdieron: las que se ganaron, por qué se ganaron; y por qué quedaron indecisas, las que ni se ganaron, ni se perdieron. Ya lleva gastados no sé quantos doblones en instrumentos de matemáticas; y tiene un baúl lleno de unos planos que él llama, y son unas estampas feas, que ni tienen caras, ni cuerpos.

Procuré no hablarle mas de exército que de marina; y solo le dixe, no sería léjos de aquí la batalla que se dió en tiempo de D. Rodrigo, y fué tan costosa como nos dice la historia. ¡Historia! dixo. Me alegrára que estuviera aquí mi hermano el Canónigo de Sevilla. Yo no la he aprendido, porque Dios me ha dado en él una biblioteca viva de todas las historias del mundo. Es mozo que sabe de qué color era el vestido que llevaba puesto el Rey San Fernando quando tomó á Sevilla.

Llegábamos ya cerca del cortijo, sin que el caballero me hubiera contextado á materia alguna de quantas le toqué. Mi natural sinceridad me llevó á preguntarle cómo le habian educado, y me respondió: á mi gusto, al de mi madre y al de mi abuelo, que era un Señor muy anciano, que me queria como á las niñas de sus ojos. Murió de cerca de cien años de edad. Habia sido Capitan de Lanzas de Cárlos II, en cuyo palacio se habia criado. Mi padre bien queria que yo estudiase, pero tuvo poca vida y autoridad para conseguirlo. Murió sin tener el gusto de verme escribir. Ya me habia buscado un ayo, y la cosa iba de veras, quando cierto accidentillo lo descompuso todo.

¿Quá-

¿Quáles fueron sus primeras lecciones? preguntéle yo. Ninguna, respondió el muchacho. Ya sabia yo leer un romance y tocar unas seguidillas, ¿para que necesita mas un caballero? Mi *Domine* bien quiso meterse en honduras; pero le fué muy mal, y hubo de irle mucho peor. El caso fué, que habia yo concurrido con otros amigos á un encierro. Súpolo, y vino tras mí á oponerse á mi voluntad. Llegó precisamente á tiempo que los vaqueros me andaban enseñando cómo se toma la vara. No pudo traerlo su desgracia á peor ocasion. A la segunda palabra que quiso hablar, le dí un varazo tan fuerte en medio de la cabeza, que se la abrí en mas cascos que una naranja; y gracias á que me contuve, que mi primer pensamiento fué ponerle una vara lo mismo que á un toro de diez años; pero por primera vez me contenté con lo dicho. Todos gritaban: viva el Señorito; y hasta el tio Gregorio, que es hombre de pocas palabras, exclamó: lo ha hecho Usía como un Angel del Cielo.

¿Quien es ese tio Gregorio? preguntéle atónito de que aprobase tal insolencia; y me respondió: el tio Gregorio es un carnicero de la Ciudad que suele acompañarnos á comer, fumar y jugar. ¡Poquito lo queremos todos los caballeros de por acá! Con ocasion de irse mi primo Jayme María á Granada, y yo á Sevilla, hubimos de sacar la espada sobre quién se lo habia de llevar; y en esto hubiera parado la cosa, si en aquel tiempo mismo no le hubiera prendido la justicia, por no sé qué puñaladillas que dió en la feria, y otras friolerillas semejantes; que todo ello se compuso al mes de cárcel.

Dándome cuenta del carácter del tio Gregorio,

y otros iguales personages, llegamos al Cortijo. Presentóme á los que allí se hallaban, que eran amigos ó parientes suyos de la misma edad, clase y crianza. Se habian juntado para ir á una cacería, y esperando la hora competente, pasaban la noche jugando, cenando, cantando y baylando; para todo lo qual se hallaban muy bien provistos, porque habian concurrido algunas gitanas con sus venerables padres, dignos esposos y preciosos hijos. Allí tuve la dicha de conocer al Señor tio Gregorio. A su voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperos, freqüentes juramentos, y trato familiar se distinguia entre todos. Su oficio era hacer cigarros, dándolos ya encendidos de su boca á los caballeritos, atizar velones, decir el nombre y mérito de cada gitana, llevar el compás con las palmas de las manos quando baylaba alguno de sus mas apasionados protectores, y brindar á sus saludes con medios cántaros de vino. Conociendo que venia cansado, me hicieron cenar luego, y me llevaron á un quarto algo apartado para dormir, destinando un mozo del Cortijo, que me llamáse y conduxese al camino. Contarte los dichos y hechos de aquellos académicos fuera imposible, ó tal vez indecente. Solo diré, que el humo de los cigarros, los gritos y palmadas del tio Gregorio, la bulla de todas las voces, el ruido de las castañuelas, lo destemplado de la guitarra, el chillido de las gitanas, sobre quál habia de tocar el polo, para que lo baylára Preciosilla, el ladrido de los perros y el desentono de los que cantaban, no me dexaron pegar los ojos en toda la noche. Llegada la hora de marchar, monté á caballo, diciéndome á mí mismo en voz baxa: ¿ así

se

se cria una juventud, que pudiera ser tan útil, si fuéra la educacion igual al talento? y un hombre sério, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dixo con lágrimas en los ojos: Si Señor, así se cria.

CARTA VIII.

Del mismo, al mismo.

Lo extraño de la dedicatoria de mi amigo Nuño á su aguador Domingo, y lo raro de su carácter, nacido de la variedad de cosas que por él han pasado, me hizo importunarle, para que me enseñase la obra, pero en vano. Entablé otra pretencion, y fué, que me dixese siquiera el asunto, ya que no me la queria mostrar. Hícele varias preguntas. ¿Será de Filosofia? No por cierto, me respondió. A fuerza de usarse esa voz, se ha gastado. Segun la variedad de los hombres que se llaman Filósofos, ya no sé qué es Filosofía. No hay extravagancia que no se condecore con tan sublime nombre. ¿De Matemáticas? Tampoco. Eso quiere un estudio muy seguido, y yo le abandoné desde los principios. Publicar en quarto lo que otros en octavo: en pergamino lo que otros en pasta, ó juntar un poco de este, de otro, y de aquel, se llama ser copista mas ó ménos exácto, y no Autor. Es engañar al público, y ganar dinero, que se vuelve materia de restitucion. ¿De Jurisprudencia? Ménos. A medida que se han ido multiplicando los Autores de esta facultad, se ha ido obscureciendo la justicia. A ese paso, me parece cada nuevo escritor de leyes como el infractor de ellas: tanto delito es comen-

tar-

tarlas como quebrantarlas. Comentarios, interpretaciones, glosas, notas, &c. suelen ser otros tantos ardídes de la guerra Forense. Si por mí fuera, se debiera prohibir toda obra nueva sobre esta materia, por el mismo hecho. ¿De Poesía? Tampoco. El Parnaso produce flores que no deben cultivarse sino por manos de jóvenes. Las Musas no solo se espantan de las canas de la cabeza, sino hasta de las arrugas de la cara. Parece mal un viejo con guirnaldas de mirtos y violas, convidando á los ecos y á las aves á cantar los rigores ó favores de Amarílis. ¿De Teología? Por ningun término. Adoro la esenca de mi Criador: traten otros de sus atributos. Su magnificencia, su justicia, su bondad llenan mi alma de reverencia para adorarle, no mi pluma de orgullo para quererle penetrar. ¿De estado? no lo pretendo. Cada reyno tiene sus leyes fundamentales, su constitucion, su historia, sus tribunales y conocimiento del carácter de sus pueblos, de sus fuerzas, clima, productos y alianzas. De todo esto nace la ciencia de los estados; estúdienla los que han de gobernar; yo nací para obedecer, y para esto basta amar á su Rey y á su patria, dos cosas, á que nadie me ha ganado hasta ahora.

¿Pues de qué tratas en tu obra? insté yo, no sin alguna impaciencia: algo de esto ha de ser. ¿Qué otro asunto puede haber digno de la aplicacion y estudio? No te canses, respondió. Mi obra no era mas que un Diccionario Castellano, en que se distinguiese el sentido primitivo de cada voz, y el abusivo que le han dado los hombres en el trato. O inventar un idioma entero, ó volver á fundir el viejo, porque ya no sirve. Aun conservo en la memoria la advertencia

cia

cia preliminar, que enseña el verdadero uso de mi Diccionario; y decia así, sobre palabra mas ó ménos. Advertencia preliminar sobre el uso de este nuevo Diccionario Castellano. Presento al lector un nuevo Diccionario diferente de todos los que se conocen hasta ahora. En él no me empeño en poner mil voces mas ó ménos que en otro; ni en averiguar si una palabra es de Solís, ó de Saavedra, ó de Cervantes, ó de Mariana, ó de Juan de Mena, ó de Alonso el de las Partidas; ni en saber si esta voz ó la otra viene del Arábigo, del Latin, del Cantábro, del Fenicio ó del Cartaginés; ni en decir si tal término está ya antiquado, ó es corriente, ó nuevamente admitido; ó si tal expresion es baxa, media ó sublime; si es prosaica, ó si es poética. No emprendo trabajo alguno de estos, sino otro ménos lucido para mí, pero mas útil para todos mis hermanos los hombres. Mi ánimo es explicar lisa y llanamente el sentido primitivo, genuino y real de cada voz, y el abuso que de ella se ha hecho, ó sea su sentido abusivo en el trato civil. ¿Y para qué se toma ese trabajo? me dice un Señorito, mirándose los encaxes de las vueltas. Para que nadie se engañe, le respondo yo, mirándolo cara á cara, como yo me he engañado, para creer que los verbos *amar*, *servir*, *favorecer*, *estimar* y otros tales no tienen mas que un sentido, siendo así que tienen tantos, que no hay guarismo que alcance. ¿A dónde habrá paciencia, para que un pobre como yo, por exemplo, se despida de su familia, dexe su lugar, se venga á Madrid, se esté años, gaste su hacienda, suba y baxe escaleras, haga plantones, abrace pages, salude porteros, pase enfermedades, y al cabo se vuelva peor de lo que vino? y todo ¿por

qué?

qué? Porque no entendió el verdadero sentido de unas quantas cláusulas que leyó en una Carta recibida por Pasquas, sino que tomó al pie de la letra aquello de " celebraré que nos veamos quanto ántes por acá, pues el particular conocimiento que en la Corte tenemos de sus apreciables circunstancias, largo mérito servicio de sus antepasados y aptitud para el desempeño de qualquier encargo, serían justos motivos de complacerle en las pretensiones que quisiesse entablar; concurriendo en mí otras y mayores obligaciones de servirle por los particulares favores que debí à sus Señores padres; (que santa Gloria hayan), y los enlaces de mi casa con la de Vm., cuya vida, en compañía de su esposa, y mi señora, guarde Dios muchos y muy felices años, como deseo y pido. Madrid, tantos de tal mes, &c.: y luego mas abaxo B. L. M. de Vm. su mas rendido servidor y apasionado amigo, que verle desea, Fulano de tal."

Para desengaño, pues, de los pocos tontos que han quedado aún en el mundo, capaces de creer que significan algo estas expresiones, compuse este caritativo Diccionario, con el fin, de que no solo no se dexen llevar del sentido dañoso del idoma, sino que con esta ayuda, y un poco de práctica puedan tambien hablar á cada uno en su lengua. Si el público conociese la utilidad de esta obra, me animaré á componer una Gramática análoga al Diccionario: y tanto puede ser el estímulo, que me determine á componer una Retórica, Lógica y Metafísica de la misma naturaleza. Proyecto, que si llega á efectuarse, puede muy bien establecer un nuevo sistema de educacion pública, y darme entre mis conciudadanos mas fama y veneracion, que la que adquirió Confusio entre los

su-

suyos por los preceptos de Moral que les dexó.

Calló mi amigo, y nos fuimos á nuestro acostumbrado paseo. Discurro que el christiano tiene razon, y que en todas las lenguas de Europa hace falta semejante Diccionario.

CARTA IX.

Del mismo, al mismo.

Acabo de leer algo de lo escrito por los Européos que no son Españoles, acerca de la conquista de la América. Si del lado de los Españoles no se oye sino religion, heroismo, vasallage, y otras voces dignas de respeto, del lado de los extrangeros no suenan sino codicia, tiranía, perfidia y otras no ménos espantosas. No pude ménos de comunicárselo á mi amigo Nuño, quien me dixo, que era asunto dignísimo de un fino discernimiento, juiciosa crítica y madura reflexîon; pero que entretanto, y reservándome el derecho de formar el concepto que mas justo me pareciese en adelante, reflexîonase por ahora, que los Pueblos que tanto vocean la crueldad de los Españoles en América, son precisamente los mismos que van á las costas de Africa, compran animales racionales de ambos sexôs á sus padres, hermanos, amigos y guerreros victoriosos, sin mas derecho que ser los compradores blancos y los comprados negros; los embarcan como brutos; los llevan millares de leguas desnudos, hambrientos y sedientos; los desembarcan en América; los venden en público mercado como jumentos á mas precio los mozos sanos y robustos, y á mucho mas las infelices mugeres que se hallan con otro fruto de miseria

dentro de sí mismas; toman el dinero; se lo llevan á sus humanísimos paises; y con el producto de esta venta imprimen libros llenos de elegantes invectivas, retóricos insultos y eloqüentes injurias contra Hernan Cortés por lo que hizo; ¿y qué hizo? Lo siguiente. Sacaré mi cartera, y te leeré algo sobre esto.

1º. Acepta Cortés el encargo de mandar unos pocos soldados para la conquista de un país no conocido, porque reciben la órden del General, baxo cuyo mando servian. Aqui no veo delito, sino subordinacion militar y arrojo increible en la empresa de tal expedicion con un puñado de hombres tan corto, que no se sabe como se ha de llamar.

2º. Prosigue á su destino no obstante las contrariedades de su fortuna y émulos. Llega á la isla de Cozumel (horrenda por los sacrificios de sangre humana, que eran freqüentes en ella), pone buen órden en sus tropas, las anima, y consigue derribar aquellos ídolos, cuyo culto era tan cruel á la humanidad, apaciguando los Isleños. Hasta aquí creo descubrir el carácter de un héroe.

3º. Sigue su viage: recoge un Español cautivo entre los salvages, y en la ayuda que este le dió por su inteligencia de aquellos idiomas halla la primera señal de sus futuros sucesos, conducidos este y los restantes por aquella inexplicable encadenacion de cosas que los christianos llamamos providencia.

4º. Llega al rio de Grijalva, y tiene que pelear dentro del agua para facilitar el desembarco que consigue. Gana á Tabasco contra Indios valerosos. Síguese una batalla contra un exército respetable, gana la victoria completa y continúa su via-

viage. La relacion de esta batalla dá motivo á muchas reflexîones. Todas muy honoríficas al valor de los Españoles, pero entre otras una, que es tan obvia como importante, á saber, que por mas que se pondere la ventaja que daba á los Españoles sobre los Indios la pólvora, las armas defensivas y el uso de los caballos por el pasmo que causó este aparato guerrero nunca visto en aquellos climas, gran parte de la gloria debe siempre atribuirse á los vencedores por el número desproporcionado de los vencidos, destreza en sus armas, conocimiento del país y otras tales ventajas que siempre duraban, y aun crecian al paso que se minoraba el susto que les habia impreso la vista primera de los Européos. El hombre que tenga mejores armas, si se halla contra ciento que no tengan mas que palos, matará cinco ó seis, ó cincuenta, ó setenta, pero alguno le ha de matar, aunque no se valga mas que del cansancio que ha de causar el manejo de las armas, el calor, el polvo y las vueltas que puede dar por todos lados la quadrilla de sus enemigos. Este es el caso de los pocos Españoles contra innumerables Americanos, y esta misma proporcion se ha de tener presente en la Relacion de todas las batallas del gran Cortés.

5°. De la misma flaqueza humana sabe Cortés sacar fruto para su intento. Una India noble, á quien se habia aficionado apasionadamente, le sirve de segundo intérprete, y es de suma utilidad en la expedicion. Primera muger que no ha perjudicado en un exército, y notable exemplo de lo útil que puede ser el bello sexô, siempre que dirixa su sutileza natural á fines loables y grandes.

6°. Encuéntrase con los Embaxadores de Motezuma, con quienes tiene unas conferencias que

pueden ser modelo para los estadistas no sólo Americanos, sino Européos.

7°. Oye no sin alguna admiracion las grandezas del Imperio de Motezuma, cuya relacion ponderada sin duda por los Embaxadores para aterrarle, le da mayor idea del poder de aquel Emperador; y por consiguiente de la dificultad de la empresa y de la gloria de la conquista. Pero léjos de aprovecharse del concepto de deidades en que estaba él y los suyos entre aquellos Pueblos, declara con magnanimidad nunca oida, que él y los suyos son inferiores á aquella naturaleza, y no pasan de la humana. Esto me parece heroismo sin igual. Querer humillarse en el concepto de aquellos á quienes se va á conquisrar (quando en semejantes casos conviene tanto alucinarlos), pide un corazon mas que humano. No merece tal varon los nombres que le dan los que miran con mas envidia que justicia sus hechos.

8°. Viendo la calidad de la empresa, no le parece bastante autoridad la que le dió el Gobernador Velazquez, y escribe en derechura á su Soberano, dándole parte de lo que habia executado é intentaba éxecutar; y acepta el baston que sus mismos súbditos le confieren. Prosigue tratando con suma prudencia á los Americanos amigos, enemigos y neutrales.

9°. Recoge el fruto de la sagacidad con que dexó las espaldas guardadas, habiendo construido y fortificado para este efecto á Vera-Cruz en la orilla del mar, y parage de su desembarco en el continente de México.

10°. Descubre con notable sutileza, y castiga con brio á los que tramaban una conjuracion contra su heroyca persona y glorioso proyecto.

11°.

11°. Dexa á la posteridad un exémplo de valentía nunca imitado despues, y fué quemar y destruir la armada en que habia hecho áquel viage, para imposibilitar el regreso, y poner á los suyos en la formal precision de vencer ó morir: frase que muchos han dicho, y cosa que han hecho pocos.

12°. Prosigue, venciendo estorbos de todas especies hácia la capital del Imperio. Conoce la importancia de la amistad con los Tlasqaltecas, la entabla y la perfecciona despues de habér vencido el exército numerosímo de aquella República guerrera en dos batallas campales, precedidas de la derrota de una emboscada de cinco mil hombres. En esta guerra contra los Tlascaltecas ha reparado un amigo mio, versado en las maniobras militares de los Griegos y Romanos, todas quantas diferencias de evoluciònes, ardides y táctica se hallan en Xenofonte, en Vejecio y otros Autores de la antigüedad. No obstante, para disminuir la gloria de Cortés, dícese que eran bárbaros sus enemigos.

13°. Desvanece las persuasiones políticas de Motezuma que queria apartar á los Tlascaltecas de la amistad de sus vencedores. Entra en Tlascala como conquistador y como aliado; establece la exâcta disciplina en su exército, y á su imitacion la establecen los de Tlascala en el suyo.

14°. Castiga las deslealtad de Cholulo, llega á la laguna de México, y luego á la Ciudad; da la embaxada á Motezuma de parte de Cárlos.

15°. Hace admirar sus buenas prendas entre los sabios y nobles de aquel Imperio. Pero miéntras Motezuma lo obsequia con fiestas de extraordinario lucimiento y concurso, tiene Cortés aviso, que

que uno de los Generales Mexicanos de órden de su Emperador, habia caido con un numeroso exército sobre la guarnicion de Vera-Cruz, mandada por Juan de Escalante, que habia salido á apaciguar aquellas cercanías; y de que con la apariencia de las festividades se preparaba una increible muchedumbre para acabar con los Españoles, divertidos en el falso obsequio que se les hacia. En este lance, de que parecia no poder salir por fuerza ni prudencia humana, forma una determinacion de aquellas que algun genio superior inspira á las almas extraordinarias. Prende á Motezuma en su Palacio propio, en medio de su Corte, y en el centro de su Imperio: llévaselo á su alojamiento por medio de la turba innumerable de sus vasallos, atónitos de ver la desgracia de su Soberano, no ménos que la osadía de aquellos advenedizos. No sé qué nombre darán á este arrojo los enemigos de Cortés. Yo no hallo voz en castellano que exprese la idea que me inspira.

16°. Aprovecha el terror que este arrojo esparció por México para castigar de muerte al General Mexicano delante de su Emperador, mandando poner grillos á Motezuma, miéntras duraba la execucion de esta increible escena, negando el Emperador ser suya la comision que dió motivo á este suceso: accion que entiendo aun ménos que la anterior.

17°. Sin derramar mas sangre que esta, consigue Cortés que el mismo Motezuma (cuya flaqueza de corazon se aumentaba con la del espíritu y de su familia) reconozca con todas las clases de sus vasallos á Cárlos V por sucesor suyo, y Señor legítimo de Méximo y sus Provincias; en cuya fé entrega á Cortés un tesoro considerable.

18°.

18º Dispónese á marchar á Vera-Cruz con ánimo de esperar las órdenes de la Corte; y se halla con noticias de haber llegado á las costas algunos navios Españoles con tropas mandadas por Pánfilo de Narvaez, cuyo objeto era prenderle.

19º Hállase en la perplexidad de tener enemigos Españoles, sospechosos amigos Mexicanos, dudosa la voluntad de la Corte de España, riesgo de no acudir al desembarco de Narvaez, peligro de salir de Mexico, y por entre tantos sustos fiase en su fortuna, dexa un subalterno suyo con ochenta hombres, y marcha á la orilla del mar contra Pánfilo. Lo asalta en su alojamiento, y aunque tenia doble número de gente, queda vencido y preso á los pies de Cortés, á cuyo favor se acaba de declarar la fortuna con el hecho de pasarse al partido del vencedor ochocientos Españoles y ochenta caballos con doce piezas de artillería, que eran todas las fuerzas de Narvaez. Nuevo socorro que la providencia pone en su mano para completar la obra.

20º Cortés vuelve á México triunfante, y sabe á su llegada, que en su ausencia habian procurado destruir á los Españoles los vasallos de Motezuma, indignados de la floxedad y cobardía con que habia sufrido los grillos que le puso el increible arrojo de aquellos extrangeros. Desde aquí empiezan los lances sangrientos que causan tantas declamaciones. Sin duda es quadro horroroso el que se descubre, pero nótese el conjunto de circunstancias.

Los Mexicanos viéndole volver con aquel refuerzo, se determinan á la total aniquilacion de los Españoles á toda costa. De motin en motin, de traicion en traicion, matando á su mismo So-

be-

berano, y sacrificando á los ídolos los varios soldados de Cortés que habian caido en sus manos, pónen á los Españoles en la precision de cerrar los ojos á la humanidad; y estos por libertar sus vidas, y en defensa propia natural de pocos mas de mil contra una multitud increible de fieras (pues en tales se habian convertido los Indios); llenaron la Ciudad de cadáveres, combatiendo con mas mortandad de enemigos, que esperanza de seguridad propia, pues en una de las cortas suspensiones de armas que hubo, dixo un Mexicano á Cortés: *por cada hombre que pierdas tú, podrémos perder veinte mil nosotros; y aún así nuestro exército sobrevivirá al tuyo.* Expresion, que verificada en el hecho, era capaz de aterrar á qualquier ánimo que no fuéra el de Cortés; y precision, en que no se ha visto hasta ahora tropa alguna del mundo.

En el Perú anduviéron ménos humanos, dixo Nuño, doblando el papel, y guardando los anteojos, descansando de la lectura. Sí amigo; lo confieso de buena fé. Matáron muchos hombres á sangre fria. Pero á trueque de esta imparcialidad que profeso, reflexîonen los que nos llaman bárbaros la pintura que he hecho de la compra de negros, de que son reos los mismos que tanto lastiman la suerte de los Americanos. Creeme Gazel, creeme, que si me diesen á escoger entre morir en las ruinas de mi patria en medio de mis magistrados, parientes, amigos y conciudadanos; y ser llevado con mi padre, muger, é hijos millares de leguas metido en el entrepuentes de un navio, comiendo habas y bebiendo agua podrida para ser vendido en América en mercado público, y ser despues empleado en los trabajos mas duros hasta mo-

morir, oyendo siempre los ayes de tanto moribundo amigo, paisano, ó compañero de mis fatigas, no tardaria en escoger la muerte de los primeros. A lo que debes añadir, que habiendo cesado tantos años há la mortandad de los Indios, tal qual haya sido, y durando todavía con trazas de nunca cesar la venta de los negros, serán muy despreciables à los ojos de qualquier hombre imparcial quanto nos digan y repitan sobre este capítulo en verso ó en prosa, en estilo serio ó jocoso, en obras voluminosas, ó en ojas sueltas los contínuos mercaderes de carne humana.

CARTA X.

Del mismo, al mismo.

La poligamia, entre nosotros, está no solo autorizada por el Gobierno, sino mandada expresamente por la Religion. Entre estos Européos la Religion la prohibe; pero casi me atrevo à decir, que la toléra la costumbre. Esto te parecerá extraño; no me lo pareció ménos á mí; pero me confirma en que es verdad, no solo la vista, pues esta suele engañarnos por la apariencía de las cosas, sino la conversacion de una noble christiana, con quien concurrì á una casa el otro dia. La sala estaba llena de gentes, todas pendientes del labio de un jóven de veinte años, que habia usurpado con explicable dominio la atencion del concurso. Si la rapidéz de estilo, volubilidad de lengua, torrente de voces, movimiento continuo de un cuerpo ayroso y gestos magestuosos formasen un Orador perfecto, ninguno puede serlo tanto. Hablaba un idioma particular; particular digo,

porque aunque todas las voces eran castellanas, no lo eran las frases. Tratábase de las mugeres, y se reducia el objeto de su arenga á ostentar un sumo desprecio hácia aquel sexô. Cansóse mucho despues de cansarnos à todos, sacó el relox, y dixo: esta es la hora; y de un brinco se puso fuera del quarto. Quedámos libres de aquel tirano de la conversacion, y empezámos á gozar del beneficio del habla, que yo pensaba disfrutar por derecho de naturaleza, hasta que la experiencia me enseñó que no hay tal libertad. Asì como al acabarse la tempestad vuelven los paxaritos al canto que les interrumpiéron los truenos, así nos volvimos à hablar los unos à los otros; y yo como mas impaciente, pregunté à la muger mas inmediata à mi silla: qué hombre es este?

¿Qué quieres, Gazel, qué quieres que te diga? respondió ella con la cara llena de un afecto entre vergüenza y dolor. Esta es una casta nueva entre nosotros: una Provincia nuevamente descubierta en la peninsula; ò por mejor decir, una nacion de bárbaros que hacen en España una invasion peligrosa, si no se atajan sus primeros progresos. Bástate saber que la época de su venida es reciente, aunque es pasmosa la rapidéz de su conquista, y la duracion de su dominio.

Hasta entónces las mugeres un poco mas sujetas en el trato estaban colocadas mas altas en la estimacion, viejos, mozos y niños nos miraban con respeto; ahora nos tratan con despego. Eramos entónces como los dioses Penates que los gentiles guardaban encerrados dentro de sus casas, pero con suma veneracion; ahora somos como el dios Término, que no se guardaba con puertas ni cerraduras, pero quedaba en el campo expuesto à las

ir-

irreverencias de los hombres, y aun de los brutos.

* Segun lo que te digo, y otro tanto que te callo, y me dixo la christiana, podrás inferir, que los Musulmanes no tratamos peor la hermosa mitad del genero humano. Por lo que he ido viendo, saco la misma consequencia; y me confirmo mucho mas en ella con lo que oí pocos dias há à un mozo militar, sin duda hermano del que acabo de retratar en esta Carta. Preguntóme, ¿ quántas mugeres componian mi serrallo? Respondíle, que en vista de la tal qual altura en que me hallo, y atendida mi decencia precisa, habia procurado siempre mantenerme con alguna ostentacion; y que así entre muchas, cuyos nombres apénas sé, tengo doce blancas y seis negras. Pues amigo, dixo el mozo, yo sin ser moro, ni tener serrallo, ni aguantar los quebraderos de cabeza que acarrea el gobierno de tantas hembras, puedo jurarte, que entre las que me llevo de asalto, las que desean capitular, y las que se me entregan sin aguantar sitio, salgo à otras tantas por dia como tú tienes por toda tu vida entera y verdadera. Calló, y aplaudióse à sí mismo con una risita, à mi ver, poco oportuna.

Ahora, amigo Ben-Beley, si esto es verdad, diez y ocho mugeres por dia en los 365 del año de estos christianos son 6570 conquistas las de este Hernan Cortés del género femenino: y contando que este héroe gaste solamente desde los 17 años de su edad hasta los 33 en tan horribles hazañas, tenemos, que el total asciende en los dichos 17 años de su vida à la suma y cantidad de 111690 prisioneras, salvo yerro de cuenta: y echando un calculo prudencial de las que podia encadenar en lo restante de su vida con menos osadia que en los años de armas tomar; añadien-

do las que corresponden á los dias que hay de pico sobre los 365 de los años regulares en los que ellos llaman bisiestos, puedo decir que resulta, que la suma total llega al pie de 150000, número pasmoso de que no puede jactarse ninguna série entera de Emperadores Turcos ó Persas. *

De esto conjeturarás ser muy grande la relaxacion de costumbres; pero no por eso infieras que es total. Aun abundan matronas dignas de respeto, incapaces de admitir yugo tan duro como ignominioso; y su exemplo detiene à otras aún en la orilla misma del precipicio. Las débiles todavía conservan el conocimiento de su misma flaqueza, y profesan respeto à la fortaleza de las otras.

CARTA XI.

Del mismo, al mismo.

Las noticias que hemos tenido hasta ahora en Marruecos de la sociedad ò vida social de los Européos nos parecian muy buenas, por ser muy semejante aquella á la nuestra, y ser muy natural en un hombre graduar por esta regla el mérito de los otros. Las mugeres, guardadas baxo muchas llaves, las conversaciones de los hombres entre sí muy reservadas, el porte muy serio, las concurrencias pocas, y esas sujetas à una etiqueta forzosa, y otras costumbres de este tenor, no eran tanto efecto de su clima, religion y gobierno, segun quieren algunos, como monumentos de nuestro antiguo dominio. En ellas se ven permanecer reliquias de nuestro señorío, aun mas que en los edificios que subsisten en Córdoba, Granada, Toledo y otras partes. Pero la franqueza en el trato de estos alegres

POINTS OUT HERITAGE FROM OTHERS.

gres nietos de aquellos graves abuelos, ha introducido cierta amistad universal entre todos los ciudadanos de un pueblo, y para los forasteros cierta hospitalidad tan generosa, que en comparacion de la antigua España, la moderna es una familia comun, en que son parientes, no solo todos los Españoles, sino todos los hombres.

En lugar de aquellos cumplidos cortos, que se decian las pocas veces que se hablaban, y eso de paso y sin detenerse, si venian encontrados; en lugar de aquellas reverencias pausadas y calculadas segun à quién, por quièn, y delante de quièn se hacian; en lugar de aquellas visitas de ceremonia, que se pagaban con tales y tales motivos; en lugar de todo esto ha sobrevenido un torbellino de visitas diarias, continuas reverencias, impracticables à quien no tenga el cuerpo de goznes, estrechos abrazos, y continuas expresiones amistosas, tan largas de recitar, que uno como yo poco acostumbrado à ellas, necesita tomar cinco ò seis veces aliento ántes de llegar al fin. Bien es verdad, que para evitar este último inconveniente (que lo es hasta para los mas prácticos) se suele tomar el medio tèrmino de pronunciar entre dientes la mitad de estas arengas, no sin mucho peligro de que el sugeto cumplimentado reciba injurias en vez de lisongas de parte del cumplimentador.

Nuño me llevó anoche à una tertulia (asi se llaman cierto número de personas que concurren con freqüencia à una conversacion) presentóme à la ama de casa, porque has de saber, que los amos no hacen papel en ellas. Señora, le dixo, este es un moro noble, qüalidad que basta para que lo admitais; y honrado, prenda suficiente para que yo lo estime.

De-

Desea conocer à España; me ha encargado de procurarle todos los medios para ello, y lo presento à toda esta amable tertulia (lo que dixo mirando por toda la sala.) La Señora me hizo un cumplido de los que acabo de referir, y repitiéron otros iguales los concurrentes de uno y otro sexô. Aquella primera noche causó un poco de extrañeza mi modo de llevar el trage européo y conversacion; pero al cabo de otras tres ò quatro noches, era yo à todos ya tan familiar como qualquiera de ellos mismos. Algunos de los tertuliantes me visitáron en mi posada, y las tertuliantes me enviáron recados, cumplimentándome sobre mi llegada à esta Corte, y ofreciêndome sus casas. Me habláron en los paseos, y me recibiêron sin susto, quando fui à cumplir con la obligacion de visitarlas. Los maridos viven naturalmente en barrio distinto del de las mugeres; porque en las casas de estas no hallè mas hombres que los criados, y otros como yo, que iban à visita. Los que encontrè en la calle ò en la tertulia, à la segunda vez ya eran amigos mios; à la tercera ya la amistad era antigüa; à la quarta ya se habia olvidado la fecha, y à la quinta me entraba y salia por todas partes sin que me hablase alma viviente, ni siquiera el portero; el qual con la gravedad de su bandolera y baston, no tenia por conveniente dexar su brasero y garita por tan frívolo motivo, como era entrarse un moro por la casa de un christiano.

Aun mas que con este exemplo se comprueba la franqueza de los Españoles de este siglo con la relacion de las mesas continuamente dispuestas en Madrid para quantos se quieran sentar à comer. La primera vez que me hallè en una de ellas condu-

cido por Nuño, creí estar en alguna posada públi-ca segun la libertad, aunque tanto lo desmentia la magnificencia de su aparato, la delicadeza de la comida, y lo ilustre de la compañía. Dixeselo así à mi amigo, manifestándole la confusion en que me hallaba; y èl conocièndola, y sonrièndose, me dixo: el amo de esta casa es uno de los mayores hombres de la Monarquía; importará doscientos pesos todos los años lo que èl mismo come, y gasta cien mil en su mesa. Otros están en el mismo pie; y èl, y ellos son vasallos que dan lustre à la Corte, y solo son inferiores al Soberano, à quien sirven con tanta lealtad como esplendor. Quedème absorto, como tú quedarias, si presenciáres lo que lees en esta Carta.

Todo esto sin duda es muy bueno, porque contribuye à hacer al hombre cada dia mas sociable. El continuo trato y franqueza descubren mutuamente los corazones de los unos à los otros; hace que se comuniquen las especies, y se unan las voluntades. Así se lo estaba yo diciendo à Nuño, quando notè que oía con mucha frialdad lo que yo le ponderaba con fervor; ¡ pero quál me sorprehendió, quando le oí lo siguiente! Todas las cosas son buenas por un lado, y malas por otro, como las medallas que tienen derecho y revés. Esta libertad en el trato que tanto te hechiza, es como la rosa que tiene las espinas muy cerca del capullo. Sin aprobar la demasiada rigidez del siglo XVI, no puedo tampoco conceder tantas ventajas à la libertad moderna. ¿ Cuentas por nada la molestia que sufre, el que quiere por exemplo pasearse solo una tarde por distraerse de algun sentimiento, ò por reflexîonar sobre algo que le importe? Conveniencia que lograria en lo antiguo

so-

solo con pasarse de largo sin hallar à los amigos; y mediante esta franqueza que alabas, se halla rodeado de importunos que le asaltan con mil insulseces sobre el tiempo que hace, los coches que hay en el paseo, color de la bata de tal dama, gusto de libreas de tal Señor, y otras semejantes. ¿Parécete poca incomodidad la que padece el que tenia ánimo de encerrarse en su quarto un dia, pára poner en órden sus cosas domésticas, ò entregarse à una lectura que lo haga mejor ò mas sabio? Lo qual tambien conseguiria en lo antiguo, à no ser el dia de su Santo, ò cumple años; y en el método de hoy se halla con cinco ò seis visitas sucesivas de gentes ociosas que nada le importan, y que solo las hacen por no perder por falta de exercitarlo el sublíme privilegio de entrar y salir por qualquier parte, sin motivo ni intencion. Si queremos alzar un poco el discurso. ¿Crees pequeño inconveniente, nacido de esta libertad, el que un Ministro, con la cabeza llena de negocios arduos, tenga que exponerse, digamoslo asi, à la especulacion de veinte desocupados, ò tal vez espías, que con motivo de la mesa franca van à visitarle à la hora de comer; y observan de què plato come, de qué vino bebe, con quál convidado se familiariza, con quièn habla mucho, con quièn poco, con quién nada, à quál en secreto, à quál à voces, à quién pone buena cara, à quién mala, à quièn mediana? Piènsalo, reflexîonalo, y lo verás. La falta de etiqueta en el actual trato de las mugeres, tambien me parece asunto de poca controversia, sino has olvidado la conversacion que tuviste con una Señora de no menos juicio que virtud, podrás inferir que redundaba en honor de su sexô la antigua austeri-

dad

dad del nuestro, aunque sobrase, como no lo dudo, algo de aquel teson, de cuyo extremo nos hemos precipitado rápidamente al otro. No puedo ménos de acordarme de la pintura que oí muchas veces hacer á mi abuelo de sus amores, galanteo y boda con mi abuela. Algun poco de rigor hubo por cierto en toda la empresa, pero no hubo parte de ella que no fuese un verdadero crisol de la virtud de la dama, del valor del galan, y del honor de ambos. La casualidad de concurrir à un sarao en Burgos, la conducta de mi abuelo enamorado desde aquel punto, el modo de introducir la conversacion, el declarar su amor á la dama, la respuesta de ella, el modo de experimentar la pasion del caballero (y aquí se complacia el buen viejo, contando los torneos, fiestas, músicas, desafíos y tres campañas que hizo contra los moros por servirla, y acreditar su constancia) el modo de permitir ella, que la pidiese á sus padres, las diligencias practicadas entre las dos familias, no obstante la conexîon que habia entre ellas; y en fin todos los pasos hasta lograr el deseado fin, indicaban merecerse mutuamente los novios. Por cierto, decia mi abuelo poniendose sumamente grave, que estuvo à pique de descomponerse la boda por la casualidad de haberse encontrado en la misma calle, aunque à mucha distancia de la casa, una mañana de S. Juan no sé que escalera de cuerda, pedazos de guitarra, media linterna, al parecer de alguna ronda, y otras varias reliquias de una quimera que habia habido la noche anterior, y habia causado no pequeño escándalo; hasta que se averiguó haber procedido todo este desórden de una quadrilla de Capitanes mozalvetes recien venidos de Flan-

 des

des que se juntaban aquellas noches en una casa de juego del barrio, en la que vivia una famosa dama cortesana.

CARTA XII.

Del mismo, al mismo.

En Marruecos no tenemos idea de lo que por acá se llama nobleza hereditaria; con que no me entenderias, si te dixera que en España no solo hay familias nobles, sino provincias que lo son por heredad. Yo mismo que lo estoy presenciando no lo comprehendo. Te pondré un exemplo práctico, y lo entenderás ménos, como á mí me sucede: y sino, ahe:

Pocos dias há pregunté, si estaba el coche pronto, pues mi amigo Nuño estaba malo, y yo queria visitarle. Me dixeron que no. Al cabo de media hora hice igual pregunta, y tuve igual respuesta. Pasada otra media hora pregunté, me respondieron lo propio. De allí à poco me dixeron, que el coche estaba puesto, pero que el cochero estaba ocupado. Indagué la ocupacion al baxar las escaleras, y él mismo me desengañó, saliéndome al encuentro, y diciéndome: aunque soy cochero soy noble. Han venido unos vasallos mios, y me han querido besar la mano, para llevar este contento á sus casas; con que por eso me he detenido, pero ya despaché. ¿A dónde vamos? y al decir esto montó en la mula y arrimó el coche.

CARTA XIII.

Del mismo, al mismo.

Instando á mi amigo christiano á que me explicase qué es nobleza hereditaria, despues de decirme mil cosas que yo no entendí, mostrarme estampas, que me parecieron de mágicas, y figuras que tuve por capricho de algun pintor demente; y despues de reirse conmigo de muchas cosas que decia ser muy respetables en el mundo, concluyó con estas voces interrumpidas con otras tantas carcaxadas de risa: nobleza hereditaria es la vanidad, que yo fundo en que ochocientos años ántes de mi nacimiento muriese uno, que se llamó como yo me llamo, y fué hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo.

CARTA XIV.

Del mismo, al mismo.

Entre las voces que mi amigo hace ánimo de poner en su Diccionario, la voz *victoria* es una de las que necesitan de mas explicacion, segun se confunde en las Gazetas modernas. Toda la guerra pasada, dice Nuño, estuve leyendo Gazetas y Mercurios y nunca pude entender quién ganaba, ó perdia. Las mismas funciones en que me he hallado, me han parecido sueños, segun las relaciones impresas por su lectura, y no supe jamás quándo habiamos de cantar el *Te Deum*, ó el *Miserere*. Lo que sucede por lo regular, es lo siguiente.

Dase una batalla sangrienta entre dos exércitos nu-

numerosos, y uno ó ámbos quedan destruidos; pero ámbos Generales la envian pomposamente referida á sus Cortes respectivas. El que mas ventaja sacó, por pequeña que sea, incluye en su relacion un estado de los enemigos muertos, heridos y prisioneros; cañones, morteros, banderas, estandartes, timbales y carros tomados. Se anuncia la victoria en su Corte con el *Te Deum*, campanas, iluminaciones, &c. &c. El otro asegura que no fué batalla, sino un pequeño choque de poca ó ninguna importancia; que no obstante la grande superioridad del enemigo no rehusó la accion; que las tropas del Rey hicieron maravillas; que se acabó la funcion con el dia; y que no fiando su exército á la obscuridad de la noche, se retiró metódicamente. Tambien se canta el *Te Deum* y se tiran cohetes en su Corte, y todo queda problemático, ménos la muerte de 20☉ hombres, que ocasiona la de otros tantos hijos huérfanos, padres desconsolados, madres viudas, &c. &c.

CARTA XV.

Del mismo, al mismo.

En España como en todos los paises del mundo, las gentes de cada carrera desprecian á las de las otras. Búrlase el soldado del Escolástico, oyéndole disputar *Utrum Blictiri sit terminus logicus*. Búrlase este del Químico, empeñado en el hallazgo de la piedra filosofal. Este se rie del soldado que trabaja mucho sobre que la vuelta de la casaca tenga tres pulgadas de ancho y no tres y media. ¿Qué hemos de inferir de todo esto? Que en todas las facultades humanas hay cosas ridículas.

CAR-

CARTA XVI.

Del mismo, al mismo.

Entre los manuscritos de mi amigo Nuño he hallado uno, cuyo título es: *Historia Heroyca de España.* Preguntándole, qué significaba, me dixo, que prosiguiese leyendo, y el prólogo me gustó tanto, que lo copio, y te lo remito.

Prólogo.

No extraño que las naciones antiguas llamasen Semidioses á los hombres grandes que hacian proezas superiores á las comunes fuerzas humanas. En cada pais han florecido en tales y tales tiempos unos varones, cuyo mérito ha pasmado á los otros. La patria, deudora á ellos de singulares beneficios, les dió aplausos, aclamaciones y obsequios. Por poco que el patriotismo inflamase aquellos ánimos, las ceremonias se volvian culto, el sepulcro altar, la casa templo; y venia el hombre grande á ser adorado por la generacion inmediata á sus contemporáneos: siendo alguna vez tan rápido este progreso que sus mismos conciudadanos, conocidos y amigos tomaban el incensario, y cantaban los hymnos. La ceguedad de aquellos Pueblos sobre la idea de la deidad pudo multiplicar este nombre: Nosotros mas instruidos no podemos admitir tal absurdo; pero hay una gran diferencia entre este exceso, y la ingratitud con que tratamos la memoria de nuestros héroes. Las naciones modernas no tienen bastantes monumentos levantados á los nombres de sus varones ilustres.

Si

Si lo motiva la envidia de los que hoy ocupan los puestos de aquellos, temiendo estos que su lustre se eclipse por el de sus antecesores, anhelen á superarlos; la eficacia del deseo por sí sola bastará á igualar su mérito con el de los otros.

De los Pueblos que hoy florecen, el Inglés es el solo que parece adoptar esta máxima, y levanta monumentos á sus héroes en el mismo Templo que sirve de panteon á sus Reyes; llegando à tanto su sistema, que hacen á veces igual obsequio á las cenizas de los héroes enemigos, para realzar la gloria de sus naturales.

Las demas naciones son ingratas à la memoria de los que las han adornado y defendido. Esta es una de las fuentes de la desidia universal, ó de la falta de entusiasmo de los Generales modernos. Ya no hay patriotismo, porque no hay patria.

La Francesa y la Española abundan en héroes insignes, mayores que muchos de los que vio en los altares la Roma pagana. Los reynados de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, han llenado de gloria los anales de Francia; pero no tienen los Franceses una historia de sus héroes tan metódica, como yo quisiera y ellos merecen; pues solo tengo noticia de la obra de Mr. Pernault, y esta no trata sino de los hombres ilustres del último de los tres reynados gloriosos que he dicho. En lugar de llenar toda Europa de tanta obra frívola como han derramado à millares en estos últimos años, ¿quánto mas beneméritos de sí mismos serian, si nos hubieran dado una obra de esta especie, escrita por algun hombre grande de los que tienen todavia en medio del gran número de Autores que no merecen tal nombre?

Este era uno de los asuntos que yo habia empren-

prendido, prosiguió Nuño, quando tenia algunas ideas muy opuestas á las de quietud y descanso que ahora me ocupan. Intenté escribir una historia heroyca de España: esta era una relacion de todos los hombres grandes que ha producido la nacion desde Don Pelayo. Para poner el cimiento de esta obra tuve que leer con sumo cuidado nuestras historias, así generales como particulares; y te juro que cada libro era una mina, cuya abundancia me envanece. El mucho número formaba la gran dificultad de la empresa, porque todos hubieran llegado á un tomo exhorbitante, y pocos hubieran sido de dificultosa eleccion. Entre tantos insignes, si cabe alguna preferencia que no agravie á los que excluye, señalaba como asuntos sobresalientes despues de Don Pelayo, libertador de su patria, Don Ramiro, padre de sus vasallos; Pelaez de Correa azote de los moros; Alonso Perez de Guzman exemplo de fidelidad; Cid Ruy Diaz restaurador de Valencia; Fernando III conquistador de Sevilla; Gonzalo Fernandez de Córdoba vasallo envidiable; Hernan Cortés héroe mayor que los de la fábula, Leiva, Pescara y Basto, vencedores en Pavia; y Alvaro de Bazan favorito de la fortuna.

¡Quán glorioso proyecto seria el de levantar estatuas, monumentos y colunas á estos varones! Colocarlos en los parages mas públicos de la Villa Capital con un corto elogio de cada uno, citando la historia de sus hazañas! ¿que mejor adorno de la Corte? ¿qué estímulo para nuestra juventud, que se criaria desde su niñez á vista de unas cenizas tan venerables? A semejantes ardides debió Roma en mucha parte el dominio del Orbe.

CAR-

CARTA XVII.

De Ben-Beley à Gazel.

De todas tus Cartas, recibidas hasta ahora, infiero que me pasaria en lo bullicioso y lucido de Europa lo mismo que experimento en el retiro de Africa, árida é insociable, como tú la llamas desde que te acostumbras á las delicias européas. Nos fastidia con el tiempo el trato de una muger que nos encantó à primera vista; nos cansa un juego que aprendimos con ansia; nos molesta una música que al principio nos arrebataba; nos empalaga un plato que nos deleytó la primera vez; la Corte que al primer dia nos encantó, despues nos repugna; la soledad que nos parecia deliciosa la primera semana, nos causa despues melancolía; la virtud sola es la cosa que es mas amable, quanto mas la conocemos y cultivamos.

Te deseo bastante fondo de ella para alabar al Ser Supremo con rectitud de corazon; tolerar los males de la vida; no desvanecerte con los bienes; hacer bien à todos; mal á ninguno; vivir contento; esparcir alegria entre tus amigos; participar sus pesadumbres, para aliviarles el peso de ellas; y volver salvo y sabio al seno de tu familia, que te saluda muy de corazon con vivísimos deseos de abrazarte.

CARTA XVIII.

De Gazel à Ben-Beley.

Hoy si que tengo una extraña observacion que comunicarte. Desde la primera vez que desembar-

barqué en Europa, no he observado cosa que me haya sorprehendido, como la que te voy à participar en esta Carta. Todos los sucesos politicos de esta parte del mundo, por extraordinarios que sean, me parecen mas fáciles de explicar que la frequencia de pleytos entre parientes cercanos, y aun entre hijos y padres. Ni el descubrimiento de las Indias orientales y occidentales ni la incorporacion de las coronas de Castilla y Aragon, ni la formacion de la Republica Holandesa, ni la constitucion mixta de la gran Bretaña, ni la desgracia de la casa de Stuart, ni el establecimiento de la de Bragança, ni la cultura de Rusia, ni suceso alguno de esta calidad, me sorprehende tanto como ver pleytear padres con hijos. ¿En qué puede fundarse un hijo, para demandar en justicia contra su padre? ¿O en qué puede fundarse un padre, para negar alimentos à su hijo? Es cosa que no entiendo. Se han empeñado los sabios de este país en explicarmelo, y mi entendimiento en resistir à la explicacion, pues se invierten todas las ideas que tengo de amor paterno, y amor filial.

Anoche me acosté con la cabeza llena de lo que sobre este asunto habia oido, y se me ocurriéron de tropel todas las instrucciones que oí de tu boca quando me hablabas en mi niñez sobre el carácter de padre, y el rendimiento de hijo. Venerable Ben-Beley, despues de levantar las manos al Cielo, taparéme con ellas los oidos para impedir la entrada à voces sediciosas de jóvenes necios, que con tanto desacato me hablan de la dignidad paterna. No escucho sobre este punto mas voz, que la de la naturaleza tan eloqüente de mi corazon, mas quando tú la acompañaste con tus sabios consejos. Este vicio européo no llevaré yo à Africa.

me tengas por mas delinqüente, que si llevase à mi patria la peste de Turquía. Me verás à mi regreso tan humilde á tu vista, y tan docil à tus labios, como quando me sacáste de entre los brazos de mi madre moribunda, para servirme de padre por la muerte de quien me engendró. Desde ahora aceleraré mi vuelta, para que no me contagie mal tan engañoso, que se hace apetecible al mismo que lo padece; volaré hasta tus plantas; las besaré mil veces; postrado me mantendré sin alzar los ojos del suelo, hasta que tus benignas manos me lleven à tu pecho; reverenciaré en tí la imágen de mi padre; y Dios desde la altura de su trono..... *Aquí está borrado el manuscrito*...... Si con ménos respeto te mirára, creo que vibraria la mano omnipotente un rayo irresistible que me reduxera à cenizas con espanto del orbe entero, à quien mi nombre vendria à ser de escarmiento infeliz, y de eterna memoria.

¡Qué mofa harian de mí algunos jóvenes europeos, si cayesen estos renglones en sus impías manos! ¡quánta necedad brotaria de sus insolentes labios! ¡qué ridículo objeto seria yo à sus ojos! Pero aun así despreciaria el escarnio de los malvados, y me apartaria de ellos, para mantener mi alma tan blanca como la leche de las ovejas.

CARTA XIX.

De Ben-Beley à Gazel en respuesta de la anterior.

Como suben al Cielo los aromas de las flores, y como llegan à mezclarse con los celestes coros los trinos de las aves, así he recibido la expresion de

rendimiento que me ha traido la Carta, en que abominas del desacato de algunos jóvenes europeos hácia sus padres. Mantente contra tan horrendas máximas, como la peña se mantiene contra el esfuerzo de las olas; y creeme, que Alá mira con bondad desde la altura de su trono à los hijos que tratan con reverencia à sus padres; pues los otros se oponen abiertamente al establecimiento de la sabia economía que resplandece en la creacion.

CARTA XX.

De Ben-Beley à Nuño.

Veo con sumo gusto el aprovechamiento con que Gazel va viajando por tu país, y los progresos que hace su talento natural con el auxilio de tus consejos. Su entendimiento solo estaria tan léjos de serle útil sin tu direccion, que mas serviría à alucinarle. A no haberte puesto la fortuna en el camino de este jóven, hubiera malogrado Gazel su tiempo. ¿Qué se pudiera esperar de sus viages? Mi Gazel hubiera aprendido, y mal, una infinidad de cosas; se llenaria la cabeza de especies sueltas; y hubiera vuelto à su patria ignorante y presumido. Pero aun así, dime Nuño, ¿son verdaderas muchas de las noticias que me envia sobre las costumbres y usos de tus paisanos? Suspendo el juicio hasta ver tu respuesta. Algunas cosas me escribe incompatibles entre sí. Me temo que su juventud lo engañe en algunas ocasiones, y me represente las cosas no como son, sino quales se le representaron. Haz que te enseñe quantas Cartas me remita, para que veas si me escribe con puntualidad lo que sucede, ó lo

que se le figura? ¿Sabes de dónde nace esta mi confusion, y esta mi eficacia en pedirte que me saques de ella, ó por lo menos que impidas su aumento? Nace, christiano amigo, nace de que sus Cartas, que copio con exâctitud, y suelo leer con frecuencia, me representan tu nacion diferente de todas, en no tener carácter proprio, que es el peor carácter que puede tener.

CARTA XXI.

De Nuño á Ben-Beley en respuesta á la anterior.

No me parece que mi nacion esté en el estado que infieres de las Cartas de Gazel, y segun él mismo lo ha colegido de las costumbres de Madrid, y alguna otra Ciudad capital. Dexa que él te escriba lo que notáre en las Provincias, y verás como de ellas deduces, que la nacion es hoy la misma que era tres siglos há. La multitud y variedad de trages, costumbres, lenguas y usos es igual en todas las Cortes por el concurso de extrangeros que acude á ellas; pero las Provincias interiores de España, que por su poco Comercio, malos caminos, y ninguna diversion, no tienen igual concurrencia, producen hoy unos hombres compuestos de los mismos vicios y virtudes que sus quintos abuelos. Si el carácter español en general se compone de religion, valor y amor á su Soberano por una parte, y por otra de vanidad, desprecio de la industria (que los extrangeros llaman pereza) y demasiada propension al amor, si este conjunto de buenas y malas calidades componian el corazon nacional de los Españoles cinco si-

glos

gloria, él mismo compondrá dos tomos de sus hazañas. Por cada petimetre que se vea prendado de modas siempre que se lo manda su peluquero y su sastre, habrá cien mil Españoles que no han reformado un ápice su trage antiguo. Por cada Español que oiga algo tibio en la fé, habrá un millon que sacarán la espada, si oyen hablar de tales materias. Por cada uno que se emplee en un arte mecánica, habrá un sin número que están prontos á cerrar sus tiendas por ir á las Asturias, ó á las montañas en busca de una executoria. En medio de la decadencia aparente del carácter nacional, se descubren de quando en quando ciertas señales del antiguo espíritu; ni puede ser de otro modo. Querer que una nacion se quede con solas sus propias virtudes, y se despoje de sus defectos propios para adquirir en su hogar las virtudes de las estrañas, es fingir otra república como la de Platon. Cada nacion es como cada hombre que tiene sus buenas y malas propiedades peculiares á su alma y cuerpo. Es muy justo trabajar á disminuir estas, y aumentar aquellas; pero es imposible aniquilar lo que es parte de su constitucion. El proverbio, que dice *genio y figura hasta la sepultura*, sin duda se entiende de los hombres, y mucho mas de las naciones que no son otra cosa mas que una junta de hombres, en cuyo número se ven las qualidades de cada individuo. No obstante soy de parecer, que se deben distinguir las verdaderas prendas nacionales de las que no lo son, sino por abuso, ó preocupacion de algunos á quienes guia la ignorancia ó pereza. Exemplares de esto abundan, y su exâmen me ha hecho ver con mucha frialdad cosas que otros paisanos mios no saben mirar sin enardecerse. Darete algun exemplo de los muchos que pudiera.

Oi-

Digo hablar así respecto de cierto trage muy incómodo que llaman á la española antigua. El cuento es que el tal trage no es á la española antigua, ni á la moderna, sino totalmente extrangero para España, pues fué traido por la casa de Austria. El cuello está muy sujeto, y metido en prensa, los muslos apretados, la cintura ceñida y cargada con una espada larga, y otra mas corta, el vientre descubierto por la hechura de la chupilla, los hombros sin resguardo, la cabeza sin abrigo, y todo esto, que no es bueno, ni español, es celebrado generalmente, porque dicen que es español y bueno; y en tanto grado aplaudido, que una comedia, cuyos personages se vistan de este modo, tendrá, por mala que sea, mas entradas que otra alguna, por bien compuesta que esté, si le falta este ornamento.

La filosofía aristotélica, con todas sus sutilezas desterrada ya de toda Europa, y que solo ha hallado asilo en este rincon de ella, se defiende por algunos de nuestros viejos con tanto esmero, é iba á decir, con tanta fé, como un símbolo de la Religion. ¿Por qué? Porque dicen que es doctrina siempre defendida en España, y que el abandonarla es desdorar la memoria de nuestros abuelos. Esto parece muy plausible; pero has de saber, sabio Africano, que en esta preocupacion se envuelven dos absurdos á qual mayor. El primero es, que habiendo todas las naciones de Europa mantenido algun tiempo el peripateticismo, y desechádolo despues por otros sistemas de ménos gritos, y mas certidumbre, el dexarlo tambien nosotros, no sería injuria á nuestros abuelos, pues no han pretendido injuriar á los suyos en esto los Franceses é Ingleses. El segundo es, que el tal texido de sutilezas, pre-

precisiones, distinciones, y otras delicias de los tiempos escolásticos que tanto influxo tuviéron en las otras facultades, nos ha venido de afuera, como se queja muy á menudo un hombre docto Español, muy amigo de la verdadera ciencia, y enemigo de las hinchazones pedantescas, y sumamente ilustrado sobre lo que verdaderamente eran glorias de España; y que escribia quando empezaban á corromperse los estudios en nuestras Universidades por el método escolástico que habia venido de afuera: lo qual puede verse muy despacio en la apología de la literatura española, escrita por el célebre literato Alonso García Matamoros, natural de Sevilla, maestro de retórica de la Universidad de Alcalá de Henares, y uno de los hombres mayores que floreciéron en el siglo nuestro de oro, esto es, el diez y seis.

Del mismo modo quando se trató de introducir en nuestro exército las maniobras, evoluciones, fuegos y régimen mecánico de la disciplina Prusiana, gritáron algunos de nuestros inválidos diciendo que esto era un agravio manifiesto al exército Español; y que sin el paso oblíquo, regular, corto y redoblado habia puesto á Felipe V en su Trono, á Cárlos en el de Nápoles, y á su hermano en el dominio de Parma; que sin oficiales introducidos en las divisiones habia tomado á Oran, y defendido á Cartagena; que todo esto habian hecho, y estaban prontos á hacer con su continua disciplina Española: y que parecia tiranía, quando ménos, el quitarsela. Pero has de saber, que la tal disciplina nunca era Española, pues al principio del siglo no habia quedado ya memoria de la famosa, y verdaderamente sabia disciplina, que hizo florecer los exércitos Españoles en Flandes y en Italia en tiem-

po

po de Cárlos V, y Felipe II, y mucho ménos de la invencible del gran Capitan en Nápoles. Vino otra igualmente extrangera que la Prusiana, pues era la Francesa, con la qual fué entónces preciso uniformar nuestras tropas á las de Francia, no solo porque convenia que los aliados maniobrasen del mismo modo, sino porque los exércitos de Luis XIV eran la norma de todos los de Europa en aquel tiempo, como los de Federico lo son en el nuestro.

¿Sabes la triste conseqüencia que se saca de todo esto? No es otra sino que el patriotismo mal entendido, en lugar de ser virtud, viene á ser defecto ridículo, y muchas veces perjudicial á la misma patria. Sí, Ben-Beley, tan poca cosa es el entendimiento humano, que si quiere ser un poco eficaz, muda la naturaleza de las cosas de buenas en malas por buenas que sean. La economía muy extremada es avaricia; la prudencia, sobrada cobardía, y el valor precipitado temeridad.

Dichoso tú, que separado del bullicio del mundo, empleas tu tiempo en inocentes ocupaciones, y no tienes que sufrir tanto delirio, vicio y flaqueza como abunda entre los hombres, sin que apenas pueda el sabio distinguir, quál es vicio, y quál es virtud entre los varios móviles que los agitan.

CARTA XXII.

De Gazel á Ben-Beley.

Siempre que las bodas se forman entre personas iguales en haberes, genios y nacimientos, me parece que las Cartas, aunque se anuncian á los parientes y amigos de las casas, si no hubiera á lo ménos hi-

hipocresía en el mundo, se pudieran reducir á estas palabras: *con motivo de ser nuestra casa pobre y noble, enviamos nuestra hija á la de Craso, que es rica y plebeya. Con motivo de ser nuestro hijo tonto, mal criado y rico, pedimos para él la mano de N. que es discreta, bien criada y pobre.* O bien á estas: *con motivo de que es inaguantable la carga de tres hijas en una casa, las enviamos á que sean amantes y amadas de tres hombres, que ni las conocen, ni son conocidos de ellas*: ó á otras frases semejantes, salvo empero el acabar con el acostumbrado cumplido de *para que mereciendo la aprobacion de Vm. no falte circunstancia de gusto á este tratado*, porque es cláusula muy esencial.

CARTA XXIII.

Del mismo, al mismo.

Hay hombres en este mundo que tienen por oficio el disputar. Asistí últimamente á unas juntas de sabios que llaman *Conclusiones*. Lo que son no lo sé, ni lo dixéron, ni sé si se entendiéron; ni si se reconciliaron despues, ó si se quedáron con el rencor que se manifestáron delante de una infinidad de gentes, de las quales ni un hombre se levantó para apaciguarlos, no obstante el peligro en que estaban de darse de puñaladas, segun los gestos que hacian y las injurias que se decian; ántes los indiferentes estaban mirando con mucho sosiego, y aun con gusto la quimera de los adversarios. Uno de ellos, que tenia mas de dos varas de alto, casi otras tantas de grueso, fuertes pulmones, voz de gigante y ademanes de frenético, defendió por la mañana que una cosa era negra: y á

la tarde que era blanca. Lo celebré infinito, pareciéndome esto un efecto de docilidad poco comun entre los sabios; pero desengañéme, quando ví que los mismos que por la mañana se habian opuesto con todo su brio, que no era corto, á que la tal cosa era negra, se oponian igualmente por la tarde á que la misma fuése blanca. Un hombre grave que se sentó á mi lado, me dixo, que esto se llamaba defender una cosa problemáticamente; que el sugeto que estaba luciendo su ingenio problemático, era un mozo de muchas prendas y grandes esperanzas; pero que era, como si dixéramos, su primera campaña, y que los que le combatian eran ya hombres hechos á esas contiendas con cincuenta años de fatigas, soldados veteranos, acuchillados y aguerridos. Setenta años, me dixo, he gastado y he criado estas canas, añadió, quitándose una especie de turbante pequeño y negro, asistiendo á estas tareas; pero ninguna vez de las muchas que se han suscitado estas qüestiones, la he visto tratar con el empeño que hoy.

Nada entendí de esto. No puedo comprehender qué utilidad pueda sacarse de disputar setenta años una misma cosa sin el gusto, ni siquiera la esperanza de aclararla. Comunicando este lance con Nuño, me dixo, que en su vida habia disputado dos minutos seguidos, porque en aquellas cosas humanas en que no cabe la demostracion, es inútil tan porfiada conferencia, pues en la vanidad del hombre, su ignorancia, y preocupacion, todo argumento permanece indeciso, quedando cada argumentante en la persuasion de que su antagonista no entiende la qüestion, ó no quiere confesarse vencido. Soy del dictámen de Nuño, y no dudo que tú lo fuéras, si oyéras las disputas literarias de España.

CAR-

CARTA XXIV.

Del mismo, al mismo.

Uno de los motivos de la decadencia de las Artes en España, es sin duda la repugnancia que tiene todo hijo á seguir la carrera de su padre. En Lóndres, por exemplo, hay tienda de zapatero que ha ido pasando de padres á hijos por cinco ó seis generaciones, aumentándose el caudal de cada poseedor sobre el que le dexó su padre hasta tener casas de campo y haciendas considerables en las provincias, gobernando estos estados él mismo desde el banquillo en que preside á los mozos de la zapatería en la capital. Pero en este país cada padre quiere colocar su hijo mas alto, y si no el hijo tiene buen cuidado de dexar á su padre mas abaxo; con cuyo método, ninguna familia se fixa en gremio alguno determinado de los que contribuyen al bien de la República por la industria, comercio ó labranza, procurando todos con increible anhelo colocarse por este ó por el otro medio en la clase de los nobles, menoscabando al estado de lo que producirian si trabajáran. Si se reduxera siquiera su ambicion de ennoblecerse al deseo de descansar y vivir felices, tendria alguna excusa moral este defecto político; pero suelen trabajar mas despues de ennoblecidos.

En la misma posada en que vivo, se halla un caballero recien venido de Indias, que acaba de llegar con un caudal considerable. Inferiria qualquiera racional, que conseguido ya el dinero, medio para todos los descansos del mundo, no pensaria el indiano mas que en gozar de lo que fué á adquirir

por varios modos á muchos millares de leguas. Pues no, amigo. Me ha comunicado su plan de operaciones para toda su vida, aunque cumpla doscientos años. Ahora me voy, me dixó, á pretender un hábito; luego un título de Castilla; despues un empleo en la Corte; con este buscaré una boda ventajosa para mi hija; pondré un hijo en tal parte; otro en qual parte; casaré una hija con un Marqués; otra con un Conde. Luego pondré pleyto á un primo mio sobre quatro casas que se están cayendo en Vizcaya; despues otro á un tio segundo de mi abuelo. Interrumpí su série de proyectos, diciéndole: caballero, si es verdad que os hallais con seiscientos mil pesos duros en oro ó plata; teneis ya cincuenta años cumplidos y una salud algo dañada por sí, los viages y trabajos, ¿no sería consejo mas prudente el escoger la Provincia mas saludable del mundo, estableceros en ella, buscar todas las comodidades de la vida, pasar con descanso lo que os queda de ella, amparar á los parientes pobres, hacer bien á vuestros vecinos, y esperar con tranquilidad el fin de vuestros dias sin acarreároslo con tantos proyectos, todos de ambicion y codicia? No Señor, me respondió con furia: como yo lo he ganado que lo ganen otros. Sobresalir entre los ricos, aprovecharme de la miseria de alguna familia pobre para ingerirme en ella y hacer casa, son los tres objetos que debe llevar un hombre como yo: y en esto se salió á hablar con una quadrilla de Escribanos, Procuradores, Agentes y otros que lo saludaron con el tratamiento que las Pragmáticas señalan para los Grandes del Reyno: lisonjas que naturalmente acabarán con lo que fué el fruto de sus viages y fatigas, y que eran cimiento de su esperanza y necedad.

CAR-

CARTA XXV.

Del mismo, al mismo.

En mis viages por distintas Provincias de España he tenido ocasion de pasar repetidas veces por un lugar, cuyo nombre no tengo ahora presente. En él observé, que un mismo sugeto en mi primer viage se llamaba Pedro Fernandez; en el segundo oí, que sus vecinos le llamaban Señor Pedro Fernandez; en el tercero oí, que su nombre era Sr. D. Pedro Fernandez. Causóme novedad esta diferencia de tratamiento en un mismo hombre.

No importa, dixo Nuño. Pedro Fernandez siempre será Pedro Fernandez.

CARTA XXVI.

Del mismo, al mismo.

Por la última tuya, veo quan extraña te ha parecido la diversidad de las Provincias que componen esta Monarquía. Despues de haberlas visitado, hallo ser muy verdadero el informe que me habia dado Nuño de esta diversidad.

En efecto los Cántabros, entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma Vizcaino, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fuéron los primeros marineros de Europa, y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su país, aunque sumamente áspero, tiene una poblacion numerosísima, que no parece disminuirse con las contínuas Colonias que envia á la América. Aunque un Vizcaino se ausente de su pa-

patria, siempre se halla en ella como se encuentre un paisano suyo. Tienen entre sí tal union, que la mayor recomendacion que puede uno tener para con otro, es el mero hecho de ser Vizcaino; sin mas diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor de poderoso, que la mayor ó menor inmediacion de los lugares respectivos. El Señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y el Reyno de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman á estos paises las Provincias unidas de España.

Los de Asturias y las Montañas hacen sumo aprecio de su genealogía, y de la memoria de haber sido aquel país el que produxo la reconquista de España con la expulsion de nuestros abuelos. Su poblacion demasiada para la miseria y estrechez de la tierra, hace que un número considerable de ellos se emplea continuamente en Madrid en la librea, que es la clase inferior de criados; de modo, que si yo fuése natural de este país, y me hallára con coche en la Corte, exâminaría con mucha madurez los papeles de mis cocheros y lacayos, por no tener algun dia la mortificacion de ver á un primo mio echar cebada á mis mulas, ó á uno de mis tios limpiarme los zapatos. Sin embargo de todo esto várias familias respetables de esta Provincia se mantienen con el debido lustre; son acreedoras á la mayor consideracion, y producen continuamente Oficiales del mas alto mérito en el Exército y Marina.

Los Gallegos enmedio de la pobreza de su tierra son robustos; se esparcen por toda España á emprehender los trabajos mas duros, para llevar á sus casas algun dinero físico á costa de tan penosa industria. Sus soldados, aunque carecen de aquel lucido exterior de otras naciones, son excelentes para la infantería por su subordinacion, dureza de cuer-

po

po y hábito de sufrir incomodidades de hambre, sed y cansancio.

Los Castellanos son de todos los pueblos del mundo los que merecen la primacía en línea de lealtad. Quando el exército del primer Rey de España de la casa de Francia quedó arruinado en la batalla de Zaragoza, la sola Provincia de Soria dió á su Soberano un exército nuevo y numeroso con que salir á campaña, y fué el que ganó las victorias, de que resultó la destruccion del exército y bando austriaco. El ilustre historiador que refiere las revoluciones del principio de este siglo con todo el rigor y verdad que pide la historia para distinguirse de la fábula, pondera tanto la fidelidad de estos pueblos, que dice será eterna en la memoria de los Reyes. Esta Provincia aun conserva cierto orgullo nacido de su antigua grandeza, que hoy no se conserva sino en las ruinas de sus Ciudades, y en la honradez de sus habitantes.

Extremadura produxo los conquistadores del nuevo mundo, y ha continuado siendo madre de insignes guerreros. Sus Pueblos son poco afectos á las letras; pero los que entre ellos las han cultivado, no han tenido ménos sucesos que sus patriotas en las armas.

Los Andaluces, nacidos y criados en un país abundante, delicioso y ardiente tienen fama de ser algo arrogantes; pero si este defecto es verdadero, debe atribuirse á su clima, siendo tan notorio el influxo de lo físico sobre lo moral. Las ventajas con que naturaleza dotó aquellas Provincias, hacen que miren con desprecio la pobreza de Galicia, la aspereza de Vizcaya y la sencillez de Castilla; pero como quiera que todo esto sea, entre ellos ha habido hombres insignes, que han dado mucho honor

á

á toda España; y en tiempos antiguos los Trajanos, Sénecas y otros semejantes, que pueden envanecer el país en que naciéron. La viveza, astucia y atractivo de las Andaluzas las hace incomparables. Te aseguro, que una de ellas sería bastante para llenar de confusion el Imperio de Marruecos, de modo, que todos nos matásemos unos á otros.

Los Murcianos participan del carácter de los Andaluces y Valencianos. Estos últimos están tenidos por hombres de sobrada ligereza, atribuyéndose este defecto al clima y suelo; pretendiéndo algunos, que hasta en los mismos alimentos falta aquel xugo que se halla en los de otros paises. Mi imparcialidad no me permite someterme á esta preocupacion por general que sea; ántes debo observar, que los Valencianos de este siglo son los Españoles que mas progresos hacen en las ciencias positivas y lenguas muertas.

Los Catalanes son los Pueblos mas industriosos de España. Manufacturas, pescas, navegacion, comercio, asientos, son cosas apénas conocidas en otras Provincias de la península, respecto de los Catalanes. No solo son útiles en la paz, sino del mayor servicio en la guerra. Fundicion de cañones, fábricas de armas, vestuario y monturas para exércitos; conduccion de artillería, municiones, víveres, formacion de tropas ligeras de excelente calidad, todo esto sale de Cataluña. Los campos se cultivan, la poblacion se aumenta, los caudales crecen, y en suma parece estar aquella nacion mil leguas de la gallega, andaluza y castellana. Pero sus genios son poco tratables, únicamente dedicados á su propia ganancia é interés, y así los llaman algunos los Holandeses de España. Mi amigo Nuño me dice, que esta Provincia florecerá, mientras no se intro-

duz-

duzca en ella el luxo personal y la mania de ennoblecer los artesanos: dos vicios, que hasta ahora se oponen al genio que la ha enriquecido.

Los Aragoneses son hombres de valor y espíritu honrados, tenaces en su dictámen, amantes de su Provincia, y notablemente preocupados à favor de sus paisanos. En otros tiempos cultiváron con suceso las ciencias, y manejaron con mucha gloria las armas contra los Franceses en Nápoles y contra nuestros abuelos en España. Su país, como todo lo restante de la peninsula, fué sumamente poblado en la antigüedad, y tanto, que es comun tradicion entre ellos, que en las bodas de uno de sus Reyes entráron en Zaragoza diez mil Infanzones con un criado cada uno, montados los veinte mil en otros tantos caballos de la tierra.

Por causa de los muchos siglos que todos estos Pueblos estuviéron divididos guerreáron unos con otros, habláron diversos idiomas, se gobernaron por diferentes Leyes, llevaron distintos trages, y en fin, fuéron naciones separadas, se mantuvo entre ellos cierto odio, que sin duda ha minorado, y aun llegado à aniquilarse; pero aun se mantiene cierto desapego entre los de Provincias lejanas; y si este puede dañar el tiempo de paz, porque es obstáculo considerable para la perfecta union, puede ser muy ventajoso en tiempo de guerra por la mútua emulacion de unos con otros. Un regimiento todo de Aragoneses no mirará con frialdad la gloria adquirida por una tropa toda Castellana, y un navio tripulado de Vizcainos no se rendirá al enemigo miéntras se defienda otro montado por Catalanes.

CARTA XXVII.

Del mismo, al mismo.

Toda la noche pasada ha estado hablando mi amigo Nuño de una cosa que llaman fama póstuma. Este es un fantasma que ha alborotado muchas Provincias, y quitado el sueño à muchos hasta secarles el cerebro, y perder el juicio. Alguna dificultad me costó entender lo que era; pero lo que aun no puedo comprehender, es que haya hombres que apetezcan la tal fama. Cosa que yo no he de gozar, no sé por qué la he de apetecer. Si despues de morir en opinion de hombre insigne hubiese yo de volver à segunda vida en que sacase el fruto de la fama que merecieron las acciones de la primera, y que esto fuese indefectible, sería cosa muy cuerda, trabajar en la actual para la segunda: era una especie de economía aun mas plausible que la del jóven que guarda para la vejez; pero Ben-Beley, ¿de qué me servirá? ¿Qué puede ser este deseo que vemos en algunos tan eficáz de adquirir tan inútil ventaja? En nuestra religion y en la christiana el hombre que muere no tiene ya conexîon temporal con los vivos que quedan. Los palacios que fabricó no lo han de hospedar, ni ha de comer el fruto del árbol qué dexó plantado, ni ha de abrazar à los hijos que le sobreviven: ¿de que, pues, le sirven los hijos, los huertos, y los palacios? ¿Será acaso la quinta esencia de nuestro amor propio este deseo de dexar nombre à la posteridad? Sospecho que sí. Un hombre que logró atraerse la consideracion de su país ó siglo, conoce que va á perder el humo de tanto incienso desde el instante que espire. Conoce que va

à

à ser igual con el último de sus esclavos. Su orgullo padece en este instante un abatimiento tan grande, como lo fué la suma de las lisonjas todas recibidas mientras adquirió la fama. ¿Por qué no he de vivir eternamente, dícese à sí mismo, recibiendo los aplausos que voy à perder? ¿Voces tan agradables no han de volver á lisongear mis oidos? ¿El gustoso espectaculo de tanta rodilla hincada ante mí no ha de volver á deleytar mi vista? ¿La turba de los que me necesitan han de volverme la espalda? ¿Han de tener ya por objeto de asco y horror al que fué para ellos un Dios tutelar à quien temblaban ayrado y aclamaban piadoso? Semejantes reflexiones le atormentan en la muerte; pero hace el último esfuerzo su amor propio, y le engaña diciendo: tus hazañas llevarán tu nombre de siglo en siglo à la mas remota posteridad. La fama no se obscurece con el humo de la hoguera, ni se corrompe con el polvo del sepulcro. Como á hombre te comprehende la muerte; como héroe la vences. Ella misma se hace la primera esclava de tu triunfo y su guadaña el primero de tus trofeos. La tumba es una nueva cuna para semi-dioses como tú; en su bóveda han de resonar las alabanzas que te canten futuras generaciones. Tu sombra ha de ser tan venerada por los hijos de los que viven, como lo fué tu presencia entre sus padres. ¿Hércules, Alexandro y otros no viven? ¿Acaso han de olvidarse sus nombres? Con estos y otros iguales delirios se aniquila el hombre. Muchos de este carácter inficionan la especie y anhelan à inmortalizarse algunos, que ni aun en su vida son conocidos.

CARTA XXVIII.

Del mismo á Gazel en respuesta á la anterior.

Hé leido muchas veces la relacion que me haces de esa especie de locura que llaman deseo de la fama póstuma. Veo lo que me dices del exceso de amor propio, de donde nace esa necedad de querer un hombre sobrevivirse á sí mismo. Creo como tú, que la fama póstuma de nada sirve al muerto, pero puede servir á los vivos con el estímulo del exemplo que dexa el que ha fallecido. Tal vez este es el motivo del aplauso que logra.

En este supuesto, ninguna fama póstuma es apreciable, sino la que dexa el hombre de bien. Que un guerrero trasmita á la posteridad la fama de conquistador con monumentos de Ciudades asaltadas, naves incendiadas, campos desbaratados, Provincias despobladas, ¿qué ventajas producirá su nombre? Los siglos venideros sabrán que hubo un hombre que destruyó medio millon de hermanos suyos: nada mas. Si algo mas produce esta inhumana noticia, será tal vez enardecer el tierno pecho de algun jóven Príncipe; llenarle la cabeza de ambicion y el corazon de dureza; hacerle dexar el gobierno de sus Pueblos, y descuidar la administracion de la justicia, para ponerse á la cabeza de cien mil hombres que esparzan el terror y llanto por todas las Provincias vecinas. Que un sabio sea nombrado con veneracion por muchos siglos, con motivo de algun descubrimiento nuevo, en las que se llaman ciencias, ¿qué fruto sacarán los hombres? Dar motivo de risa á otros sabios posteriores, que demostrarán ser

engaño lo que el primero dió por punto evidente. Nada mas, ni algo mas sale de aquí, sino que los hombres se envanezcan de lo poco que saben, sin considerar lo mucho que ignoran.

La fama póstuma del justo y bueno tiene otro mayor y mejor influxo en los corazones de los hombres, y puede causar superiores efectos en el género humano. Si nos hubiéramos aplicado à cultivar la virtud tanto como las armas y las letras; y si en lugar de las historias de los guerreros y literatos se hubieran escrito con exâctitud las vidas de los hombres buenos, ¡ tal obra quánto mas provechosa sería ! Los niños en las escuelas, los Jueces en los Tribunales, los Reyes en los palacios, los padres de familia en el centro de ellas, leyendo pocas hojas de semejante libro, aumentarian su propia bondad y la agena; y con la misma mano desarraigarian la propia y la agena maldad.

El tirano al ir à cometer un horror, se detendria con la memoria de los Príncipes que contaban por perdido el dia de su reynado que no señalaban con algun efecto de benignidad. ¿ Qué madre prostituiria sus hijas ? ¿ qué marido se volveria verdugo de su muger ? ¿ qué insolente abusaria de la flaqueza de una inocente vírgen ? ¿ qué padre maltrataria à su hijo ? ¿ que hijo no adoraria à su padre ? ¿ qué esposa violaria el lecho conyugal ? En fin, ¿ quién sería malo, acostumbrado à ver tantos actos de bondad ? Los libros freqüentes en el mundo apénas tratan sino de venganzas, rencores, crueldades y otros defectos semejantes, que son las acciones celebradas de los héroes, cuya fama póstuma tanto nos admira. Si yo hubiese sido muchos siglos há un hombre de estos insignes, y resucitase ahora á recoger los frutos del nombre que dexé aun

pensamiento, sintiera mucho oir estas ó semejantes palabras: Ben-Beley fué uno de los principales conquistadores que pasáron el mar con Tarif. Su alfange dexó á las huestes christianas como la hoz deja el campo en que hubo trigo. Las aguas del Guadalete se volviéron roxas con la sangre Goda que él solo derramó. Tocáronle muchas leguas de terreno conquistado. Lo hizo cultivar por muchos millares de esclavos Españoles. Con el trabajo de otros tantos se mandó fabricar dos alcázares suntuosos, uno en los fértiles campos de Córdoba, otro en la deliciosa Granada. Adornólos ámbos con el oro y plata que le tocáron en el repartimiento de los despojos. Mil Españolas de singular belleza se ocupaban en su delicia, y servicio. Llegado ya á una gloriosa vejez, lo consoláron muchos hijos dignos de besar la mano á tal padre, instruidos por él, que lleváron nuestros pendones hasta la falda de los Pirineos, é hiciéron á su padre abuelo de una prole numerosa, que el Cielo pareció multiplicar para la total aniquilacion del nombre español. En estas hojas, en estas piedras, en estos bronces están los hechos de Ben-Beley. Con esta lanza atravesó á Atanagildo, con esta espada degolló á Endeca, con aquel puñal mató á Valia, &c.

Nada de esto lisongearía mi oido. Semejantes voces harian estremecer mi corazon. Mi pecho se partiria como la nube que despide el rayo. ¡Quán diferentes efectos me causaria oir estos elogios! Aquí yace Ben-Beley, que fué buen hijo, buen padre, buen esposo, buen amigo, buen ciudadano. Los pobres lo querian porque les aliviaba en sus miserias: los magnates tambien, porque no tenia el orgullo de competir con ellos. Amábanle los extraños, porque hallaban en él la justa hospitalidad. Lloránle

los propios, porque han perdido un dechado vivo de virtudes. Despues de una larga vida, gastada toda en hacer bien, murió no solo tranquilo, sino alegre, rodeado de hijos, nietos y amigos, que llorando repetian: no merecia vivir en tan malvado mundo. Su muerte fué como el ocaso del sol, que es glorioso y resplandeciente, y dexa siempre luz á los astros que quedan en su ausencia.

Sí Gazel, el dia que el género humano conozca que su verdadera gloria y ciencia consiste en la virtud, mirarán los hombres con tedio á los que tanto les pasman ahora. Estos Aquiles, Ciros, Alexandros y otros héroes de armas y los iguales en letras, dexarán de ser repetidos con freqüencia: y los sabios, que entonces merecerán este nombre, andarán indagando á costa de muchos desvelos los nombres de los que cultivan las virtudes que hacen al hombre feliz. Si tus viages no te mejoran en ellas las que empezáron á brillar en tu corazon desde niño como matices en las tiernas flores, y no se aumentan con lo que veas y oigas, volverás tal vez mas erudito en las ciencias européas, ó mas lleno del furor ó entusiasmo soldadesco, pero miraré como perdido el tiempo de tu ausencia. Si al contrario, como lo pido á Alá, han ido creciendo tus virtudes al paso que te acercas mas á tu patria, semejante al rio que toma notable incremento al paso que llega al mar, me parecerán tantos años mas de vida, concedidos á mi vejez, los que hayas gastado en tus viages.

CARTA XXIX.

De Gazel á Ben-Beley.

Quando hice el primer viage por Europa te dí noticia de un pais que llaman Francia, y está mas allá ds los montes Pirineos. Desde Inglaterra me fué muy fácil y corto el tránsito. Registré sus Provincias septentrionales; llegué à su capital, pero no pude exâminarla á mi gusto por ser corto el tiempo que podia gastar entonces en ello, y ser mucho el que se necesita para executarlo con provecho. Ahora he visto la parte meridional de ella, saliendo de España por Cataluña, y entrando por Guipúzcoa, internándome hasta Leon por un lado, y Burdeos por otro.

Los Franceses están tan mal queridos en este siglo, como los Españoles lo eran en el anterior, sin duda, porque uno y otro siglo han sido precedidos de las eras gloriosas respectivas de cada nacion, que fué la de Cárlos I para España, y la de Luis XIV para Francia. Este último es mas reciente; con que tambien es mas fuerte su efecto: pero bien exâminada la causa, creo hallar mucha preocupacion de parte de todos los Européos contra los Franceses. Conozco, que el desenfreno de su juventud: la mala conducta de algunos que viajan fuera de su pais, profesando un sumo desprecio de todo lo que no es Francia; el luxo que ha corrompido la Europa; y otros motivos semejantes repugnan à todos sus vecinos mas sobrios; á saber, al Español religioso, al Italiano político, al Inglés soberbio, al Holandés avaro, y al Aleman áspero; pero la nacion entera no debe padecer la nota por cul-

culpa de algunos individuos. En ambas vueltas, que he dado por Francia, he hallado en sus Provincias (que siempre mantienen las costumbres mas puras que la capital) un trato humano, cortés y afable para los extrangeros, no producido de la vanidad de que se les visite y admire (como puede suceder en París), sino dimanado verdaderamente de un corazon franco y sencillo, que halla gusto en procurarselo al desconocido. Ni aun dentro de su capital, que algunos pintan como el centro de todo desórden, confusion y luxo, faltan hombres verdaderamente respetables. Todos los que llegan á cierta edad, son sin duda los mas sociables del universo; porque desvanecidas las tempestades de su juventud, les queda el fondo de una índole sincera, prolixa educacion (que en este pais es comun) y exterior agradable, sin la astucia del Italiano, la soberbia del Inglés, la áspereza del Aleman, la avaricia del Holandés, y el despego del Español. En llegando á los 40. años, se transforma el Francés en otro hombre distinto de lo que era á los 20. El militar concurre al trato civil con suma urbanidad; el magistrado con sencillez, y el particular con sosiego; todos con ademanes de agasajar al extrangero que se halla medianamente introducido por su Embaxador, calidad, talento ú otro motivo. Se entiende todo esto entre la gente de forma, que con la mediana y comun el mismo hecho de ser extrangero, es una recomendacion superior á quantas puede llevar el que viaja.

La misma desenboltura de los jóvenes, insufrible á quien no los conoce, tiene un no sé qué, que los hace amables. Por ella se descubre todo el hombre interior, incapáz de rencores, astucias baxas, ni intencion dañada. Como procuro indagar

precisamente el carácter de las cosas verdadero, y no graduarlas por las apariencias, casi siempre engañosas, no me parece tan odioso aquel bullicio, y descompostura por lo que llevo dicho. Del mismo dictamen es mi amigo Nuño, no obstante lo quejoso que está de que los Franceses no sean igualmente imparciales, quando hablan de los Españoles. Estabamos el otro dia en una casa de concurrencia pública, donde se vende café y chocolate, con un jóven Francés de los que acabo de pintar, y que por cierto en nada desmentia el retrato. Reparando yo aquellos defectos comunes de su juventud, me dixo Nuño: ¿vés todos estos estrépitos, alboroto, saltos, gritos, voces, ascos que hace de España? ¿esto que dice de los Españoles y trazas de acabar con todos los que estamos aquí? pues apostemos á que si qualquiera de nosotros se levanta, y le pide la última peseta que tiene, se la da con mil abrazos. ¡Quánto mas amable es su corazon, que el de aquel otro desconocido que ha estado haciendo tantos elogios de nuestra nacion, que nos consta á nosotros ser defectuosa por el lado mismo por donde la ensalza! Oyele, y escucharás, que dice mil primores de nuestros caminos, carruages, posadas y espectaculos. Acaba de decir, que se tiene por felíz en venir á morir á España, que dá por perdidos todos los años de su vida que no ha pasado en ella. Ayer estuvo en la comedia del *Negro mas prodigioso*, ¡quánto la alabó! Esta mañana estuvo por rodar toda la escalera envuelto en una capa, por no saber manejarla, y nos dixo con mucha dulzura, que la capa es un trage muy cómodo, ayroso, y muy de su genio. Mas quiero á mi Francés, que nos dixo ayer haber leido 1400 comedias españolas, y no haber hallado una escena regular. Sabe,

be, amigo Gazel, añadió Nuño, que esta juventud en medio de su superficialidad y arrebato, ha hecho siempre prodigios de valor en servicio de su Rey y de defensa de su patria. Cuerpos militares de esta misma traza que ves, forman el nervio del exército de Francia. Parece increible, pero es constante, que con todo el luxo de los Persas tienen todo el valor de los Macedonios. Lo hàn demostrado en varios lances, pero con singular gloria en la batalla de Fontenay, arrojándose con espada en mano sobre una infantería formidable, compuesta de naciones duras y guerreras, y la deshiciéron totalmente, executando entónces lo que no habia podido lograr su exército entero, lleno de oficiales y soldados del mayor mérito.

De aqui inferirás, que cada nacion tiene su carácter, que es un mixto de vicios y virtudes; en el qual los vicios pueden apenas llamarse tales, si producen en la realidad algunos buenos efectos; y estos se ven solo en los lances prácticos que suelen ser muy diversos de lo que se esperaba por mera especulacion.

CARACTER NACIONAL

CARTA XXX.

Del mismo, al mismo.

Reparo, que algunos tienen singular complacencia en hablar delante de aquellos, à quienes creen ignorantes, como los oráculos hablaban al vulgo necio y engañado. Aunque mi humor fuese de hablar mucho, creo sería de mas gusto para mí el aparentar necedad, y oir el discurso del que se cree sabio, ó proferir de quando en quando algun desatino, con lo que daria mayor pábulo á su vanidad, y á mi diversion.

CARTA XXXI.

De Ben-Beley á Gazel.

De las Cartas, que recibo de tu parte, despues que estás en España, y de las que me escribiste en otros viages, infiero una gran contradiccion en los Españoles, comun á todos los Européos. Cada dia alaban la libertad que les nace del trato civil y sociable, la ponderan, y se engrandecen de ella; pero al mismo tiempo se labran á sí mismos la mas penosa esclavitud. La naturaleza les impone leyes, como á todos los hombres; la religion les añade otras; la patria otras; las carreras de honor y fortuna otras; y como si no bastáran todas estas cadenas para esclavizarlos, se imponen á sí mismos otros muchos preceptos espontaneamente en el trato civil y diario, en el modo de vestirse, en la hora de comer, en la especie de diversion, en la calidad del pasatiempo en el amor, y en la amistad. ¡Pero que exâctitud en observarlos! ¡quánto mayor, que en la observancia de los otros!

CARTA XXXII.

Del mismo, al mismo.

Acabo de leer el último libro de los que me has enviado en los varios viages que has hecho por Europa; con el quál llegan á algunos centenares las obras européas de distintas naciones y tiempos que he leido. Gazel, Gazel, sin duda tendrás por grande absurdo lo que voy á decirte; y si publicas este mi dictamen, no habrá Européo que no me llame

bár-

bárbaro Africano; pero la amistad que te profeso, es muy grande, para dexar de corresponder con mis observaciones á las tuyas; y mi sinceridad es tanta, que en nada puede mi lengua hacer traicion á mi pecho. En este supuesto digo, que de los libros que he referido, he hecho la siguiente separacion. He escogido quatro de matemáticas, en los que admiro la extension y acierto que tiene el entendimiento humano, quando va bien dirigido. Otros tantos de filosofia escolástica, en que me asombra la variedad de ocurrencias extraordinarias que tiene el hombre, quando no procede sobre principios ciertos y evidentes. Uno de medicina al que falta un tratado completo de los simples, cuyo conocimiento es diez mil veces mayor en Africa. Otro de anatomía, cuya lectura fué sin duda la que dió motivo al cuento del loco, que se figuraba tan quebradizo como el vidrio. Dos de los que reforman las costumbres, en las que advierto lo mucho que aun tienen que reformar. Quatro del conocimiento de la naturaleza, ciencia que llaman filosofia; en los que noto lo mucho que ignoraron nuestros abuelos, y lo mucho mas que tendrán que aprender nuestros nietos. Algunos de poesía, delicioso delirio del alma que prueba la ferocidad en el hombre, si la aborrece; puerilidad, si la profesa toda la vida; y suavidad, si la cultiva algun tiempo. Todas las demas obras de las ciencias humanas las he arrojado ó distribuido, por parecerme inútiles extractos, compendios defectuosos, y copias imperfectas de lo ya dicho, y repetido una y mil veces.

CARTA XXXIII.

De Gazel á Ben-Beley.

En mis viages por la Península me hallo de quando en quando con algunas Cartas de mi amigo Nuño, que se mantiene en Madrid. Te enviaré copia de algunas de ellas, y empiezo por la siguiente, en que habla de tí, sin conocerte.

COPIA.

Amado Gazel: deseo continúes tu viage por la península con felicidad. No extraño tu detencion en Granada: es Ciudad de antigüedades del tiempo de tus abuelos; su suelo es delicioso; sus habitantes son amables. Yo continúo haciendo la vida que sabes, y visitando la tertulia que conoces. Otras pudiera freqüentar, ¿pero á que fin? He vivido con hombres de todas clases, edades y genios: mis años, mi humor y mi carrera, me precisaron á tratar y congeniar succesivamente con varios sugetos, milicia, pleytos, pretenciones y amores me han hecho entrar y salir con freqüencia en el mundo. Los lances de tanta escena, como he presenciado, ya como individuo de la farsa, ya como del auditorio, me han hecho hallar tedio en lo ruidoso de las gentes, peligro en lo baxo de la república, y delicia en la medianía.

¿Habria cosa mas fastidiosa que la conversacion de aquellos que pesan el mérito del hombre por el de la plata y oro que posee? Estos son los ricos. ¿Habrá cosa mas cansada, que la compañía de los que no estiman á un hombre por lo que es, sino por lo

lo que fuéron sus abuelos? Estos son los nobles. ¿Cosa mas vana, que la concurrencia de aquellos que apenas llaman racional al que no sabe el cálculo algebraico, ó el idioma Caldeo? Estos son los sabios. ¿Cosa mas insufrible, que la compañía de los que vinculan todas las ventajas del entendimiento humano en juntar una coleccion de medallas, ó en saber qué edad tenia Catulo, quando compuso el *Pervigilium Veneris*, si es suyo, ó de quien sea en caso de no ser dichoso? Estos son los eruditos. En ningun concurso de estos ha depositado naturaleza el bien social de los hombres. Envidia, rencor y vanidad ocupan demasiado tales pechos, para que en ellos quepa la verdadera alegria, la conversacion festiva, la chanza inocente, la mutua benevolencia, el agasajo sincéro, y la amistad, en fin, madre de los bienes sociales. Esta solo se halla entre los hombres que se miran sin competencia.

La semana pasada envié á Cádiz las Cartas que me dexaste para el sugeto de aquella Ciudad, á quien has encargado las dirixa á Ben-Beley. Tambien escribo á este anciano, como me lo encargas. Espero con la mayor ansia su respuesta, para confirmarme en el concepto que me has hecho formar de sus virtudes, ménos por la relacion que me hiciste de ellas, que por las que veo en tu persona. Prendas, cuyo orígen puede atribuirse en gran parte á sus consejos y crianza.

CARTA XXXIV.

De Gazel á Ben-Beley.

Con mas rapidéz que la ley de nuestro profeta Mahoma han visto los christianos de este siglo extenderse en sus paises una secta de hombres extraordi-

dinarios, que se llaman Proyectistas. Estos son unos entes, que sin particular patrimonio propio pretenden enriquecer los estados en que se hallan, ó como naturales, ó como advenedizos. Aun en España, cuyos habitantes no han dexado de ser alguna vez demasiado tenaces en conservar sus antiguos usos, se hallan varios de estos innovadores de profesion. Mi amigo Nuño me decia hablando de esta secta, que jamás habia podido mirar uno de ellos sin llorar ó reir, segun la disposicion de humores en que se hallaba.

Bien sé yo, decia ayer mi amigo á un Proyectista, bien sé yo que desde el siglo XVI hemos perdido los Españoles el terreno que algunas otras naciones han adelantado en varias ciencias y artes. Largas guerras, lejanas conquistas, urgencias de los primeros Reyes Austriacos, desidia de los últimos, division de España al principio del siglo, continua extraccion de hombres para las Américas y otras causas, han detenido sin duda el aumento del floreciente estado en que dexáron esta Monarquía los Reyes D. Fernando V y su esposa Doña Isabel; de modo, que léjos de hallarse en el pie que aquellos Soberanos pudiéron esperar en vista de su gobierno tan sabio y del plantío de hombres grandes que dexaron, halló Felipe V su herencia en el estado mas infelíz, sin exército, sin marina, sin rentas, sin comercio, sin agricultura, y con el desconsuelo de tener que abandonar todas las ideas que no fuésen de la guerra, durando esta crisis sin cesar en los quarenta y seis años de su reynado. Bien sé, que para igualar nuestra patria con otras naciones, es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco, ingerir otros nuevos, y darle un fomento contínuo: pero no por eso lo hemos de aser-

rar

rar por medio, ni cortarle las raices, ni ménos me harás creer, que para darle su antiguo vigor es suficiente ponerle hojas postizas y frutos artificiales. Para hacer un edificio en que vivir, no basta la abundancia de los materiales y de obreros, es preciso exâminar el terreno para los cimientos, los genios de los que lo han de habitar, la calidad de sus vecinos, y otras mil circunstancias, como la de no preferir la hermosura de la fachada á la comodidad de las viviendas. Los canales, dixo el Proyectista, interrumpiendo á Nuño, son de tan alta utilidad, que el hecho solo de negarlo acreditaria á qualquiera de necio. Tengo un proyecto para hacer uno en España, el qual se ha de llamar canal de S. Andrés, porque ha de tener la figura de las aspas de aquel bendito mártir. Desde la Coruña ha de llegar á Cartagena, y desde el cabo de Rosas al de S. Vicente. Se han de cortar estas dos lineas en Castilla la Nueva, formando una isla, á la que se pondrá en nombre del Proyectista para inmortalizarme. En ella se me levantará un monumento para quando muera, y han de venir en romería todos los Proyectistas del mundo para pedir al Cielo los ilumine. Perdónese esta corta digresion á un hombre ansioso de fama póstuma. Ya tenemos ademas de las ventajas civiles y políticas de este archicanal una division geográfica de España muy cómodamente hecha en septentrional, meridional, occidental y oriental. Llamo meridional la parte comprehendida desde la Isla hasta Gibraltar; occidental la que se contiene desde el citado parage hasta las orillas del mar Océano por la costa de Portugal y Galicia; oriental, la que se extiende hácia el Mediterraneo por Cataluña y Valéncia; septentrional la quarta parte restante. Hasta aquí lo material de mi proyecto. Aho-

ra entra lo sublime de mi especulacion, dirigido al mejor expediente de las providencias dadas, mas fácil administracion de justicia y mayor facilidad de los Pueblos. Quiero que en cada una de estas partes se hable un idioma y se estile un trage. En la septentrional se ha de hablar precisamente Vizcaino; en la meridional, Andaluz cerrado; en la oriental, Catalan; en la occidental, Gallego. El trage en la septentrional ha de ser como el de los Maragatos, ni mas, ni ménos: en la meridional montera granadina muy alta, cápote de dos faldas y ajustador de ante: en la tercera, gambeto Catalan y gorro encarnado: en la quarta, calzones blancos largos con todo el restante del equipage que traen los segadores gallegos. Item: en cada una de dichas, citadas, mencionadas y referidas quatro partes integrantes de la península, quiero que haya una Iglesia Patriarcal, Universidad mayor, Capitanía general, Chancillería, Intendencia, casa de Contratacion, Seminario de Nobles, Hospicio general, Departamento de Marina, Tesorería, casa de moneda, fábricas de lana, seda, y lienzos, Aduana general. Item: la Corte irá mudando segun las quatro estaciones del año por las quatro partes, el invierno en la meridional, el verano en la septentrional, *& sic de cæteris.*

Fué tanto lo que aquel hombre iba diciendo sobre su proyecto, que sus secos labios iban padeciéndo notable perjuicio, como se conocia en las contorsiones de boca, convulsiones de cuerpo, vuelta de ojos, movimiento de lengua, y todas las señales de verdadero frenético. Nuño se levantó por no dar mas pábulo al pobre en su frenesí, y solo le dixo al despedirse, ¿sabeis lo que falta en cada parte de vuestra España quadripartita? Una casa de locos para los Proyectistas de norte, sur, poniente y levante.

¿Sa-

¿Sabes lo malo de esto? dixome volviendo la espalda al otro. Lo malo es, que la gente desazonada con tanto proyecto frívolo, se preocupa contra las innovaciones útiles; y que estas admitidas con repugnancia, no surten los buenos efectos que producirian si hallasen los ánimos sosegados. Tienes razon, Nuño, respondí yo. Si me obligáran á lavarme la cara con trementina, luego con aceyte, luego con tinta y luego con pez, me repugnaría ménos al principió, hasta que con tanto lavarme, no me lavaria gustoso despues, ni con agua de la fuente mas cristalina.

CARTA XXXV.

Del mismo, al mismo.

En España, como en todas partes, el lenguage se muda á cada paso como las costumbres; y es, que como las voces son invenciones para representar las ideas, es preciso que se inventen palabras para explicar la impresion que hacen las costumbres nuevamente introducidas. Un español de este siglo gasta cada minuto de las veinte y quatro horas en cosas totalmente distinctas de aquellas en que su bisabuelo consumia el tiempo: este por consiguiente no dice una palabra de las que al otro se le ofrecian. Si me dan hoy á leer, decia Nuño, un papel escrito por un galan del tiempo de Henrique el Enfermo, refiriéndo á su dama la pena en que se halla ausente de ella, no entenderia una sola cláusula, por mas que estuviesse escrito de letra excelente, moderna, aunque fuese de la mejor de las escuelas Pías. Pero en recompensa, ¿qué chasco llevaria uno de mis tartarabuelos, si hallase, como

me sucedió pocos dias há, un papel de mi hermana á una amiga suya que vive en Burgos? Moro mio, te lo leeré, y como lo entiendas, tenme por hombre estravagante. Yo mismo, que soy español por todos quatro costados, y que si no me debo preciar de saber el idioma de mi patria, á lo ménos puedo asegurar, que lo estudio con cuidado; yo mismo no entendí la mitad de lo que contenia. En vano me quedé con copia de dicho papel: llevado de curiosidad me dí priesa á executarlo; y apuntando las voces y frases mas notables, llevé mi nuevo Diccionario de puerta en puerta, suplicando á todos mis amigos, que arrimasen el hombro al gran negocio de explicarmelo. Todos ellos se halláron tan suspensos como yo, por mas tiempo que gastáron en revolver calepinos y vocabularios. Solo un sobrino que tengo de edad de veinte años, muchacho que tiene habilidad de trinchar una liebre, baylar un minuet, y destapar una botella con mas ayre que quantos hombres han nacido de mugeres, me supo explicar algunas voces: con todo, la fecha era de este mismo año.

Tanto me moviéron estas razones á deseo de leer la copia, que se la pedí á Nuño. Sacóla de su cartera, y poniéndose los anteojos, me dixo: amigo, ¡que sé yo, si leyéndotela, te revelaré flaquezas de mi hermana y secretos de mi familia! Quédame el consuelo, de que no lo entenderás. Dice así: "Hoy no ha sido dia en mi apartamento hasta medio dia y medio. Tomé dos tazas de thé: púseme un deshabillé y bonete de noche: hice un tour en mi jardin: leí cerca de ocho versos del segundo acto de la Zayra. Vino Mr Labanda: empecé mi toeleta: no estuvo el Abate. Mandé pagar mi modista. Pasé á la sala de compañía: me saqué toda so-

la. Entró un poco de mundo: jugué una partida de mediator: tiré las cartas. Jugué al piquete. El Maitre d'hotel avisó. Mi nuevo Xefe de cocina es divino, él viene de arrivar de París. La crapaudina, mi plato favorito, estaba deliciosa. Tomé café y licor. Otra partida de quince; perdí mi todo. Fuí al espetáculo: la pieza que han dado es exêcrable: la pequeña pieza que han anunciado para el Lunes que viene, es muy galante; pero los actores son pitoyables; los vestidos horribles: las decoraciones tristes. La Mayorita cantó una cabatina pasablemente bien. El actor, que hace los criados, es un poquito extremado, sin eso sería pasable. El que hace los amorosos no jugaría mal; pero su figura no es preveniente. Es menester tomar paciencia, porque es preciso matar el tiempo. Salí al tercer acto y me volví de allí á casa. Tomé de la limonada: entré en mi gabinete, para escribirte esta, porque soy tu veritable amiga. Mi hermano no abandona su humor de Misantropo: él siente todavía furiosamente el siglo pasado, y no le pondré jamás en estado de brillar: ahora quiere irse á su Provincia. Mi primo ha dexado á la jóven persona que él entretenia. Mi tio ha dado en la devocion; ha sido en vano, que yo he pretendido hacerle entender la razon. A Dios, mi querida amiga, hasta otra posta; y ceso, porque me traen un dominó nuevo para ensayar."

Acabó Nuño de leer, diciéndome: ¿qué has sacado en limpio de todo esto? Por mi parte te aseguro, que ántes de humillarme á preguntar á mis amigos el sentido de estas frases, me huviera sujetado á estudiarlas, aunque hubiesen sido precisas quatro horas por la mañana y quatro por la tarde, durante quatro meses. Aquello de *medio dia y medio*,

y que no habia sido dia hasta medio dia, me volvia loco; y todo se me iba en mirar al sol, á ver qué nuevo fenómeno ofrecia aquel astro. Lo del *desbabillé*. Tambien me apuró, y me di por vencido. Lo del *bonete de noche* ó de dia, no pude comprehender jamás qué uso tenga en la cabeza de una muger. *Hacer un tour* puede ser una cosa muy santa y muy buena; pero suspendo el juicio hasta enterarme. Dice, que leyó de la *Zayra* unos ocho versos; sea muy en horabuena; pero no sé que es *Zaira*. Mr. de Labanda, dice, que vino: bien venido sea, pero no lo conozco. Empezó su *toeleta*; esto ya lo entendi, gracias á mi sobrino que me lo explicó, no sin bastante trabajo, segun mis cortas entendederas, burlándose de que su tio es hombre que no sabe lo que es *toeleta*. Tambien me dixo lo que es *modista*, *piquete*, *maistre d'hotel* y otras palabras semejantes. Lo que no me supo explicar, de modo que yo acá me hiciese cargo de ello, fué aquello de que *el xefe de cocina es divino*; y lo de *matar el tiempo*, siendo así, que el tiempo es quien nos mata á todos, fué cosa que tampoco se me hizo fácil de entender, aunque mi intérprete habló mucho, y sin duda muy bien sobre este particular. Otro amigo, que sabe griego, ó á lo ménos dice que lo sabe, me explicó lo que era *Misantropo*; cuyo sentido yo indagué con sumo cuidado, por ser cosa que me tocaba personalmente: y á la verdad, que una de dos, ó mi amigo no me dixo lo que es, ó mi hermana no lo entendió: y siendo ámbas cosas posibles, y no como quiera, sino sumamente posibles, me quedo obligado á suspender por ahora el juicio, hasta tener mejores informes. Lo restante me lo entendí tal qual, ingeniándome á mi modo, y estudiando acá con paciencia, constancia y trabajo.

Ya

Ya se ve, prosiguió Nuño, ¿cómo habia de entender esta Carta el Conde Fernan Gonzalo, si en su tiempo no habia *thé*, ni *desbabillé*, ni *bonete de noche*, ni habia *Zaira*, ni *Mr. Banda*, ni *toeletas*, ni las *cocineras eran divinas*, ni se conocian *crapaudinas*, ni *café*, ni mas licores, que el agua y el vino.

Aquí lo dexó mi amigo. Pero yo te aseguro, Ben-Beley, que esta mudanza de modas es muy incómoda, hasta para el uso de las palabras, uno de los mayores beneficios con que naturaleza nos dotó. Siendo tan freqüentes estas mutaciones, y tan arbitrarias, ningun Español, por bien que hable su idioma este mes, puede decir: el mes que viene entenderé la lengua que me hablen mis vecinos, mis amigos, mis parientes y mis criados. Por todo lo qual, dice Nuño, mi parecer y dictámen, salvo *meliori*, es, que en cada un año se fixen las costumbres para el siguiente, y por conseqüencia se establezca el idioma que se ha de hablar durante sus trescientos sesenta y cinco dias. Pero como quiera que esta mudanza dimana en gran parte ó en todo de los caprichos, invenciones ó codicias de los sastres, zapateros, ayudas de cámara, modistas, reposteros, peluqueros y otros individuos igualmente útiles al vigor y gloria de los estados; convendria que cierto número igual de cada gremio celebre varias juntas, en las quales quede este punto evacuado; y de resultas de estas respetables sesiones vendan los ciegos por las calles en los últimos meses de cada un año, al mismo tiempo que el Kalendario, Almanack y Piscator, un papel que se intitule: *Vocabulario nuevo al uso de los que quieran entenderse y explicarse con las gentes de moda, para el año mil setecientos y tantos, y siguientes,*

au-

aumentado, revisto y corregido por una Sociedad de varones insignes, con los retratos de los mas principales.

CARTA XXXVI.

Del mismo, al mismo.

Prescindiendo de la corrupcion de la lengua, consiguiente á la de las costumbres, el vicio de estilo mas universal en nuestros dias es el freqüente uso de una especie de antítesis, como el del equívoco lo fué en el siglo pasado. Entónces un Orador no se detenia en decir un desatino de qualquiera clase que fuese, por no desperdiciar un equivoquillo pueril y ridículo; ahora se expone á lo mismo por aprovechar una contraposicion, falsa muchas veces. Por exemplo, en el año de mil seiscientos setenta diria un panegirista en la oracion fúnebre de uno, que por casualidad se llamase fulano Vivo: vengo á predicar con viveza la muerte del vivo, que murió para el mundo; y con moribundos acentos la vida del muerto que vive en las lenguas de la fama. En mil setecientos setenta un gazetista que escribe una expedicion hecha por los Españoles en América, no se detendrá un minuto en decir: los Españoles hiciéron en estas conquistas las mismas hazañas que los soldados de Cortés, sin cometer las crueldades que aquellos executáron.

CARTA XXXVII.

Del mismo, al mismo.

Reflexîonando sobre la naturaleza del diccionario que queria publicar mi amigo Nuño, veo, què efec-

efectivamente se han vuelto muy obscuros y confusos los idiomas Européos. El Español ya no es inteligible. Lo mas extraño es, que los dos adjetivos *bueno y malo*, ya no se usan: y en su lugar se han puesto otros, que en vez de ser equivalentes, pueden causar mucha confusion en el trato comun.

Pasaba yo un dia por el frente de un regimiento formado en parada, cuyo aspecto infundia terror. Oficiales de distincion y experiencia; soldados veteranos; armas bien acondicionadas; banderas que daban muestras de las balas que habian recibido; y todo lo restante del aparato, verdaderamente guerrero, daba la idea mas alta del poder que lo mantenia. Admiréme de la fuerza que manifestaba tan buen regimiento; pero las gentes que pasaban, le aplaudian por otro término. ¡Qué oficiales tan bonitos decia una dama desde el coche. ¡Hermoso regimiento! dixo un General, galopando por el frente de banderas. ¡Qué tropa tan lucida! decian unos. ¡Bella gente! decian otros. Pero ninguno dixo: este regimiento está bueno.

Me hallé poco há en una concurrencia, en que se hablaba de un hombre que se deleytaba en fomentar cizaña en las familias; suscitar pleytos entre los vecinos; sorprehender doncellas inocentes; y promover toda especie de vicios. Unos decian: fatal es ese hombre. Otros: ¡qué lastima que tenga esas cosas! pero nadie decia: ese es un hombre malo.

Ahora, Ben-Beley, ¿qué te parece de una lengua, en que se han quitado las voces *bueno y malo*? ¿Qué te parecerá de unas costumbres, que han hecho tal reforma en la lengua?

CARTA XXXVIII.

Del mismo, al mismo.

Uno de los defectos de la nacion Española, segun el sentir de los demas Européos, es el orgullo. Si esto es así, es muy extraña la proporcion en que este vicio se nota entre los Españoles, pues crece, segun disminuye el carácter del sugeto, parecido en algo á lo que los físicos dicen, haber hallado en el descenso de los graves hácia el centro: tendencia que crece, miéntras mas baxa el cuerpo que la contiene. El Rey lava los pies á doce pobres en ciertos dias del año, acompañado de sus hijos, con tanta humildad, que yo, sin entender el sentido religioso de esta ceremonia, quando asistí à ella, me llené de ternura, y prorrumpí en lágrimas. Los magnates ó nobles de primera gerarquía, aunque de quando en quando hablan de sus abuelos, se familiarizan hasta con sus ínfimos criados. Los nobles ménos elevados hablan con mas freqüencia de sus conexîones, entronques y enlaces. Los caballeros de las Ciudades ya son algo pesados en punto de nobleza. Antes de visitar à un forastero, ó admitirle en sus casas, indagan quien fué su quinto abuelo, teniendo buen cuydado de no baxar un punto de esta etiqueta, aunque sea en favor de un magistrado del mas alto mérito y ciencia, ni de un militar lleno de heridas y servicios. Lo mas es, que aunque uno y otro forastero tengan un orígen de los mas ilustres, siempre se mira como tacha inescusable el no haber nacido en la Ciudad, donde se halla de paso; pues se da por regla general que nobleza como ella no la hay en todo el Reyno.

To-

Todo lo dicho, es poco en comparacion de la vanidad de un hidalgo de Aldea. Este se pasea magestuosamente en la triste plaza de su pobre lugar, embozado en su mala capa, contemplando el escudo de armas que cubre la puerta de su casa medio caida, dando gracias á Dios y á su providencia de haberlo hecho Don Fulano de Tal. No se quitará el sombrero (aunque lo pudiera hacer sin desembozarse) no saludará al forastero que llega al meson, aunque sea el General de la Provincia, ó el Presidente del primer Tribunal de ella. Lo mas que se digna hacer es, preguntar si el forastero es de casa solar conocida al fuero de Castilla; qué escudo es el de sus armas; y si tiene parientes conocidos en aquellas cercanías.

Pero lo que te ha de pasmar mas el grado en que se halla este vicio en los pobres mendigos. Piden limosna: si se les niega con alguna aspereza, insultan al mismo, á quien poco antes suplicaban. Hay un proverbio por acá, que dice: el Aleman pide limosna cantando, el Francés llorando, el Español regañando.

CARTA XXXIX.

Del mismo, al mismo.

Pocos dias há me entrè una mañana en el quarto de mi amigo Nuño, ántes que él se levantase. Hallé su mesa cubierta de papeles, y arrimandome à ella con la libertad que nuestra amistad nos permite, abrí un quadernillo, que tenia por título *observaciones y reflexíones sueltas.* Quando pensé hallar una cosa por lo ménos mediana, hallè que era un laberinto de materias sin conexîon. Junto à una reflexîon muy sèria sobre la inmortalidad del alma,

habia otra acerca de la danza francesa; y entre dos relativas á la patria potestad una sobre la pesca del atún. No pude ménos de extrañar este desarreglo, y aun se lo dixe à Nuño: quien sin alterarse, ni hacer mas movimiento que suspender la accion de ponerse una media, en cuyo movimiento le cogió mi reparo, me respondió: mira, Gazel, quando intenté escribir mis observaciones sobre las cosas del mundo, y las reflexiones que de ellas nacen, creí tambien sería justo disponerlas en varias órdenes, como religion, política moral, filosofia, &c., pero quando vì el ningun método, que el mundo guarda en sus cosas, no me pareció digno de que estudiase mucho el de escribirlas. Asì como vemos al mundo mezclar lo sagrado con lo profano, pasar de lo importante á lo frívolo, confundir lo malo con lo bueno, dexar un asunto para emprender otro, retroceder y adelantar á un tiempo, afanar y descuidarse, mudar y afectar constancia, ser firme y aparentar ligereza; asì tambien yo quise escribir con igual desarreglo. Al decir esto prosiguió vistiéndose, miéntras fuì ojeando el manuscrito.

Extrañè tambien, que un hombre tan amante de su patria, tuviese tan poco escrito sobre el gobierno de ella; á lo que me dixo: se ha escrito tanto, con tanta variedad en tan diversos tiempos, y con tan diversos fines sobre el gobierno de las Monarquías, que ya poco se puede decir de nuevo, que sea ùtil à los estados, ó seguro para los Autores.

CARTA XL.

Del mismo, al mismo.

Paseabame yo con Nuño la otra tarde por la calle prin-

principal de la Corte, muy divertido de ver la variedad de gentes que le hablaban, y á quienes él respondia. Todos mis conocidos son mis amigos, me decia; porque como saben, que à todos quiero bien, todos me corresponden. No es el gènero humano tan malo, como otros lo suelen pintar, y como efectivamente lo hallan los que no son buenos. Uno, que desea y anhela continuamente á engrandecerse y enriquecerse à costa de qualquiera próximo suyo, ¿ qué derecho tiene à hallar, ni aun pretender el menor rastro de humanidad entre los hombres sus compañeros ? ¿ Qué sucede ? Que no halla sino recíprocas injusticias en los mismos que le hubieran producido abundante cosecha de beneficios, si él no hubiera sembrado tiranías en sus pechos. Se irrita contra lo que es natural, y declama contra lo que él mismo ha causado. De aquí tantas invectivas contra el hombre, que de suyo es un animal tímido, sociable y cuytado.

Seguimos nuestra conversacion y paseo, sin que el hilo de ella interrumpiese á mi amigo el cumplimiento con el sombrero, ó con la mano á quantos encontrabamos á pie ó en coche. Por esta urbanidad, que es casi religion en Nuño, me pareció sumamente extraña su falta de atencion con un anciano de venerable presencia que pasó junto á nosotros, sin que mi amigo lo saludase, ni hiciese el menor obsequio, quando merecia tanto su aspecto. Pasaba de 80 años; abundantes canas le cubrian la cabeza magestuosa y frente arrugada; apoyabase en un baston costoso; lo sostenia con respeto un lacayo de librea magnífica; iba recibiendo reverencias del Pueblo; y en todo daba á entender un carácter respetable.

El culto con que veneramos á los viejos, me dixo Nuño, suele ser á veces mas supersticioso que de-

debido. Quando miro á un anciano, que ha gastado su vida en alguna carrera útil á la patria, lo miro sin duda con veneracion; pero quando el tal no es mas que un ente viejo, que de nada ha servido, estoy muy léjos de venerar sus canas.

CARTA XLI.

Del mismo, al mismo.

Nosotros nos vestimos como se vestian dos mil años há nuestros predecesores: los muebles de las casas son de la misma antigüedad de los vestidos: la misma fecha tienen nuestras mesas: trages de criados: y todo lo restante; por todo lo qual sería imposible explicarte el sentido de esta voz *luxo*. Pero en Europa, donde los vestidos se arriman ántes de ser viejos; y donde los artesanos mas viles de la república son los legisladores mas respetados, esta voz es muy comun; y para que no leas varias hojas de papel sin entender el asunto de que se trata, haz cuenta, que luxo es la abundancia y variedad de las cosas superfluas á la vida.

Los Autores Europèos están divididos sobre si conviene ó no esta variedad y abundancia. Ambos partidos traen especiosos argumentos en su apoyo. Los Pueblos, que por su genio inventivo, industria, mecánica, y sobra de habitantes, han influido en las costumbres de sus vecinos, no solo aprueban sino que predican el luxo, y empobrecen á los otros, persuadiendoles ser útil lo que los dexa sin dinero. Las naciones que no tienen esta ventaja natural, gritan contra la introduccion de quanto en lo exterior choca á su sencillez y trage, y en lo interior los hace pobres.

Co-

Cosa fuerte es que los hombres, tan amigos de distinciones, y precisiones en unas materias, procedan tan á bulto en otras. Distingan de luxo, y quedarán de acuerdo. Fomente cada Pueblo el luxo que resulta de su mismo país, y á ninguno será dañoso. No hay país que no tenga alguno, ó algunos frutos capaces de adelantamiento y alteracion. De estas modificaciones nace la variedad; con esta se convida la vanidad; esta fomenta la industria; y de esta resulta el luxo ventajoso al Pueblo; pues logra su verdadero objeto, que es el que el dinero físico de los ricos y poderosos no se estanque en sus cofres, sino que se derrame entre los artesanos y pobres.

Esta especie de luxo perjudicará al Comercio grande, ó sea general; pero nótese, que el tal Comercio general del dia, consiste mucho ménos en los artículos necesarios que en los superfluos. Por cada fanega de trigo, vara de paño, ó de lienzo que entra en España, ¡quánto se vende de cadenas de relox, vueltas de encaxes, palilleros, abanicos, cintas, aguas de olor, y otras cosas de esta calidad! No siendo el genio español dado á estas fábricas, ni la poblacion de España suficiente para abastecerlas de obreros, es imposible que jamás compitan los Españoles con los extrangeros en este Comercio; y siempre será dañoso á España, pues la empobrece y la esclaviza al capricho de la industria extrangera: y esta, hallando continuo pabulo en la extraccion del oro y plata (única balansa de la introduccion de las modas) tendrá cada dia efectos mas exquisitos, y por consiguiente mas capaces de agotar el oro y plata que tengan los Españoles. En conseqüencia de esto, estando el atractivo del luxo tan apurado y refinado, que engaña á los mismos que conocen que

es

es perjudicial; y juntándose esto con aquello, no tiene fin el daño.

No quedan mas que dos medios para evitar que el luxo sea la total ruina de esta nacion: ó superar la industria extrangera, ó privarse de su consumo, inventando un luxo nacional que igualmente lisongeará el orgullo de los poderosos, y los obligará á hacer á los pobres partícipes de sus caudales.

El primer medio parece imposible, porque las ventajas que llevan las fábricas extrangeras á las españolas, son tantas, que no cabe que estas desbanquen á aquellas. Las que se establecerán en adelante, y el fomento de las que establecidas cuestan á la corona grandes desembolsos, no pueden resarcirse sino del producto de lo fabricado aquí, y esto siempre será á proporcion mas caro qae lo fabricado fuera; con que lo de fuera siempre tendrá mas despacho, porque el comprador acude siempre á donde por el mismo dinero halla mas ventaja en la cantidad ó calidad, ó en ámbas. Si por accidente, que no cabe en la especulacion, pudiesen estas fábricas dar en el primer año el mismo género, y por el mismo precio que las extrañas las de fuera, en vista del auge en que están desde tantos años de los caudales adquiridos; y visto el fondo ya hecho, pueden muy bien malbaratar su venta, minorándo mucho los precios unos quantos años; y en este caso no hay resistencia de parte de las nuestras.

El segundo medio, que es la invencion de un luxo nacional, parecerá á muchos un imposible como el primero, porque ha mucho tiempo que reyna la epidemia de la imitacion, y que los hombres se sujetan á pensar por el entendimiento de otros, y no cada uno por el suyo. Pero aun asi retrocediéndo dos siglos en la historia, verémos que se vuelve imi-

imitacion lo que ahora parece invencion.

Siempre para constituir el luxo baste la profusion, novedad y delicadez, digo, que ha habido dos siglos há (y por consiguiente no es imposible que lo haya ahora) un luxo nacional: lo que me parece demostrable de este modo.

En los tiempos inmediatos á la conquista de América, no habia las fábricas extrangeras en que se refunde hoy el producto de aquellas minas; porque el establecimiento de dichas fábricas es muy moderno respecto á aquella época: y no obstante habia luxo, porque habia profusion, abundancia y delicadez (que sino lo hubiera habido, no se hubiera gastado entónces sino lo preciso) luego hubo en aquel tiempo un luxo considerable puramente nacional; esto es, dimanado de los artículos que ofrece naturaleza sin pasar los Pirineos. ¿Por qué pues no lo puede haber ahora, como lo hubo entónces? ¿Y quál fué aquel luxo?

Indáguese, en qué consistia la magnificencia de aquellos Ricos-hombres. No se avergüencen los Españoles de su antigüedad, que por cierto es venerable la de aquel siglo; dedíquense á hacerla revivir en lo bueno, y remediarán por un medio fácil y loable la extraccion de tanto dinero como arrojan cada año, á cuya pérdida añaden la nota de ser tenidos por unos meros administradores de las minas que sus padres ganáron á costa de tanta sangre y trabajos.

¡Extraña suerte es la de América! Parece que está destinada á no producir jamás el menor beneficio á sus poseedores. Antes de la llegada de los Européos, sus habitantes comian carne humana, andaban desnudos, y los dueños de la mayor parte de la plata y oro del mundo, no tenian la menor co-

modidad de la vida. Despues de la conquista, sus nuevos dueños, los Españoles, son los que ménos se aprovechan de aquella abundancia.

Volviendo al luxo extrangero y nacional; este en la antigüedad que he dicho, consistia, á mas de varios artículos ya olvidados, en lo exquisito de sus abundantes y excelentes caballos, magnificencia de sus casas, banquetes de increible número de platos para cada comida, fábricas de Segovia y Córdoba, servicio voluntario al Soberano, bibliotecas particulares, &c. todo lo qual era producto de España, y se fabricaba por manos españolas. Vuelvanse á fomentar estas especies; y consiguiéndose el fin político del luxo (que, como está ya dicho, es el refluxo de los caudales excesivos de los ricos á los pobres) se verá en breves años multiplicarse la poblacion, salir de miseria los necesitados, cultivarse los campos, adornarse las Ciudades, exercitarse la juventud, y tomar el estado su antiguo vigor. Este es el quadro del antiguo luxo, ¿cómo retratarémos al moderno? Copiemos los objetos que se nos ofrecen á la vista, sin lisongearlos, ni ofenderlos. El poderoso de este siglo (hablo del acaudalado, cuyo dinero físico es el objeto del luxo) ¿en qué gasta sus rentas? Despiértanlo dos Ayudas de Cámara peynados y vestidos. Toma café de Moca exquisito en taza traida de la China por Londres. Pónese una camisa finísima de holanda, luego una bata de mucho gusto texida en Leon de Francia. Leé un libro enquadernado en París. Viste á la direccion de un sastre y peluquero Francés. Sale con un coche, que se pintó donde se enquadernó el libro. Va á comer en vaxilla labrada igualmente en Paris ó en Londres las viandas calientes, y en platos de Saxonia ó de China las frutas y dulces. Paga un

un maestro de música, y otro de bayle, ambos extrangeros. Asiste á una ópera italiana, bien ó mal representada, ó á una tragedia francesa, bien ó mal traducida; y al tiempo de acostarse, puede decir esta oracion: doy gracias al Cielo de que todas mis operaciones de hoy han sido dirigidas á echar fuera de mi patria quanto oro y plata ha estado en mi poder.

Hasta aquí he hablado con relacion á la politica; pues considerando solo las costumbres, esto es, hablando no como estadista, sino como filósofo, todo luxo es dañoso, porque multiplica las necesidades de la vida; emplea el entendimiento humano en cosas frívolas; y dorando los vicios, hace despreciable la virtud, que es la única que produce los verdaderos bienes y gustos.

CARTA XLII.

De Nuño á Ben-Beley.

Segun las noticias que Gazel me ha dado de ti, sé que eres un hombre de bien, que vives en África; y segun las que te habrá dado él mismo de mí, sabrás, que soy un hombre de bien, que vivo en Europa. No creo se necesite mas requisito, para que formemos el uno del otro un mutuo buen concepto. Nos estimamos sin conocernos, por poco que nos tratáramos, seriamos amigos.

El trato de este jóven, y el conocimiento de que tú le has dado crianza, me impelen á dexar á Europa, y pasar á África, donde resides. Deseo tratar un sabio Africano, pues te juro estoy fastidiado de tratar los sabios Européos, ménos unos pocos que viven en Europa, como si vivieran en

Africa. Quisiera me dixeses, qué método seguiste, y qué objeto llevaste en la educacion de Gazel. He hallado su entendimiento á la verdad muy poco cultivado, pero su corazon inclinado á lo bueno; y como aprecio en muy poco toda la erudicion del mundo respecto á la virtud, quisiera que nos viniesen de Africa unas pocas docenas de ayos como tú, para encargarse de la educacion de nuestros jóvenes, en lugar de los ayos Européos que descuidan mucho la direccion de los corazones de sus alumnos, por llenar sus cabezas de noticias de Blason, cumplidos franceses, vanidad española, arias italianas, y otros renglones de esta perfeccion é importancia. Cosas, que serán sin duda muy buenas, pues tanto dinero llevan por enseñarlas, pero que me parecen muy inferiores á las máximas, cuya práctica observo en Gazel.

Por medio de estos pocos regiones cumplo con su encargo, y con mi deseo: todo lo qual me ha sido muy fácil. ¡Quan dificultoso me huviera sido practicar lo mismo respecto de un Européo! En el país del mundo, en que hay mas comodidades para que un hombre sepa de otro, por la prontitud y seguridad de los correos; se halla la mayor dificultad para escribir este á aquel. Si como eres Moro, que jamás me has visto, ni yo te he visto, que vives doscientas leguas de mi casa; y que eres en todo diferente de mi, fueras un Européo christiano, y avecindado á diez leguas de mi lugar, sería obra muy ardua el escribirte por la primera vez. Primero, habia de considerar con madurez lo ancho del márgen de la Carta. Segundo, sería asunto de mucha reflexion la distancia que habia de dexar entre el primer renglon, y la extremidad del papel. Tercero, meditaría muy despacio el cumplido con

que habia de empezar. Quarto, no con menos cuidado estudiaria la expresion correspondiente para el fin. Quinto, mereceria igual atencion el saber como te habia de hablar en el contenido de la Carta, ó si habia de dirigir el discurso como hablando contigo solo, ó como con muchos, ó como con tercera persona, ó al señorío que puedes tener en algun lugar, ó á la excelencia tuya sobre varios que tengan señoríos, ó á otras calidades semejantes, sin hacer caso de tu persona: naciendo de todo esto tanta, y tan terrible confusion, que por no entrar en ella, dexa muchas veces de escribir un Español á otro.

El Sér Supremo, que nosotros llamamos Dios, y vosotros Alá, es quien hizo Africa, Europa, Asia y América. El te guarde los años, y con las felicidades que deseo á ti, á todos los Américanos, Asiáticos, Africanos y Européos.

CARTA XLIII.

De Gazel á Nuño.

La Ciudad, en que ahora me hallo, es la única de quantas he visto que se parece á las de la antigua España, cuya descripcion me has hecho muchas veces. El color de los vestidos triste, las concurrencias pocas, la division de los dos sexôs fielmente observada, las mugeres recogidas, los hombres zelosos, los viejos sumamente graves, los mozos pendencieros, y todo lo restante del aparato me hace mirar mil veces el Kalendario, para ver si estamos efectivamente en el año que vosotros llamais de 1768, ó si en el de 1500, ó en el de 1600 á lo sumo. Sus conversaciones son correspondientes á

sus

sus costumbres. Aquí no se habla de los sucesos que hoy vémos, ni de las gentes que hoy viven, sino de los eventos que ya pasáron, y de los hombres que ya fuéron. He llegado á dudar, si por arte mágica me representa algun encantador las generaciónes anteriores. Si esto es así, ¡oxalá alcanzára su ciencia á traerme á los ojos las edádes futúras! Pero sin molestarte mas en este correo, y reservando el asunto para quando nos veamos, te aseguro que admiro como singular mérito en estos habitantes la reverencia que hacen continuamente á las cenizas de sus padres. Es una especie de perpetuo agradecimiento á la vida que de ellos han recibido. Pero como en este puede haber exceso, como en todas las prendas de los hombres, cuya naturaleza á veces suele viciar hasta las virtudes mismas, responde lo que se te ofrezca sobre este particular.

CARTA XLIV.

De Nuño á Gazel en respuesta á la antecedente.

Empiezo á responder á tu última Carta por donde tu la acabaste. Confirmate en la idea de que la naturaleza del hombre está corrompida; y para valerme de tu propia expresion, suele viciar hasta las virtudes mismas. La economía es sin duda una virtud moral; y el hombre que es extremado en ella, la vuelve en el vicio llamado avaricia: la liberalidad se muda en prodigalidad: y así de las demas restantes. El amor de la patria es ciego como qualquiera otro amor: y si el entendimiento no lo dirige, puede muy bien aplaudir lo malo, y despreciar lo respetable. De esto nace, que hablando con ciego

go cariño de la antigüedad va el Español, expuesto á varios yerros, siempre que no haga la distincion siguiente. En dos clases divido los Españoles que hablan con entusiasmo de la antigüedad de su nacion: los que entienden por antigüedad el siglo último, y los que en esta voz comprehenden el antepasado y los anteriores.

El siglo pasado no nos ofrece cosa que pueda lisongearnos. Se me figura España desde el fin de 1500 como una casa grande que ha sido magnífica y sólida; pero que por el decurso de los tiempos se va cayendo, y cogiendo debaxo á sus habitantes. Aquí se desploma un pedazo de techo, allí se hunden dos paredes, allá se rompen dos columnas, por esta parte faltó un cimiento, por aquella se entró el agua de las fuentes, por la otra se abre el piso. Los moradores gimen, no saben á donde acudir. Aquí se ahoga el dulce fruto del matrimonio fiel en la cuna; allí muere de golpes de las ruinas, y aun mas de dolor de ver este espectáculo el anciano padre de familia; mas allá entran ladrones á aprovecharse de la desgracia; no léjos roban los mismos criados por estar mejor instruidos, lo que no pueden los ladrones que lo ignoran.

Si esta pintura te parece mas poética, que verdadera, registra la historia, y verás quan justa es la comparacion. Al empezar aquel siglo, toda la Monarquía Española, comprehendidas las dos Américas, media Italia y Flandes, apenas podía mantener 20000 hombres, y estos mal pagados, y peor disciplinados. Seis navios de pésima construccion, llamados galeones que traian de Indias el dinero que escapase de los piratas y corsarios; seis galeras ociosas en Cartagena, y algunos navios que se alquilaban segun las urgencias para transportes de España

á

á Italia, y de Italia á España, formaban toda la armada real. Las rentas reales, sin bastar para mantener la corona, sobraban para aniquilar al vasallo por las confusiones introducidas en su cobro y distribucion. La agricultura totalmente arruinada, el Comercio meramente pasivo, y las fábricas destruidas eran inútiles á la Monarquía. Las ciencias iban decayendo cada dia, introducianse tediosas y vanas disputas continuadas que se llamaban filosofia; en la poesía se admitian equívocos ridículos y pueriles; el prognóstico, que se hacia junto con el almanak, lleno de insulseces de astrología judiciaria, formaba toda la matemática que se conocia, voces inchadas y campanudas, frases dislocadas, gestos teatrales iban apoderándose de la oratoria, poética y especulativa. Aun los hombres grandes que produxo aquella Era, solian sujetarse al mal gusto del siglo, como los mozos esclavos de tiranos feísimos. ¿ Quién pues aplaudirá tal siglo ?

¿Pero quien no se envanece, si se habla del siglo anterior, en que todo Español era un soldado respetable? Del siglo, en que nuestras armas conquistaban las dos Américas, y las islas de Asia; aterraban á Africa, é incomodaban á toda Europa con exércitos pequeños en número y grandes por su gloria, mantenidos en Italia, Francia, Alemania y Flandes: cubrian los mares con esquadras, y armadas de navios, galeones y galeras. Del siglo en que la Academia de Salamanca hacía el primer papel entre las Universidades del mundo. Del siglo en que nuestro idioma se hablaba por todos los sabios y nobles de Europa. ¿Quién podrá tener voto en materias críticas que confunda dos épocas tan diferentes, que parece la nacion en ellas dos Pueblos distintos? ¿Equivocará un entendimiento mediano, un ter-

tercio de Españoles delante de Tunez mandado por Cárlos I con la guardia de la cuchilla de Cárlos II ? ¿ A Garcilaso con Villamediana ? ¿ Al Brocense con qualquiera de los humanistas de Felipe IV ? ¿ A Don Juan de Austria, hermano de Felipe II, con Don Juan de Austria, hijo de Felipe IV ? Creeme, que la voz *antigüedad* es demasiado amplia, como la mayor parte de las que pronuncian los hombres con sobrada ligereza.

La predileccion con que se suele hablar de todas las cosas antiguas, sin distincion de crítica, es ménos efecto de amor hácia ella, que de odio á nuestros contemporaneos. Qualquiera virtud de nuestros coetaneos la miramos como un fuerte argumento contra nuestros defectos, y vamos á buscar las prendas de nuestros abuelos, por no confesar las de nuestros hermanos, con tanto ahinco, que no distinguimos el abuelo que murió en su cama, sin haber salido de ella, del que murió en campaña, habiendo vivido siempre cargado con sus armas; ni dexamos de confundir al abuelo nuestro, que no supo quantas leguas tiene un grado geográfico, con los Alabas, y otros que anunciáron los descubrimientos matemàticos, hechos un siglo despues por los mayores hombres de aquella facultad. Basta que no los hayamos conocido, para que los queramos; asi como basta que tratemos á los de nuestros dias, para que sean objeto de nuestra envidia ó desprecio.

Es tan ciega, y tan absurda esta indiscreta pasion á la antiguedad, que un amigo mio, bastante gracioso por cierto, hizo una exquisita burla de uno de los que adolecen de esta enfermedad. Enseñóle un soneto de los mas hermosos de Hernando de Herrera, diciéndole, que lo acababa de componer

un condiscipulo suyo. Arrojólo al suelo el Imparcial crítico, diciendole, que no se podia leer de puro insipido y floxo. De allí á pocos dias compuso el mismo muchacho una octava insulsa, si las hay, y se la llevó al oráculo, diciendo, que habia hallado aquella composicion en un manuscrito de letra de la monja de México. Al oirlo, exclamó el otro: esto sí que es poesía, invencion, lenguage, armonía, dulzura, fluidéz, elegáncia, elevacion, y tantas cosas mas, que se me olvidaron; pero no á mi sobrino, que se quedó con ellas de memoria, y quando oye ó lee alguna infelicidad del siglo pasado delante de algun apasionado de aquella era, siempre exclama con increible entusiasmo irónico: esto sí que es invencion, poesía, lenguage, dulzura, armonía, fluidéz, elevacion, &c.

Espero Cartas de Ben-Beley; y tú manda á tu Nuño.

CARTA XLV.

De Gazel á Ben-Beley.

Acabo de llegar á Barcelona. Lo poco que he visto de ella me asegura ser cierto el informe de Nuño. El juicio que formé por instruccion suya del genio de los Catalanes, es tan acertado, y tal la utilidad de este Principado, que por un par de Provincias semejantes pudiéra el Rey de los christianos trocar sus dos Américas. Mas provecho redunda á su Corona de la industria de estos Pueblos, que de la pobreza de tantos millones de Indios. Si yo fuéra Señor de toda España, y me precisáran á escoger los diferentes Pueblos de ella por mis criados, haria á los Catalanes mis mayordomos.

Esta plaza es de las mas importantes de la penin-

nínsula; y por tanto su guarnicion es numerosa y lucida, porque entre otras tropas se hallan aquí las que llaman Guardias de Infantería Española. Un individuo de este cuerpo está en la misma posada que yo desde ántes de la noche que llegué. Ha congeniado sumamente conmigo por su franqueza, cortesanía y persona. Es muy jóven, y su vestido es el mismo que el de los soldados rasos; pero sus modales lo distinguen facilmente del vulgo soldadesco. Extrañé esta contradiccion, y ayer en la mesa, que en estas posadas llaman redonda, porque no tienen asiento preferente, vièndole tan familiar y tan bien recibido con los Oficiales mas viejos del Cuerpo que son tan respètables, no pude aguantar más mi curiosidad acerca de su clase, y así le preguntè quièn era. Soy, me dixo, Cadete de este Cuerpo, y de la Compañía de aquel Caballero, señalando á un anciano venerable con la cabeza cubierta de canas, el cuerpo lleno de heridas, y el aspecto guerrero. Sí, Señor, y de mi Compañía, dixo el viejo. Es nieto y heredero de un compañero mio que matáron á mi lado en la batalla de Campo Santo: tiene veinte años de edad y cinco de servicio: hace mejor el exercicio que todos los granaderos del batallon: es un poco travieso, como los de su clase y edad: los viejos no lo extrañamos, porque son lo que fuimos, y serán lo que somos. No sè què grado es ese de Cadete, dixe yo. Esto se reduce, dixo otro Oficial, á que un jóven de buena familia sienta plaza: sirve doce ó catorce años, hacièndo siempre el servicio de soldado raso; y despues de haberse portado, como es regular se arguya de su nacimiento, es promovido al honor de llevar una bandera con las armas del Rey y divisas del Regimiento. En todo este tiempo suelen

consumir sus patrimonios por la indispensable decencia con que se tratan; y por las ocasiones de gastar que se les presentan, siendo su residencia en esta Ciudad, que es lucida y deliciosa, ó en la Corte que es costosa. Buen sueldo gozarán, dixe yo, para estar tanto tiempo sin el caracter de Oficial, y con gastos como si lo fuèran. El prest de soldado raso, y nada mas, dixo el primero; en nada se distinguen, sino en que no toman ni aun eso, pues lo dexan con alguna gratificacion mas al soldado que cuida sus armas y fornitura. Pocos habrá, instè yo, que sacrifiquen de ese modo su juventud y patrimonio. ¿Cómo pocos? saltó el muchacho. Sómos cerca de doscientos; y si se admiten todos los què pretenden ser admitidos, llegarèmos á dos mil. Lo mejor es, que nos estorvamos mútuamente para el ascenso, por el corto número de vacantes, y grande de Cadetes. Pero mas queremos estar montando centinelas con esta casaca que dexarla. Lo mas què hacen algunos es beneficiar compañías de caballería ó dragones, quando la ocasion se presenta, si se hallan ya impacientes de esperar; y aun así quedan con tanto afecto al regimiento, como si viviesen en èl. ¡Gracioso cuerpo! exclamè yo; en què doscientos nobles ocupan el hueco de otros tantos plebeyos, sin mas paga que el honor de la nacion. ¡Gloriosa nacion, que produce nobles tan amantes de su Rey! ¡Poderoso Rey! que manda á una nacion, cuyos nobles individuos no anhelan mas que á servirle, sin reparar en què clase, ni con què premio.

CAR-

CARTA XLVI.

De Ben-Beley á Nuño.

Cada dia me agrada mas la continuacion de tu amistad con Gazel, mi discípulo. De ello infiero, que ámbos sois hombres de bien. Los malvados no pueden ser amigos. En vano se juran mil veces mutua amistad y estrecha union: en vano trabajan unidos en algun objeto comun: nunca creerè que se quieran. El uno engaña al otro, y este á aquel por recìprocos intereses de fortuna ó esperanza de ella. Para esto sin duda necesitan ostentar una amistad firmísima con una aparenta confianza; pero de nadie desconfian mas, que el uno del otro, porque el primero conoce los fraudes del segundo; á mènos que se recaten mutuamente el uno del otro; en cuyo caso habrá mucho menos franqueza, y por consiguiente mènos amistad. No dudo que ámbos se unan muy de veras en daño de un tercero; pero perdido este entre los dos, inmediatamente riñen por quedar uno solo en posesion del bocado que arrebatáron de las manos del perdido: así como dos salteadores de camino se juntan para robar al pasagero, pero luego se hieren mutuamente sobre repartir lo que han robado. De aquí viene, que el Pueblo ignorante se admira quando ve convertida en odio la amistad, que tan firme y pura le parecia. ¡Alá! ¡Alá! ¿quièn creyèra, que aquellos dos se reparáran al cabo de tantos años? ¡Què corazon el del hombre! ¡què inconstancia! ¿A dónde te refugiaste santa amistad? ¿Donde te hallarèmos? Creíamos que tu asilo era el pecho de qualquiera de estos dos, ¡y ambos te destierran!

Pe-

Pero considèrense las circunstancias de este caso, y se conocerá, que todas estas són vanas declamaciones é injurias al corazon humano. Si el vulgo (tan discretamente llamado profano por un Poeta Filósofo latino; cuyas obras me envió Gazel) si el vulgo, digo, profano supiera la clase de esta y otras maravillas, no se espantaria de tantas. Entenderia que aquella amistad no lo fué; ni merecia mas nombre, que el de una mutua traicion, conocida por ámbas partes, y mantenida por las mismas el tiempo que les pareció conducente.

Al contrario, entre dos corazones rectos la amistad crece con el trato. El reciproco conocimiento de las bellas prendas, que por dias se van descubriendo, aumenta la mutua estimacion. El consuelo que el hombre bueno recibe, viéndo crecer el fruto de la bondad de su amigo lo estimula á cultivar mas y mas la suya propia. Este gozo que tanto eleva al virtuoso, jamás puede llegar á gozarle, ni aun á conocerle el malvado. La naturaleza le niegà un número grande de gustos inocentes y puros en trueque de las satisfacciones iniquas, que el mismo se procura fabricar con su talento siniestramente dirigido. En fin dos malvados que se juzgan felices á costa de delitos, se miran con envidia, y la parte de aquella prosperidad que goza el uno, es tormento para el otro. Pero dos hombres justos que se hallan en alguna situacion dichosa, gozan no solo de la propia dicha, sino tambien de la del otro. De donde se infiere, que la maldad, aun en el mayor auge de la fortuna, es abundante semilla de rezelos y sustos; y que al contrario la bondad, aun quando parece desdichada, es fuente perenne de gustos, deleytes y sosiego. Este es mi dictámen sobre la amistad de los buenos y malos: y no lo fundo so-

lo en esta especulacion, que me parece justa, sino en repetidos exemplares que abundan en el mundo.

CARTA XLVII.

De Nuño á Ben-Beley, en respuesta á la anterior.

Veo que nos conformamos mucho en las ideas de virtud, amistad y vicio, como tambien en la justicia que hacemos al corazon del hombre, enmedio de la universal sátira que padece la humanidad en nuestros dias. Bien me lo prueba tu carta; pero si se publicase, pocos la entenderian. La mayor parte de los Lectores la tendria por un trozo de moral abstracto, y casi de ningun servicio en el trato humano. Reiríanse de ella los mismos que lloran algunas veces de resultas de no observarse semejante doctrina. Esta es una de nuestras flaquezas, y de las mas antiguas, pues no fué el siglo de Augusto el I, que dió motivo á decir: *conozco lo mejor, y sigo lo peor*; y desde aquel al nuestro han pasado muchos, todos muy parecidos los unos á los otros.

CARTA XLVIII.

Del mismo, al mismo.

He visto en una de las Cartas que te escribe Gazel un retrato horroroso del siglo actual, y la ridícula defensa de él, hecha por un hombre superficial é ignorante. Partamos la diferencia tú y yo entre los dos pareceres; y sin dexar de conocer que no es la era tan buena, ni tan mala como se dice, confesemos, que lo peor que tiene este siglo es,

que

que lo defiendan como cosa propia semejantes Abogados. El que sabe en esta Carta oponerse á la demasiada rígida crítica de Gazel, es capaz de perder la mas segura causa. Emprehende la defensa como otros muchos, por el lado que muestra mas flaqueza y ridiculéz. Si en lugar de querer sostener estas locuras se hiciera cargo de lo que merece verdaderos aplausos, hubiera dado sin duda al Africano mejor opinion de la Era en que vino á Europa. Otro efecto le huviera causado una relacion de la suavidad de costumbres, humanidad en la guerra; noble uso de las victorias; blandura en los gobiernos; adelantamientos matematicos y físicos; mutuo comercio de talentos por medio de las traduciones que se hacen en todas lenguas de qualquiera obra que sobresale en alguna de ellas. Quando todas estas ventajas no sean tan efectivas como lo parecen, pueden á lo ménos hacer equilibrio con la enumeracion de desdichas que hace Gazel: y siempre que los bienes y males, los delitos y las virtudes estén en igual balanza, no puede llamarse tan infelíz el siglo en que se note esta igualdad, respecto del número que nos muestra la historia, de tantos llenos de horrores y miserias, sin una época siquiera que consuele el género humano.

CARTA XLIX.

De Gazel á Ben-Beley.

¿Quién creyera que la lengua, tenida por la mas hermosa de Europa dos siglos há, se vaya haciendo una de las ménos apreciables? Tal es la priesa que se dan los Españoles á echarla á perder. El abuso de su flexîbilidad, digámoslo asi; la poca eco-

no-

nomía en frases y figuras de muchos Autores del siglo pasado, y la esclavitud de los Traductores del presente á sus originales, han despojado á este idioma de sus naturales hermosuras, quales eran laconismo, abundancia y energía. Los franceses han hermoseado el suyo al paso que los españoles han desfigurado el que tanto habian perfeccionado. Un párrafo de Montesquieu y otros coetaneos tiene tal obundancia de las tres hermosuras referidas, que no parecian caber en el idioma francés; y siéndo anteriores en un siglo, y algo mas los Autores que han escrito en buen castellano, los españoles del dia parece que han hecho asunto formal de humillar el lenguage de sus padres. Los Traductores é imitadores de los extrangeros son los que mas han lucido en esta empresa. Como no saben su propia lengua, porque no se dignan de tomarse el trabajo de estudiarla, quando se hallan con una hermosura en algun original francés, inglés ó italiano, amontonan galicismos, italianismos y anglicismos; con lo qual consiguen todo lo siguiente:

1º. Defraudan el original de su verdadero mérito, pues no dan la verdadera idea en la traduccion. 2º. Añaden al castellano mil frases impertinentes. 3º. Lisongean al extrangero, haciéndole creer que la lengua española es subalterna á las otras. 4º. Alucinan á muchos jóvenes españoles, disuadiéndolos del indispensable estudio de su lengua natural.

Sobre estos particulares suele decirme Nuño: algunas veces me puse á traducir, siendo muchacho, varios trozos de literatura extrangera; porque así como algunas naciones no tuviéron á ménos el traducir nuestras obras en los siglos en que estas lo merecian, así debemos nosotros portarnos con ellos en lo actual. El método que seguí fué este. Leia

un párrafo del original con todo cuidado; procuraba tomarle el sentido preciso; lo meditaba mucho en mi mente; y luego me preguntaba á mi mismo: ¿si yo hubiese de poner en castellano la idea que me ha producido esta especie que he leido, cómo lo haria? Despues recapacitaba si algun Autor antiguo español habia dicho cosa que se le pareciese. Si me figuraba que sí, iba á leerlo, y tomaba todo lo que juzgaba ser análogo á lo que deseaba. Esta familiaridad con los españoles del siglo XVI, y algunos del XVII me sacó de muchos apuros; y sin esta ayuda es formalmente imposible el salir de ellos, á no cometer los vicios de estilo que son tan comunes.

Mas te diré. Creyendo la transmigracion de las Artes tan firmemente como cree la de las almas qualquiera buen pitagorista, he creido ver en el castellano y latin de Luis Vives, Alonso Matamoros, Pedro Ciruelo, Francisco Sanchez, llamado el Brocense, Hurtado de Mendoza, Ercilla, Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Leon, Garcilaso, Argensola, Herrera, Alaba, Cervantes, y otros, las semillas que tan felizmente han cultivado los Franceses de la mitad última del siglo pasado, de que tanto fruto han sacado los del actual. En medio del justo respeto que siempre han observado las plumas españolas en materias de religion y de gobierno, he visto en los referidos Autores excelentes trozos, así de pensamientos como de locucion aun en las materias frívolas de pasatiempo gracioso; y en aquellas en que la crítica con sobrada libertad suele mezclar lo frívolo con lo serio; y que es precisamente el género que mas atractivo tiene en lo moderno extrangero, hallo mucho en lo antiguo nacional, así en lo impreso, como en lo inedito. En fin,

fin, concluyo, que bien entendido y practicado nuestro idioma, segun lo han manejado los Autores arriba dichos, no necesitamos echarlo á perder en la traduccion de lo que se escribe bueno ó malo en lo restante de Europa: y á la verdad, prescindiendo de lo que se ha adelantado en física y matemática, no hacen absoluta falta las traducciones.

Esto suele decir Nuño, quando habia sériamente en este punto.

CARTA L.

De Gazel á Ben-Beley.

El uso fácil de la Imprenta, el mucho comercio, las alianzas entre los Príncipes y otros motivos han hecho comunes á toda Europa las producciones de cada reyno de ella. No obstante, lo que mas ha unido á los sabios européos de diferentes paises, es el número de traducciones de unas lenguas en otras; pero no creas que esta comodidad sea tan grande como te figurarás desde luego. En las ciencias positivas, no dudo que lo sea, porque las voces y frases para tratarlas en todos los paises son casi las mismas, distinguiéndose estas muy poco en la sintaxîs, y aquellas solo en la terminacion ó pronunciacion de las terminaciones; pero en las materias puramente de moralidad, crítica, historia ó pasatiempo suele haber mil yerros en las traducciones por las varias índoles de cada idioma. Una frase, al parecer la misma, suele ser en la realidad muy diferente, porque en una lengua es sublime, en otra baxa y en otra media. De aquí viene, que no solo no se da el verdadero sentido que tiene en una, si se traduce exâctamente, sino que el mismo Tra-

ductor no la entiende, y por consiguiente da á su nacion una siniestra idea del Autor extrangero, siguiendo á tal exceso alguna vez este daño, que se dexan de traducir muchas cosas buenas porque suenan mal á quien emprendería de buena gana la traduccion, si le sonasen bien; como si le acompañáran las cosas necesarias para este ingrato trabajo; á saber, su lengua, la extraña, la materia y las costumbres. Tambien de ámbas naciones.

De aquí nace la imposibilidad positiva de traducir algunas obras. El poema burlesco de los Ingleses, intitulado *Oudibras* no se puede pasar á otra lengua ninguna del continente de Europa. Por lo mismo, nunca pasarán los Pirineos las letrillas satíricas de Góngora, y muchas comedias de Moliere no gustarán por lo propio sino en Francia, aunque sean todas composiciones perfectas en sus líneas. Esto que parece desgracia, lo he mirado siempre como fortuna. Basta que los hombres sepan participarse los frutos que sacan de las ciencias y artes útiles, sin que tambien se comuniquen sus estravagancias. La nobleza francesa tiene cierta especie de vanidad que expresó el cómico Censor en la comedia *le Glorieux*; sin que convenga comunicar tal necedad á la española; porque esta que es por lo ménos tan vana como la otra, se halla muy bien reprehendida del mismo vicio á su modo en la executoria del drama intitulado *el Domine Lucas*, sin que se pegue igual locura á la francesa. Hartas ridiculeces tiene cada nacion sin copiar á las extrañas. La imperfeccion en que se hallan aun hoy las facultades beneméritas de la Sociedad humana, prueba que necesitan de todo el esfuerzo unido de las naciones que conocen la utilidad de la cultura.

CAR-

CARTA LI.

Del mismo, al mismo.

Una de las palabras, cuya explicacion ocupa mas lugar en el Diccionario de mi amigo Nuño es la voz *política*, y su adjetivo derivado *político*. Quiero copiarte todo el párrofo, dice así:

" *Política* viene de la voz griega, que significa Ciudad; de donde se infiere, que su verdadero sentido es *la ciencia de gobernar Pueblos*, y que los *políticos* son aquellos que estan en semejantes encargos, ó por lo ménos en carrera de llegar á estar en ellos. En este supuesto aquí acabaria este artículo, pues venero su carácter; pero han usurpado este nombre otros sugetos que se hallan muy léjos de verse en tal situacion, ni de merecer tal respeto. De la corrupcion de esta palabra apropiada á semejantes gentes, nace la precision de extenderme mas.

Políticos de esta segunda clase son unos hombres, que no sueñan de noche y de dia, sino en hacer fortuna por quantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional, y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen á una desmesurada ambicion en todos ellos. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida á este fin. La naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de estos. Un jardin no es fragrante, ni una fruta deliciosa, ni un campo ameno, ni un bosque frondoso, ni las diversiones tienen atractivo, ni la comida sabor, ni la conversacion gusto, ni la salud alegria, ni la amistad consuelo, ni el amor delicia, ni la juventud fortaleza. Nada importan las cosas del mundo en el dia, la hora, el minuto, que no adelan-

antan un paso en la carrera de la fortuna. Los demás hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero estos no conocen mas que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormento inaguantable toda contingencia, y las infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un tirano. La risa y el llanto en estos hombres son como las aguas de un rio, que han pasado por parages pantanosos: vienen tan turbias, que no es posible distinguir su verdadero color y sabor. El continuo artificio que ya se hace segunda naturaleza en ellos, los hace insufribles aun á sì mismos. Se piden cuenta del poco tiempo que han dexado de aprovechar en seguir por entre precipicios el fantasma de la ambicion que los guia. En su concepto el dia es corto para sus ideas, y demasiado largo para las de los otros. Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oràculos al público, pero son tan ineptos, que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculeces, vicios, y tal vez delitos, según el verdadero proverbio francés, que ninguno es héroe para con su ayuda de cámara. De aquì nace revelarse tantos secretos, descubrirse tantas maquinaciones; y en substancia, mostrar los hombres ser defectuosos, por mas que quieran parecer semidioses. "

En medio de lo odioso que es y debe ser al comun de los hombres el que està agitado de semejante delirio, y que à manera del frenético debiera estar encadenado, porque no haga daño à quantos hombres, mugeres y niños encuentra por las calles, suele ser divertido su manejo para el que lo ve de léjos. Aquella diversidad de astucias, ardi-

des

des y artificios es un gracioso espectáculo para quien no la teme. Pero para lo que no basta la paciencia humana es, para mirar todas estas máquinas manejadas por un ignorante ciego, que se figura á sí mismo tan incomprehensible, como los demas lo conocen necio. Creen muchos de estos, que la mala intencion puede suplir al talento, á la viveza, y al demas conjunto que se ven en muchos libros, pero en pocas personas.

CARTA LII.

De Nuño á Gazel.

Entre ser hombre de bien, y no ser hombre de bien, no hay medio. Si lo hubiera no sería tanto el numero de pìcaros. La alternativa de no hacer mal á alguno, ó de atrasarse uno mismo, si no hace algun mal á otro, es de una tiranía tan despótica, que solo puede resistirse á ella por la invencible fuerza de la virtud; pero la virtud está muy desayrada en la corrupcion del mundo, para tener atractivo alguno. Su mayor trofeo es el respeto de la menor parte de los hombres.

CARTA LIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Ayer estábamos Nuño y yo al balcon de mi posada viendo á un niño jugar con una caña adornada de cintas y papel dorado. ¡Feliz edad! exclamé yo, en que aun no conoce el corazon las verdaderas penas y falsos gustos de la vida. ¿Qué le importan á este niño los grandes negocios del mundo? ¿qué da-

daño le pueden ocasionar los malvados? ¿y qué impresion pueden hacer las mudanzas de la suerte próspera ó adversa en su tierno corazon?

Te equivocas, me dixo Nuño. Si se le rompe esa caña con que juega; si otro compañero se la quita; si su madre le regaña porque se divierte con ella, lo verás tan afligido como un General con la pérdida de la batalla, ó un Ministro con su caída. Creeme, Gazel: la miseria humana se proporciona á la edad de los hombres. Va mudando de especie, conforme el cuerpo va pasando por edades; pero el hombre es mísero desde la cuna al sepulcro.

CARTA LIV.

Del mismo, al mismo.

LA voz *fortuna*, y la frase *hacer fortuna* me han gustado en el Diccionario de Nuño. Despues de explicarlas, añade lo siguiente: el que aspire á hacer fortuna por medios honrosos, no tiene mas que uno en que fundar su esperanza; á saber, el mérito. El que sea ménos escrupuloso tiene mayor número en que escoger; á saber, todos los vicios y las apariencias de todas las virtudes. Escoja segun las circunstancias lo que mas le convenga, ó por junto, ó por menor; ocultamente, ó á las claras, con moderacion, ó sin ella.

CARTA LV.

Del mismo, al mismo.

¿PAra qué quiere el hombre hacer fortuna? Decia Nuño á uno, que no piensa en otra cosa. Comprehen-

hendo, que el pobre necesitado anhele por tener que comer; y que el que está en mediana constitucion, aspire á procurarse algunas mas conveniencias; ¿pero tanto conato y desvelo para adquirir dignidades y empleos á que conducen? No lo veo. En el estado de medianía en que me hallo, vivo con tranquilidad y sin cuydado. Mis operaciones no son objeto de la crítica agena, ni motivo de remordimiento para mi propio corazon. Colocado en la altura que tu apeteces, no comeré mas, no dormiré mejor, ni tendré mas amigos, ni he de libertarme de las enfermedades comunes á todos los hombres: por consiguiente no tendria entónces mas gustosa vida que tengo ahora. Solo una reflexion me hizo en otros tiempos pensar alguna vez en declararme cortesano de la fortuna, y solicitar sus favores. ¡Quan gustoso me sería, deciame á mí mismo el tener en mi mano los medios de hacer bien á mis amigos! y luego llamaba á mi memoria los nombres y prendas de los mas queridos, y los empleos que les daría quando yo fuese primer Ministro; pues nada ménos apetecia, porque con nada ménos se contentaba mi oficiosa ambicion. Este es mozo de excelentes virtudes y costumbres, selecta erudicion y genio afable; quiero darle un Obispado. A otro sugeto de consumada prudencia, genio desinteresado, y lo que se llama don de gentes, hagole Virrey de México. Aquel es soldado de vocacion, me consta su valor personal; y su cabeza no es ménos guerrera que su brazo; le daré un baston de General. Aquel otro, sobre ser de una casa de las mas distinguidas del Reyno, está impuesto en el derecho de gentes, tiene un mayorazgo quantioso, sabe disimular una pena y un gusto; ha tenido la curiosidad de leer todos los tratados de paces, y tiene

R de

de estas obras la mas completa coleccion; lo enviaré á qualquiera de las embaxadas de primera clase: y asì de los demas amigos. ¡Qué consuelo para mí, quando me pueda mirar como segundo criador de todos estos!

No solo mis amigos serán partìcipes de mi fortuna, sino tambien con mas fuerte razon lo serán mis parientès y criados. ¡Quántos primos, sobrinos y tios vendrán de mi lugar y de los inmediatos à acogerse á la sombra de mi poder! No seré yo como muchos poderosos, que no conocen á sus parientes pobres. Muy al contrario yo mismo presentaré al público todos estos novicios de fortuna, hasta que estén colocados sin negar los vìnculos con que naturaleza me ligó à ellos. A su llegada necesitarán mi auxilio; que despues ellos mismos se harán lugar por sus prendas y talentos, y mas por la obligacion de dexarme ayroso.

Mis criados que habrán sabido asistir con trabajo y lealtad á mi persona, pasando malas noches, llevar mis órdenes, y hacer mi voluntad, ¡quán acreedores son á mi beneficencia! Colocarélos en varios empleos de honra y provecho. A los diez años de mi elevacion la mitad del Imperio será hechura mia; y moriré con la complacencia de haber colmado de bienes á quantos hombres he conocido.

Esta consideracion es sin duda muy grata para quien tiene un corazon naturalmente benigno, y propenso á la amistad. Es capaz de mover el pecho ménos ambicioso, y sacar de su retiro al hombre mas apartado, para hacerle entrar en las carreras de la fortuna y autoridad. Pero dos reflexiones me entibiáron el ardor que me habia causado este deseo de hacer bien á otros. La primera es la ingratitud, tan freqüente, y casi universal, que se halla en las

he-

hechuras; aunque sean de la mas inmediata obligacion; de lo qual cada uno puede tener suficientes pruebas en su respectiva esfera. La segunda es, que el poderoso así colocado no puede dispensar los empleos y dignidades segun su capricho y voluntad, sino segun el mérito de los concurrentes. No es dueño de los puestos, sino Administrador, y debe considerarse como hombre caido de las nubes, sin vínculos de parentesco, amistad, ni gratitud; y por tanto tendrá muchas veces que negar su proteccion á las personas de su mayor aprecio, por no hacer agravio à un desconocido benemérito. Solo puede disponer á su arbitrio, concluyó Nuño de los sueldos que goza, segun los empleos que exerce, y de su patrimonio peculiar.

CARTA LVI.

Del mismo, al mismo.

Los dias de correo ó de ocupacion, suelo pasar à una casa inmediata á la mia, donde se juntan bastantes gentes, que forman una graciosa tertulia. Siempre he hallado en su conversacion cosa que me quite la melancolía, y abstraiga de pensamientos sérios y pesados; pero la ocurrencia de hoy me ha hecho mucha gracia. Entré, quando acababan de tomar café, y empezaban á conversar. Una señorita se iba á poner al clave; dos señoritos de poca edad leian con mucho misterio un papel en el balcon; una dama estaba haciendo una escarapela; un oficial jóven estaba vuelto de espaldas á la chimenea; un viejo empezaba à roncar en una silla poltrona á la lumbre; un abate miraba al jardin, y al mismo tiempo leia algo en un libro negro y dorado; y otras

gentes hablaban. Saludaronme al entrar todos, menos unas tres señoras y otros tantos jóvenes que estaban embebidos en una conversacion al parecer la mas seria. Hijas mias, decia una de ellas, nuestra España nunca será mas de lo que es. Bien sabe el Cielo, que me muero de pesadumbre, porque quiero mucho á mi patria. Vergüenza tengo de ser española, decia la segunda. ¡Qué dirán las naciones extrañas! ¡Jesus, y quanto mejor hubiera sido quedarme yo en el Convento de Francia, que no venir á España à ver estas miserias! Dixo la que aun no habia hablado. Teniente Coronel soy yo, y con algunos méritos extraordinarios, pero quisiera ser Alférez de Usares en Ungria, primero que vivir en España: dixo uno de los tres, que estaban con las tres. Bien lo he dicho mil veces, dixo otro del triunvirato, bien lo he dicho yo. La Monarquía no puede durar lo que queda del siglo. La decadencia es ràpida, la ruina inmediata. ¡Lástima como ella! ¡Vàlgame Dios! Pero, Señor dixo el que quedaba, ¿no se toma providencia para semejantes daños? Me aturdo. Creànme Vms. que en estos casos siente un hombre saber leer y escribir. ¿Qué dirán de nosotros mas allá de los Pirineos?

Asustarónse todos al oir semejantes lamentaciones. ¿Qué es eso? decian unos. ¿Què hay? repetian otros. Proseguian las tres parejas sus quejas y gemidos, deseoso cada uno, y cada una de sobresalir en lo energico. Yo tambien me senti conmovido al oir tanta ponderacion de males; y aunque menos interesado que los otros en los sucessos de esta nacion, preguntè, quàl era el motivo de tanto lamento. ¿Es acaso, dixe yo, alguna noticia de haber desembarcado los Argelinos en la costa de Andalucía, y haber devastado aquellas hermosas Provincias? No,

no,

no, me dixo una dama: no, no; mas que eso es lo que lloramos. ¿Se ha aparecido alguna nueva nacion de Indios bravos, y ha invadido el nuevo México por el Norte? Tampoco es uso, sino mucho mas que eso, dixo otra de los patriotas. ¿Alguna peste, insté yo, ha acabado con los ganados todos de España, de modo que esta nacion se vea privada de sus lanas preciosísimas? Poco importaria eso dixo uno de los zelosos Ciudadanos, respecto de lo que pasa.

Fuíles diciendo otra infinidad de daños públicos, à que están expuestas las Monarquias, preguntando, si alguno de ellos habia sucedido; quando al cabo de mucho tiempo, làgrimas, sollozos suspiros, quejas, lamentos, llantos, y hasta invectivas contra los ástros, estrellas y cielos, la que habia callado, y que parecia la mas juiciosa de todas, exclamó con voz muy dolorida: ¿creerás Gazel, que en todo Madrid no se ha hallado cinta de este color, por mas que se ha buscado?

CARTA LVII.

Del mismo, al mismo.

Si los vicios comunes en el método européo de escribir la historia son tan capitales, como te tengo avisado, te espantará otro mucho mayor, y mas comun en la historia que llaman universal. Apenas hay nacion en Europa, que no haya producido un escritor, ò bien compendioso, ó bien extenso de la historia universal: ¿pero qué trazas de ser universal? A mas de las preocupaciones que guian las plumas, y los respetos que atan las manos à estos historiadores generales, comunes con los obstaculos

los iguales de los historiadores particulares, tienen uno muy singular y peculiar de ellos, y es que cada uno, escribiendo con individualidad los fastos de su nacion, los anales gloriosos de sus Reyes y Generales, los progresos hechos por sus sabios en las ciencias, contando cada cosa de estas con unas menudencias en la realidad despreciables, cree firmemente, que cumple para con las demas naciones con referir quatro ó cinco épocas notables, y nombrar quatro ó cinco hombres grandes, aunque sea desfigurando sus nombres. El historiador universal Inglés gastarà muchas hojas en la noticia de quien fué qualquiera de sus corsarios, y apénas dice que hubo un Turena en el mundo. El francés nos dirá de buena gana con igual exâctitud quien fuè el primer Actor que mudó el sombrero por el morrion en los papeles heroycos de su teatro; y por poco se olvida de quien fuè el Duque de Malboroug.

¡ Què chasco el que acabo de llevar! díxome Nuño, ¡ què chasco! Pocos dias ha engañado por el título de una obra en que el Autor nos prometia las vidas de todos los grandes hombres del mundo fuí á buscar unos quantos amigos mios y de mi mayor estimacion, y no hallè siquiera los nombres de ellos. Voy por el abecedario à encontrar los Ordoños, Sanchos, Fernandos de Castilla, los Jaymes de Aragon, y nada, nada, dice de ellos.

Entre tantos grandes hombres como despreciáron su sangre durante ocho siglos en ayuda de su patria, y por sacudir el yugo de tus abuelos, apénas dos ó tres han merecido la atencion de este historiador. Botànicos, insignes Humanistas, Estadistas Poetas, Oradores anteriores con mas de un siglo, y algunos dos à las Academias francesas, quedan sepultados en el olvido, si no se leen mas histo-

torias que estas. Pilotos Holandeses, Vizcaínos, Portugueses que navegaron con tanta osadía, como pericia, y por consiguiente tan beneméritos de la Sociedad, quedan cubiertos con igual velo. Los soldados Catalanes y Aragoneses tan ilustres en ambas Sicilias, y sus mares por los años de 1280 no han parecido dignos de fama póstuma á los tales compositores. Doctores Cordoveses de tu religion, y descendientes de tu país, que conservaron en España las ciencias miéntras ardia la península en guerras sangrientas, tampoco ocupan una llana de la tal obra.

Creo que se quejarán de igual descuido las otras naciones ménos la del Autor: ¿qué mérito tiene pues, para llamarse universal? Si un sabio de Siamchina se aplicase á entender algun idioma européo, y tuviese encargo de su Soberano de leer alguna historia de estas, é informarlo de su contenido, juzgo que ceñiría su dictámen á estas pocas lineas: "he leido la historia universal, cuyo exâmen se me ha cometido, y de su lectura infiero, que en aquella pequeña parte del mundo, que llaman Europa, no hay mas que una nacion cultivada; es à saber, la patria del Autor; y los demàs son unos paises incultos, ò poco mènos, pues apénas tiene media docena de hombres ilustres cada uno de ellos: por mas que nos hayan quedado tradiciones de padres à hijos, por las quales sabemos que centenares de años há arribáron á nuestras costas algunos navíos con hombres européos, los quales diéron noticia de que sus paises en diferentes Eras han producido varones dignos de la admiracion de la posteridad. Digo, que los tales viageros deben ser despreciados por sospechosos en punto de verdad en lo que contaron de sus patrias y patriotas, pues apénas se habla de ellas,

ellas, ni de sus hijos en esta historia universal, escrita por un européo, à quien debemos suponer completamente instruido en las letras de toda Europa, pues habla de toda ella. "

En efecto, amigo Ben-Beley, no creo que se pueda ver jamàs una historira universal completa, mièntras se siga el mètodo de escribirla uno solo ó muchos de un mismo paìs.

¿ No se juntaron los Astrónomos de todos los paises, para observar el paso de Venus por el disco del Sol ? ¿ No se comunican todas las Academias sus observaciones astronómicas, sus experimentos físicos, sus adelantamientos en todas las ciencias ? Pues señale cada nacion quatro ó cinco de sus hombres mas grandes é ilustrados mènos preocupados, mas activos y laboriosos: trabajen estos en los anales por lo respectivo à sus patrias: juntense despues las obras que resultan del trabajo de los de cada nacion; y de aquì se forme una verdadera historia Universal, digna de todo aquel tal qual crèdito, que merecen las obras de los hombres.

CARTA LVIII.

Del mismo, al mismo.

Hay una secta de sabios en la repùblica literaria que lo son à poca costa: estos son los críticos. Años enteros, y muchos, necesita el hombre para saber algo de las ciencias humanas; pero en la crítica (qual se usa) desde el primer dia es uno consumado. Sujetarse á los lentos progresos del entendimiento en las especulaciones matemàticas en las experiencias de la física, en las confusiones de la jurisprudencia, es no acordarse de la cortedad de nues-

nuestra vida, que por lo regular no pasa de sesenta años, rebaxando de estos los que ocupa la debilidad de la niñez, el desenfreno de la juventud, y las enfermedades de la vejèz. Se humilla mucho nuestro orgullo con esta reflexîon: el tiempo que he de vivir, comparado con el que necesito para saber, es tal, que apènas puede llamarse tiempo. ¡Quànto mas nos lisongea esta otra determinacion! Si no puedo por el motivo dicho aprender facultad alguna, persuado al mundo y à mi mismo, que las poseo todas, y pronuncio *ex tripode* sobre quanto oigo, veo y leo.

Pero no creas, que en ésta clase se comprehenden los verdaderos criticos. Los hay dignísimos del todo respeto. ¿ Pues en qué se diferencian, y en que se han de distinguir? La regla fixa para no confundirlos, es esta: los buenos hablan poco sobre asuntos determinados, y con moderacion: los otros son como toros, que forman la intencion, cierran los ojos y arremeten á quanto encuentran por delante, hombre, caballo, perro, aunque se claven la espada hasta el corazon. Si la comparacion te pareciere baxa, por ser de un ente racional con un bruto, creeme, que no lo es tanto, pues apénas pueden llamarse hombres los que no cultivan su razon, y solo se valen de una especie de instinto que les queda para hacer daño à todo quanto se les presente, amigo ó enemigo, debil ó fuerte, inocente ó culpado.

L A

R A Z O N

CARTA LIX.

Del mismo, al mismo.

Dicen en Europa, que la historia es el libro de los Reyes. Si esto es así, y la historia se prosigue escribiendo como hasta ahora, cree firmemente, que los Reyes están destinados à leer muchas mentiras además de las que oyen. No dudo, que una relacion exâcta de los hechos principales de los hombres, y una noticia de la formacion, auge, decadencia y ruina de los estados, darian en breves hojas á un Principe lecciones de lo que ha de hacer, sacadas de lo que otros han hecho. ¿ Pero dónde se halla esta relacion y esta noticia ? No la hay, Ben-Beley, no la hay, ni la puede haber. Esto último te espantará; pero se te hará muy fácil de creer, si lo reflexîonas. Un hecho no se puede escribir sino en el tiempo en que sucede ó despues de sucedido. En el tiempo del evento, ¿ que pluma se encargará de ello, sin que la detenga alguna razon de estado, ò alguna preocupacion ? Despues del hecho, ¿ sobre qué documentos ha de trabajar el Historiador que lo transmita á la posteridad, sino sobre lo que dexaron escrito las plumas que he dicho ?

Yo mandára quemar, decia yo á Nuño, de buena gana todas las historias, ménos la del siglo presente. Daria el encargo de escribir esta à un hombre lleno de crítica, imparcialidad y juicio. Los meros hechos sin aquellas reflexîones, que comunmente hacen mas importante el mérito del Historiador, que el peso de la historia, en la mente de los que la leen formarian toda la obra. ¿ Y donde se imprimi-

mirla? dixo Nuño; ¿ y quién la leeria? ¿ y qué efecto produciría ? ¿ y qué pago tendria el escritor ? Era menester, añadió con gracia, era menester imprimirla junto al cabo de Hornos ó al de Buena Esperanza, y leerla los Otentotes, ó à los Patagones; y aun así me temo que algunos Sabios de los que habrà sin duda à su modo aun entre aquellas naciones, que nosotros nos servimos de llamar salvages, dirian al oir tantos y tales sucesos á quien los estuviera leyendo: calla, calla: no leas esas fábulas llenas de ridiculeces y barbaridades: y los mozos proseguirian su danza, caza ó pesca, sin creer hubiese en el mundo conocido parte alguna donde pudiesen suceder tales cosas.

Prosìgase, pues, escribiendo la historia, como se hace en el dia; déxense à la posteridad noticias de nuestro siglo, de nuestros héroes y de nuestros abuelos con poco mas ò ménos la misma autoridad que las que nos envió la antigüedad acerca de los trabajos de Hércules, y de la conquista del Vellocino. Equivóquese la fábula con la historia, sin mas diferencia, que escribirse esta en prosa y la otra en verso; sea la armonía diferente, pero la verdad la misma; y queden nuestros nietos tan ignorantes de lo que sucede en este siglo, como nosotros lo estamos de lo que sucedió en el de Eneas.

Uno de los tertulianos quiso partir la diferencia entre el proyecto irónico de Nuño, y lo anteriormente expuesto, opinando que se escribiesen tres géneros de historias en cada siglo; una para el pueblo, en la que hubiese efectivamente caballos llenos de gente armada, dioses amigos y contrarios, y sucesos maravillosos. Otra mas auténtica, pero tan síncera, que descubriese del todo los resortes que mueven las grandes máquinas; esta sería para uso

de las gentes medianas. Otra cargada de reflexiones políticas y morales en impresiones poco numerosas, meramente reservadas *ad usum Principum.*

No me parece mal esta treta en lo político; y creo que algunos Historiadores Españoles la han executado; à saber, Garibay con la primera mira, Mariana con la segunda, y Solis con la tercera. Pero yo no soy político, ni aspiro á serlo; deseo solo ser filósofo, y en este ànimo, digo, que la verdad sola es digna de llenar el tiempo, y ocupar la atencion de todos los hombres, aunque singularmente de los que mandan á otros.

CARTA LX.

Del mismo, al mismo.

Si los hombres distinguiesen el abuso y el hecho del derecho, no serian tan freqüentes, tercas é insufribles sus controversias en las conversaciones familiares. Lo contrario, que es lo que se practìca, causa una contínua confusion, que mezcla mucha amargura en lo dulce de la Sociedad. Las preocupaciones de los individuos hacen mas densas las tinieblas, y se empeñan los hombres en que ven mas claro miéntras mas cierran los ojos.

Donde se palpa mas esto, es en la conversacion de las naciones, ó ya quando se habla de su genio ó ya quando se trata de sus costumbres, ò de su idioma. Me acuerdo de haber oido á mi pedre, dice Nuño hablando de esto mismo, que á últimos del siglo pasado, tiempo de la enfermedad de Carlos II, quando Luis XIV tomaba todos los medios de adquirirse el amor de los Españoles, como principal escalon, para que su nieto subiese al trono de

es-

esta Monarquía, todas las esquadras francesas tenian órden de conformarse en quanto pudiesen con las costumbres españolas, siempre que arribasen á algun puerto de esta península. Esto formaba un punto muy principal de las instrucciones que llevaban los Comandantes de esquadras, navios y galeras. Era muy arreglado à la buena política, y podia abrir mucho camino para los proyectos futuros; pero el abuso de esta sabia precaucion hubo de tener malos efectos con un lance sucedido en Cartagena. El caso es, que llegó á aquel puerto una corta esquadra francesa. Su Comandante destacó un Oficial en una lancha para presentarse al Gobernador y cumplimentarlo de su parte; pero le mandó, que ántes de desembarcar en el muelle, observase, si en el trage de los españoles habia alguna particularidad que pudiese imitar la oficialidad francesa, para conformarse quanto pudiese con las costumbres del pais; y que le diese parte inmediatamente, ántes de saltar en tierra. Llegó al muelle el Oficial á las dos de la tarde, tiempo el mas caloroso de una siesta de Julio. Miró qué gentes acudian al desembarcadero; pero el rigor del calor habia despoblado el muelle; y solo habia en él por casualidad un grave religioso con sus anteojos puestos, y no léjos un caballero anciano tambien con anteojos. El Oficial frances mozo intrepido mas apto para llevar un brulote á incendiar una esquadra, ó para abordár un navio enemigo, que para hacer especulaciones morales sobre las costumbres de los pueblos, infirió que todo vasallo de la Corona de España de qualquier sexô, edad ó clase que fuese, estaba obligado por alguna Ley hecha en Cortes, ó por alguna Pragmática Sancion en fuerza de Ley, à llevar de dia y de noche un par de anteojos por lo ménos. Volvió

á

á bordo de su Comandante, y le dió parte de lo que habia observado. Decir quál fué el apuro de toda la Oficialidad para hallar tantos pares de anteojos, quantas narices habia, es imposible. Quiso la casualidad, que un criado de un Oficíal que hacía algun género de comercio en los viages de su amo, llevase unas quantas docenas; y de contado se pusieron los suyos el Oficial, algunos que lo acompañaban y la tripulacion de la lancha, de vuelta para el desembarcadero. Quando llegaron á él, la noticia de haber entrado la esquadra francesa habia llenado el muelle de gente, cuya sorpresa no fué comparable con cosa de este mundo, quando desembarcaron los franceses, mozos por la mayor parte, primorosos en su trage, alegres en su porte y cargados con tan importunos muebles. Dos ó tres compañías de soldados de galeras, que componian parte de la guarnicion, habian concurrido con el pueblo; y como aquella especie de tropa anfibia se componia de la gente mas desalmada de España, no pudieron contener la risa. Los franceses poco sufridos, preguntáron la causa de aquella mofa con mas gana de castigarla, que de inquirirla. Los españoles duplicâron las carcaxadas, y la cosa paró en lo que se puede creer entre el vulgo soldadesco. Al alboroto acudió el Gobernador de la Plaza y el Comandante de la esquadra. La prudencia de ámbos, conociendo de dónde dimanaba el desórden y las conseqüencias que podia tener, apaciguó con algun trabajo la gente, no habiendo tenido poco para entenderse los dos Xefes, pues ni este entendia el Español, ni aquel el francés; y ménos se entendian un Capellan de la armada y un Clérigo de la plaza, que con ánimo de ser intérpretes empezaron à hablar latin, y nada comprehendian de las mutuas pre-

preguntas y respuestas por la gran curiosidad, y por la variedad de la pronunciacion, y el mucho tiempo que el primero gastó en reirse del segundo, porque pronunciaba ásperamente la *u*, y el segundo del primero, porque pronunciaba el diptongo *au*, como *o*, miéntras los soldados y marineros se mataban.

CARTA LXI.

Del mismo, al mismo.

En esta nacion hay un libro muy aplaudido por todas las demás. Lo he leido, y me ha gustado sin duda; pero no dexa de mortificarme la sospecha de que el sentido literal es uno, y el verdadero es otro muy diferente. Ninguna obra necesita mas que esta del Diccionario de Nuño. Lo que se lee es una série de extravagancias de un loco, que cree que hay gigantes, encantadores, &c. algunas sentencias en boca de un necio; y muchas escenas de la vida bien criticadas; pero lo que hay debaxo de esta apariencia es en mi concepto un conjunto de materias profundas é importantes.

Creo, que el carácter de algunos escritores européos (hablo de los clásicos de cada nacion) es el siguiente. Los Españoles escriben la mitad de lo que imaginan: los Franceses mas de lo que piensan por la calidad de su estilo: los Alemanes lo dicen todo, pero de manera que la mitad no se les entiende: los Ingleses escriben para sí solos.

CARTA LXII.

De Ben-Beley á Nuño en respuesta de la XLII.

El estilo de tu Carta, que acabo de recibir, me prueba ser verdad lo que Gazel me ha escrito de tí tan repetidas veces. No dudaba yo, que pudiese haber hombres de bien entre vosotros. Jamás creì, que la honradez y rectitud fuesen peculiares á este, ó al otro clima: pero aun así creo, que ha sido singular fortuna de Gazel el encontrar contigo. Le encargo, que te freqüente, y á tí, que me envies una relacion de tu vida, prometiéndote, que te enviaré una muy exácta de la mia; pues por lo que veo, somos los dos, que merecemos mutuamente tener un perfecto conocimiento el uno del otro. Alá te guarde.

CARTA LXIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Arreglado à la difinicion de la voz *politica*, y su derivado *politicò* segun la entiende mi amigo Nuño, veo un número de hombres que desean merecer este nombre. Son tales, que con el mismo tono dicen la verdad y la mentira: no dan sentido alguno à las palabras *Dios*, *padre*, *madre*, *hijo*, *hermano*, *amigo*, *verdad*, *obligacion*, *justicia*, y otras muchas que miramos con tanto respeto, y pronunciamos con tanta veneracion los que no nos tenemos por dignos de aspirar à tan alto timbre con tales competidores. Mudan de rostro mil veces mas à menudo, que de vestido. Tienen provision hecha de cum-

cumplimientos, de enhorabuenas y pésames. Poseen gran caudal de frases de mucho boato, y ningun sentido. A costa de inmenso trabajo han adquirido cantidades innumerables de ceños, sonrisas, carcaxadas, lágrimas, sollosos, suspiros, y (para que se vea lo que puede el entendimiento humano) hasta desmayos y accidentes. Viven sus almas en unos cuerpos flexîbles y doblegables, que tienen varias docenas de posturas para hablar, escuchar, admirar, despreciar, aprobar y reprobar; extendiéndose esta profunda ciencia teorico-práctica desde la accion mas importante hasta el gesto mas frívolo. Son en fin veletas, que siempre señalan el viento que hace; reloxes que notan la hora del sol; piedras que manifiestan la ley del metal; y una especie de índice general del gran libro de las Cortes. ¿Pues cómo estos hombres no hacen fortuna? Porque gastan su vida en exercicios inútiles, y vanos ensayos de su ciencia. ¿De dónde viene que no sacan el fruto de sus trabajos? Les falte, dice Nuño, una cosa. ¿Quál es la cosa que les falta? No les falta mas, dice Nuño, que entendimiento.

CARTA LXIV.

Del mismo, al mismo.

A poco tiempo de mi introduccion en esta Corte me encontré en una casa de ella con los tres memoriales siguientes. Como era precisamente entónces la temporada que los christianos llaman *carnaval ó carnestolendas*, creí que sería chasco de los que se acostumbran en semejantes dias en estos paises, pues no pude jamás creer que se hubieran escrito de veras tales peticiones. Violos Nuño, y me

dixo, que no dudaba de la sinceridad de los que las firmaban; y que ya que las remitia á su inspeccion; no solo les ponia informes favorables de oficio, sino como amigo se empeñaba muy eficazmente, para que yo admitiese los informes y las súplicas.

Si te cogen de tan buen humor, como cogiéron á Nuño, creo que tambien las aprobarás. No se te hagan increìbles; pues yo que estoy presenciando lances, aun mas ridìculos, te aseguro ser muy regulares. Expondré los tres memoriales por el órden con que viniéron á mis manos.

Primer memorial. Señor moro: Juana Cordoncillo, Magdalena de la Seda, y compañia, apuntadoras, y armadoras de sombreros, establecidas en Madrid desde el año de 1748 en el nombre, y con poder de todo el Reyno, digo gremio, con el mayor respeto representamos á V: que habiendo desempeñado las comisiones y encargos, asì de dentro, como de fuera de la Corte con general aprobacion de todas las cabezas de nuestros parroquianos, en el arte de cortar, apuntar, y armar sombreros, segun las varias modas que ha habido en el expresado término, estamos en grave riesgo de perder nuestro caudal, y lo que es mas, nuestro honor y fama, por lo escaso que está el tiempo en materia de invencion de nueva moda en nuestra facultad, amenazando próxîma é irreparable ruina el nobilìsimo arte de la *sombrerripedia.*

Quando nuestro exército volvió de Italia se introduxo el sombrero *á la chambery* con la punta del pico tan aguda, que á falta de lanceta, podia servir para sangrar aunque fuese á una niña de poca edad. Duró esta moda muchos años, sin mas innovacion, que la de algunos Indianos que forraban su sombrero, asi armado, en alguna lanilla del mismo castor.

El

El exercicio *á la prusiana*, fué época de nuestro gremio, porque desde entónces se varió la forma de los sombreros, minorando en mucho lo agudo, lo ancho, y lo largo de dicho pico.

Continuó esto asì hasta la guerra de Portugal, de cuya vuelta ya se innovó el sistema, y nuestros militares introduxéron, y lleváron otros sombreros armados *á la bequ-vau.* Esta mutacion dió nuevo fomento á nuestro Comercio.

Estuvimos todas á pique de perdernos, quando se hubo de divulgar la moda de llevar los sombreros debaxo del brazo, como intentàron algunos de los que en Madrid tienen voto en esta materia: pero duró poco el susto. Volviéron á cubrirse en agravio de los peynados primorosos; volvimos á triunfar de los peluqueros; y volvió nuestra industria á florecer. Quisimos celebrar solemnemente esta victoria conseguida por una revolucion favorable; no se nos permitió; pero nuestro Secretario la señaló en los anales de nuestra república sombreril, y señalada que fué, la archivó.

Se acabó esta moda, y se introduxo la de armarse *á la suiza*, con cuyo producto creimos, que en breve circularía tanto dinero fisico entre nosotras como puede haber en los catorce cantones; pero los peluqueros Franceses acabáron con esta moda, introduciendo unos sombreros, casi imperceptibles para quien no tenga buena vista, ó buen microscopio.

Los Ingleses, eternos émulos de los Franceses, no solo en las armas y letras, sino en industria, nos iban á introducir sus gorrás de montar á caballo: con lo que eramos perdìdas sin remedio; pero Dios mejoró sus horas, y quedamos como ántes, pues vemos se perpetúa la moda de sombreros arma-

dos *á la invisible* con una continuacion, y digamoslo así, con una inmutabilidad que no tiene exemplo, ni lo han visto nuestras antiguas de gremio. Esta constancia será muy buena en lo moral; pero en lo político, y particularmente para nuestro ramo, es muy mala: ya no contamos con este oficio. Qualquiera ayuda de Cámara, lacayo y volante sabe amarlos, y nos hacemos cada dia ménos útiles, y llegarémos á ser del todo sobrantes en el número de los artesanos, y tendrémos que pedir limosna. En este supuesto, y bien considerado, que ya se hacia irremediable nuestra ruina, á no haber V. venido á España, le hacemos presente lo triste de nuestra situacion, y por tanto:

Suplicamos á V. se sirva de darnos un quadernillo de láminas, en cada una de las quales esté pintado, dibuxado, grabado, ó impreso uno de los turbantes que se usan en su patria de V. para ver si de la hechura de ellos podemos tomar modelo, norma, figura, y molde para armar los sombreros de nuestros jóvenes. Estamos muy persuadidas, que no les disgustarán sombreros *á la marrueca*; ántes los paisanos de V. serán los que tengan algun sentimiento de ver la menor analogía entre sus cabezas y las de nuestros petimetres. Gracia que esperamos conseguir de las relevantes prendas de V. cuya vida guarde Dios los años que necesitamos.

Segundo. Señor marrueco: los diputados del gremio de sastres con el mayor respeto hacemos á V. presente, que habiendo sido hasta ahora la novedad la que mas nos ha dado de comer; y que habiéndose sin duda acabado la fertilidad del entendimiento humano, pues ya no hay invencion de provecho en cortes de casacas, chupas, calzones, sobretodos, redingotes, cabrioles y capas, estamos

de-

deseosos de hallar quien nos ilumine. Los calzones de la última moda, los de la penúltima, y los de la anterior, ya son comunes. Anchos, estrechos, con muchos botones, con pocos, con botoncillos, con botonazos han apurado el discurso, y parece haber hallado el entendimiento el *non plus* en materia de calzones. Por tanto:

Suplicamos à V. se sirva darnos varios diseños de calzones, calzoncillos y calzonazos, quales se usan en Africa, para que puestos en la mesa de nuestro decano, y exâminados por los mas antiguos y graves de nuestros hermanos, se aprenda algo sobre lo que parezca conveniente introducir en la moda de calzones; pues creemos que volverà à su mas elevado auge nuestro crédito, si sacamos algo nuevo que pueda acomodarse á los calzones de nuestros européos, aunque sea tomado de los Africanos: piedad que desean alcanzar de la benevolencia de V. cuya vida guarde Dios muchos años.

Tercero. Señor Gazel: los siete mas antiguos del gremio de zapateros catalanes, con el mayor respeto puestos á los pies de V. en nombre de todos sus hermanos, inclusos los de viejo, portaleros y remendones, le hacemos presente, que vamos á hacer la banca-rota zapateril mas escandalosa que puede haber, porque á mas del menor consumo de zapatos, nacido de andar tanta gente en coche, que andaba poco há, y debiera andar siempre á pie: la poca variedad que cabe en un zapato, así de costura, como de corte, y color nos empobrece.

El tiempo que duró el tacón colorado, ya pasó. Tambien pasó la temporada de llevar la hebilla baxa, á gran beneficio nuestro, pues entraba la sexte parte de material en un par de zapatos, y se vendian por el mismo precio.

To-

Todo ha cesado ya; y parece haber fincado, á lo ménos para lo que queda del presente siglo, el zapato *à lo abotinado* que parecen coturnos, ó calzado de San Miguel. A mas del daño, que nos resulta de no mudarse la moda, subsiste siempre el menoscabo de una séptima parte mas de material que entra en ellos, sin aumentar el precio. Por tanto:

Suplicamos á V. se sirva de dirigirnos un juego completo de botas, botines, zapatos, babuchas, chinelas, alpargatas, y otra qualquier especie de calzamenta africana, para sacar de ella las innovaciones que nos parezcan adaptables al piso de las calles de Madrid. Fineza que deseamos deber á V. cuya vida guarden Dios y San Crispin muchos años.

Hasta aquì los memoriales. Nuño, como llevo dicho, los informó, y apoyó con toda eficacia; y aun suele leermelos con comentarios de su propia imaginacion, quando conoce que la mia está algo melancólica. Anoche me decia, acabando de leermelos: mira, Gazel; estos pretendientes tienen razon. Las apuntadoras de sombreros, por exemplo, ¿no forman un gremio muy benemérito del estado? ¿No contribuye infinito á la fama de nuestras armas la noticia de que los sombreros de nuestros militares están cortados, apuntados, armados, galoneados, y escarapelados por mano de fulana, zutana ó mengana? ¿Los que escriben las historias de nuestro siglo, no recibirán mil gracias de la posteridad por haberla instruido, de que en el año de tantos vivia en tal calle, casa número tantos, una persona que apuntó los sombreros á doscientos cadetes de guardias, quatrocientos de infanteria, veinte y ocho de caballería, ochocientos oficiales subalternos, trescientos capitanes, y ciento y cincuenta ofi-

oficiales superiores? ¡ Pues quánta mayor gloria para nuestro siglo, si alguno escribiera el nombre, edad, exercicio, vida, y costumbres del que introduxo tal, ó tal innovacion en la parte principal de nuestras cabezas modernas! ¡ qué repugnancia se halló en los ya proyectados; què maniobras se hiciéron, para vencer los obstáculos; como se logró el arrinconar los sombreros que carecian de tal, ó tal adorno, &c!

Por lo que toca á los sastres, pareceme muy acertada su solicitud; y no ménos justa la pretension de los zapateros. Aquí donde me ves, yo he tenido algunas temporadas de petimetre, habiéndome hallado en la fuerza de mi tabardillo, quando se usaba la hebilla baxa en los zapatos (cosa que ya ha quedado para volantes, cocheros y majos) te aseguro que, ó sea mi modo de pisar, ó sea que llovia mucho en aquellos años, ó sea, que yo era algo extremoso y riguroso en las leyes de la moda, me acuerdo que llevaba la hebilla tan sumamente baxa, que se me solia quedar en la calle; y un dia entre otros, que subí á hablar á una dama que venia del Pardo, al estribo del coche, me baxé de pronto, quedandoseme en él un zapato, quando arrancó el tiro de mulas á un galope de mas de tres leguas por hora; y yo me quedé mas de media legua de la puerta de San Vicente dezcalzo de un pie; y precisamente era una tarde hermosa de invierno, en que se habia despoblado Madrid, para tomar el sol; y yo me ví corrido como una mona, teniendo de atravesar todo el paseo, y muchas calles de la Corte con un zapato ménos. Caí enfermo del sofocon, y me mantuve en cama, hasta que salió la moda de llevar la hebilla alta. Pero como entre aquel extremo y en el que hoy se halla, han pasado años,

años, estuve mucho tiempo observando el lento ascenso de las expresadas hebillas por el pie arriba, con la impaciencia y cuidado que un astrónomo está viendo la subida de un ástro por el horizonte, hasta tenerlo en el punto, en que lo necesita para su observacion.

Dales pues á esas gentes modelos que sigan; que tal vez habrá en ellos cosas que me acomoden. Solo para tí será el trabajo; porque si los otros artesanos conocen que tu direccion aprovecha á los gremios que la han solicitado, vendrán todos con igual molestia á pedirte la misma gracia.

CARTA LXV.

Del mismo, al mismo.

Yò me ví una vez, deciame Nuño no há mucho, en la precision de que me desechasen por tonto, ó me aborreciesen como á capaz de vengarme. No tardé en escoger, á pesar de mi amor propio, el concepto que mas me abatia. Humillaronme en tanto grado, que nada me podia consolar, sino esta reflexîon que hice con mucha freqüencia: con abrir yo la boca, me temblarian, en lugar de mofarme; pero yo me estimaria ménos. La autoridad de ellos puede desvanecerse; pero mi testimonio interior me ha de acompañar mas allá de la sepultura. Hagan, pues, ellos lo que quieran; yo haré lo que debo.

Esta doctrina, sin duda es excelente, y mi amigo Nuño hace muy bien en observarla; pero es cosa fuerte que los malos abusen de la paciencia y virtud de los buenos. No me parece esta menor villanía, que la del ladron que roba y asesina al pasagero que halla dormido é indefenso en un bosque.

Aun

Aun me parece mayor; porque el infeliz asesinado no conoce el mal que se le hace: pero el hombre virtuoso de este caso, está viviendo con la pena de ver continuamente la mano que lo hiere mortalmente. No obstante, dicen, que esto es comun en el mundo. No tanto, respondió Nuño. Las gentes se cansan de esta superabundancia de honradez, y suelen vengarse quando pueden. Lo que mas me lisongeaba en aquella situacion, era, ser yo original en mi conducta. Aun les daba yo gracias de haberme precisado á hacer un exâmen tan riguroso de mi hombria de bien. De su suma crueldad me resultaba el mayor consuelo; y lo que para otro hubiera sido un tormento riguroso, era para mí una nueva especie de delicia. Me tenia yo á mí mismo por un Belisario de segunda clase, y solamente me hubiera trocado por aquel general, para serlo de la primera; contemplando que hubiera sido mayor mi satisfaccion, quanto mas alta mi elevacion, y mas baxa mi caida.

CARTA LXVI.

Del mismo, al mismo.

En Europa hay varias clases de escritores. Unos escriben quanto les viene á la pluma; otros, lo que les mandan escribir; otros, todo lo contrario de lo que sienten; otros, lo que agrada al público con lisonja; otros, lo que les choca con reprehensiones. Los de la primera clase están expuestos á mas gloria y mas desastres, porque pueden producir mayores aciertos y desaciertos. Los de la segunda, se lisongean de hallar el premio seguro de su trabajo; pero si acabado de publicar, se muere, ó se aparta

el que se lo mandó, y entra á sucederle uno de sistema opuesto, suelen encontrar castigo en vez de recompensa. Los de la tercera, son mentirosos, como los llama Nuño, y merecen por escrito el odio de todo el público. Los de la quarta, tienen alguna disculpa, como la lisonja no sea muy baja. Los de la quinta, deben ser censurados con tiento, pues no es poco el que se necesita para reprehender á quien se halla bien con sus vicios; ó cree, que el libre exercicio de ellos, es una preeminencia muy apreciable. Cada nacion ha tenido alguno, ó algunos censores mas ó ménos rígidos; pero creo, que para exercer este oficio con algun respeto de parte del vulgo, necesita el que lo emprende hallarse limpio de los defectos que va á censurar. ¿Quién tendria paciencia en la antigua Roma, para ver á Séneca escribir contra el luxo y magnificencia con la mano misma que se ocupaba con notable codicia en atesorar millones? ¿Qué efecto podria producir todo el elogio que hacía de la medianía, quien no aspiraba sino á superar á los mas poderosos en esplendor? El hacer una cosa, y escribir la contraria, es el modo mas tiránico de burlar la sencillez de la plebe, y es tambien el medio mas eficaz para exâsperarla, si llega á comprehender este artificio.

CARTA LXVII.

De Nuño á Gazel.

Desde tu llegada á Bilbao, no he tenido Carta tuya, y la espero con impaciencia, para ver que concepto formas de esos Pueblos, en nada parecidos á otro alguno. Aunque en la capital la gente se parezca á la de otras capitales, los habitantes de las Pro-

Provincias y del campo, son verdaderamente originales. Idioma, costumbres, trage, son totalmente peculiares sin la menor conexîon con otros.

Noticias de literatura, que tanto solicitas, no tenemos estos dias, pero en pago te contaré lo que me pasó poco há en los jardines del retiro con un amigo mio; y á fé, que dicen, que es sabio de veras, porque aunque gasta doce horas en cama, quatro en el tocador, cinco en visitas y tres en el paseo, es fama, que ha leido quantos libros se han escrito, y en profecía quantos se han de escribir en Hebreo, Siriaco, Caldeo, Egipcio, Chino, Griego, Latin, Español, y todos los demas idiomas de quantas naciones antiguas y modernas se conocen, hasta la gramática Vizcaina del Padre Larramendi. Este tal travando conversacion conmigo sobre los libros y papeles dados al público, me dixo: he visto algunas obrillas modernas asi tal qual; y luego tomó un polvo y se sonrió, y prosiguió: una cosa les falta. Tantas les faltarán y sobrarán, dixe yo. No, no, no es eso; replicó el amigo, y tomó otro polvo, y se sonrió otra vez, y dió dos, ó tres pasos, y continuó: una sola, que caracterizaria el buen gusto de nuestros escritores. Sabe el Señor Don Nuño, ¿quál es? dixo, dandole vueltas á la caxa entre el dedo pulgar y el índice. No: respondí yo lacónicamente. Replicó él: pues yo se la diré; y volvió á tomar otro polvo, y á sonreirse, y á dar otros tres pasos. Les falta, dixo con magisterio, les falta en la cabeza de cada párrafo un texto latino, sacado de algun autor clásico, con su cita, y hasta la noticia de la edicion con aquello de *mihi* entre paréntesis: con eso el escritor da á entender al vulgo, que se halla dueño de todo el siglo de Augusto *materialiter, & formaliter.* ¿Qué tal? y tomó doble dosis

 de

de tabaco, sonriòse, y me miró, y me dexò para ir á dar su voto sobre una bata nueva, que se presentò en el paseo.

Quedo solo, raciocinando así: este hombre, tal qual Dios lo criò, es tenido por un pozo de ciencia, golfo de erudicion y pielago de literatura; luego haré bien, si sigo sus instrucciones. A Dios, dixe para mí, á Dios sabios Españoles de 1500, sabios Franceses de 1600, sabios Ingleses de 1700; se trata de buscar retazos sentenciosos del tiempo de Augusto: y gracias á que no nos envian algunos siglos mas atrás en busca de que poner en la cabeza de lo que se ha de escribir en el año, que si no miente el Kalendario, es el de 1774 de la Era Christiana.

Fúime á casa, y sin abrir mas que una obra, encontré una coleccion completa de estos epigrafes. Extractélos, y los apunté con toda formalidad; llamé á mi copiante, que ya conoces, hombre asaz estraño, y le dixe: mire Vm. Don Joachîn; Vm. es mi archivero, y digno depositario de todos mis papeles, papelillos y papelones en prosa, y en verso. En este supuesto, tome Vm. esta nota, ò lista, que no parece sino de motes para damas y galanes; y advierta Vm. que si en adelante caigo en la tentacion de escribir algo para el público, debe Vm. poner un renglon de estos en cada una de mis obras, segun y como venga mas al caso, aunque sea estirando el sentido. Está muy bien, dixo mi D. Joachîn; que á estas horas ya habia sacado los anteojos, cortado una pluma nueva, y probadola en el sobrescrito de una carta con un *Muy Señor mio*, muy hermoso y muchos rasgos. De este modo los ha de emplear Vm. proseguí yo.

Si se me ofrece, que creo si se me ofrecerá, algu-

guna disertacion sobre lo mucho superficial que hay en las cosas, ponga Vm. aquello de Persio:

¡Oh curas hominum! ¡quantum est in rebus inane!

Quando publique endechas muy tristes sobre la muerte de algun personage célebre, cuya pérdida sea sensible, vea Vm. ¡quán al caso vendrá la conocida dureza de algunos soldados de los que tomáron á Troya! diciendo con Virgilio:

. . . . *¿ Quis, talia fando,*
Myrmidonum, Dolopumve, aut duri miles Ulisei
Temperet à lacrimis?

Dios me libre de escribir de amor; pero si tropiezo en esta flaqueza humana, y ando por esos montes y valles, bosques y peñas, fatigando á la Ninfa Eco con los nombres de Corina, Delia, Galatea, Nise, Servia, Amarilis y otras, por mucha priesa que yo le dé á Vm. no hay que olvidar lo de Ovidio:

Scribere jussit amor.

Si me pongo alguna vez muy despacio á consolar algun amigo, ó á mi mismo sobre alguna de las infinitas desgracias que nos pueden acontecer á todos los herederos de Adan, sírvase Vm. poner de muy bonita letra lo de Horacio:

Æquam memento rebus in asperis
Servare mentem.

Quando yo declame por escrito contra las riquezas, porque no las tengo, como hacen otros, y ha-

hacen ménos mal que los que declaman contra ellas, y no piensan sino en adquirirlas, ¡qué mal hará Vm. si no pone, hurtándoselo á Virgilio, que lo dixo en una ocasion harto grave, séria y estupenda!

¡Quid non mortalia pectora cogis,
Auri sacra fames!

Sentiré muy mucho, que la depravacion de las costumbres me haga caer en la torpeza de celebrar los desòrdenes; pero como es tan fragil esta materia de nuestra máquina, ¿qué sé yo, si algun dia me echaré á aplaudir lo que siempre he reprehendido, y tendré por inútil trabajo el de guardar mugeres, hijas, hermanas? A esta piadosa produccion, hágame Vm. el corto agasajo de poner de boca de Horacio:

Inclusam Danaen Turris ahenea,
Robur, atque fores, ac sigilum,
Centum tristes excubiæ munierant
Satis nocturnis ab adulteris, &c.

Si algun dia llego á profanar tanto mi pluma, que diga contra lo que siento, entre otras cosas, que este siglo es peor que otro alguno, con ánimo de congraciarme con los viejos del siglo pasado, lo puedo hacer à muy poca costa, solo con que Vm. se sirva de poner lo que dixo del suyo el mismo Autor:

Clamant, periisse pudorem,
Cuncti pene Patres.

Si el Cielo de Madrid no fuera tan claro y hermoso, y se convirtiese en opaco, triste y caliginó-

so como el de Lòndres (cuya òpacidad, tristeza y caliginosidad depende segun Geògrafos fisicos de los vapores del Tamesis, del humo del carbon de piedra y de otras causas) me atreveria yo à publicar las *noches lugubres* que he compuesto à la muerte de un amigo por el estilo de las del Doctor Joung. La impresion seria en papel negro con letras amarillas, y el epigrafe, á mi parecer muy oportuno, aunque se deba contraer de la catástrofe de Europa á la de un caso particular; seria el de

Crudelis ubique
Luctus, ubique pavor, tum plurima noctis imago.

Quando publiquémos, mi D. Joachîn, la coleccion de Cartas que algunos amigos me han escrito en varias ocasiones, porque hoy de todo se hace dinero, Horacio tendrá tambien que hacer el gasto, y dirémos con él:

Nil ego prætulerim jucundo sanus amico.

A fuerza de hallarse muchos Poetas truanes, ridículos, necios, bufones, tunantes y otros, ha caido mucho la poesía de su antiguo aprecio con que se trataba en tiempo de marras á los buenos Poetas. Ya ve Vm. mi D. Joachîn, que al caso vendrá una Disertacion, volviendo por el honor de la poesía verdadera, diciendo su origen, aumento, decadencia, ruinà y resurreccion: y tambien ve Vm. mi D. Joachîn, quan del caso sería pedir otra vez á Horacio un poquito de latin por amor de Dios, y decir:

Sic honor, & nomen divinis vatibus, atque
Carminibus venit.

A ver tanto papel como hace gemir la prensa en nuestros dias, ¿quién podrá detener la pluma por poco satírico que sea, y dexar de repetir lo del nada lisongera Juvenal?

Tenet insanabilis multos scribendi cacoethes.

Pareceme, que por punto general debo yo, y debe todo Escritor, ó bien de papeles, como este, pequeños, ó bien de tomazos grandes como algunos que yo sé escribir ante todas cosas despues de cruz y márgen lo que Marcial:

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura,
Quæ legis hic: aliter non fit, Avite, liber.

Siempre que yo vea salir al público un libro escrito en castellano puro, fluido, natural, corriente y genuino, qual se escribia en tiempo de mi Señora abuela, prometo dar las gracias al Autor en nombre de los difuntos Señores Garcilaso, Cervántes, Mariana, Mendoza, Solís y otros (que Dios haya perdonado) y el egígrafe de mi Carta será:

.... Auri carissima nostræ
Simplicitas.

Tengo, como Vm. sabe D. Joachin, un tratado de vísperas de concluir contra el Archicrítico Maestro Feixoo, en que pruebo contra el sistema de su Reverendísima Ilustrísima, que son muy comu-

nuries, y por legítima conseqüencia no tan raros los casos de duendes, bruxas, vampiros, brúcolas, trasgos y fantasmas, todo ello auténtico por deposicion de personas fidedignas, como amas de niños, abuelas, viejas de lugar y otras de igual autoridad. Hago ánimo de publicarlo en breve con láminas finas y exâctos mapas, singularmente la estampa del frontispicio, que representa el campo de Barahona con una asamblea general de toda la nobleza y plebe de la bruxería; á cuyo fin volverémos á llamar á la puerta de Horacio, aunque sea á media noche; y pidiendole otro texto para una necesidad, tomarémos de su mano lo de

Somnia, terrores magicos, miracula, sagas.
Nocturnos lemures, portentaque tessala rides.

El primer Soberano, que muera en el mundo, aunque sea un Cacique de Indios entre los Apaches, como su muerte llegue á mis oidos, me dará motivo para una arenga oratoria sobre la igualdad de las condiciones humanas respecto á la muerte; y vuelta en casa de Horacio en busca de

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Por nada quisiera yo ser hombre de entradas y salidas, negocios graves, secretos importantes, y ocupaciones misteriosas, sino para volverme loco un dia; apuntar quanto supiera; y enviar mi manuscrito á imprimirse en Holanda, solo para aprovechar lo que dixo Virgilio á los Dioses del infierno.

[illegible]

Sit mihi fas, audita loqui.

Supongamos que algun dia yo sea académico, aunque indigno de las academias, ó academías (escríbalo Vm. como quiera, mi Don Joachîn, largo ó breve, que sobre eso no hemos de reñir) aunque sea la famosa de Argamasilla, que hubo en tiempo del muy valiente Señor Don Quixote de andante memoria; el dia que tóme asiento entre gente tan honrada, aquel dia, digo, he de pronunciar un largo y patético discurso sobre lo útil de las ciencias: sobre todo en la particularidad de ablandar los genios, y suavizar las costumbres; y molidos que esten mis compañeros con lo pesado de mi oratoria, les resarciré el perjuicio padecido en su paciencia, acabando de decir, qual Ovidio:

Ingenuas didicisse fideliter artes,
Emolit mores, nec sinit esse ferox.

Mire Vm. Don Joachîn, por ahí anda una quadrilla de muchachos, que no hay quien los aguante. Si uno habla con un poco de método escolastico, se echan á reir, y de quatro tajos y reveces lo hacen á uno callar. Esto, ya ve Vm. quan insufrible ha de ser por fuerza á los que hemos estudiado quarenta años á Aristóteles, Galeno, Vinio, y otros; en cuya lectura se nos han caido los dientes, salido las canas, quemado las cejas, y lastimado el pecho, y acortado la vista: ¿no es verdad, Don Joachîn? Pues mire Vm. los tengo entre manos, y los he de poner como nuevos. Diré lo mismo que dixo Juvenal de otros perillanes de su tiempo, arguyendoles del respeto con que en otros tiem-

tiempos se miraban las canas, pues qué dice.

Credebant hoc grande nefas, & morte piandum,
Si juvenis vetulo non adsurrexerit.

Me alegraria de tener mucho dinero, para hacer muchas cosas, y entre otras para hacer una nueva edicion de nuestros dramáticos del siglo pasado con notas, ya críticas, ya apologéticas; y baxo el retrato de Don Lope de Vega Carpio (que los Franceses han dado en llamar Lopez, y decir, que fué hijo de un cómico) aquello de Ovidio:

Video meliora, proboque;
Deteriora sequor.

Quando nos vayamos á la aldea que Vm. sabe, y escribamos á los amigos de Madrid, aunque no sea mas que pidiéndoles las gazetas, ó encargándoles alguna friolera, no se olvide Vm. de poner lo que puso Horacio, diciendo:

Scriptorum chorus omnis amat nemus, & fugit urbes.

Y así de todos los demas asuntos que puedan ofrecerse. Te estoy viendo reir de este método, amigo Gazel; que sin duda te parecerá pura pedantería; pero vemos mil libros modernos que no tienen nada de bueno, sino el epígrafe.

CARTA LXVIII.

De Gazel á Ben-Beley.

Exâmina la historia de todos los Pueblos, y verás, que toda nacion se ha establecido por la autoridad de costumbres. Con esta fuerza se han aumentado, con este aumento han tenido abundancia, la abundancia ha producido el luxo, á este luxo se ha seguido la afeminacion, de esta afeminacion ha nacido la flaqueza, de la flaqueza ha dimanado su ruina. Otros lo han dicho ántes que yo, y mejor que yo; pero no por eso dexa de ser verdad, y verdad útil; y las verdades útiles están tan léjos de ser repetidas con sobrada freqüencia, que pocas veces llegan á repetirse con la suficiente.

CARTA LXIX.

De Gazel á Nuño.

Como los caminos son tan malos en la mayor parte de las Provincias de tu país, no es de extrañar, que se rompan con freqüencia los carruages, se despeñen las mulas, y los viajantes pierdan las jornadas. El coche, que saqué de Madrid, ha pasado varios trabajos; pero el de quebrarse uno de sus exes, pudiendo serme muy sensible, no solo no me causó desgracia alguna, sino que me procuró uno de los mayores gustos que puede haber en la vida: á saber, la satisfaccion de tratar, aunque no tanto tiempo como quisiera, con un hombre distinto de quantos hasta ahora he visto, ni pienso ver. El caso fué al pie de la letra como se sigue,

por-

porque lo apunté muy individualmente en el diario de mi viage.

A pocas leguas de esta Ciudad, baxando una cuesta muy pendiente, se disparó el tiro de mulas, volcóse el coche, rompióse el exe delantero, y una de las varas. Luego que volvimos del susto, y salimos todos, como pudimos, por la puertezuela que quedó en alto, me dixeron los cocheros, que necesitaban muchas horas para reparar este daño, pues era preciso ir á un lugar, que estaba una legua del parage en que nos hallabamos, para traer quien lo remediase. Viendo que iba á anochecer, me pareció mejor irme á pie con un criado, y cada uno con su escopeta al lugar, y pasar la noche en él durante la qual se remediaria el fracaso, y descansariamos los maltratados. Así lo hice. Empecé á seguir una vereda que el mismo cochero me señaló por un terreno despoblado, y nada seguro al parecer por lo áspero del monte. A cosa de un quarto de legua me hallé en un parage ménos desagradable, y en una peña de la orilla de un arroyo, vi un hombre de buen porte en accion de meterse un libro en el bolsillo, levantarse, acariciar á un perro, y ponerse su sombrero de campo, tomando un baston mas robusto que primoroso. Su edad sería como de quarenta años, su semblante era apacible, su vestido sencillo, pero aseado, y sus ademanes llenos de aquel desembarazo que da el trato freqüente de las gentes, sin aquella afectacion que inspira la arrogancia y vanidad. Volvió la cara de pronto al oir mi voz, y saludóme. Le correspondí, adelantéme háqia él, y diciendole, que no me tuviera por sospechoso por el parage, compañía y armas, pues el motivo era lo que me acababa de pasar (y se lo conté brevemente) preguntéle si iba bien para el

tal

tal Pueblo. El desconocido volvió á saludarme segunda vez, y me dixo: que sentia mi desgracia, que era freqüente en aquel puesto: que varias veces lo habia hecho presente á las justicias de aquellas cercanías, y aun á otras superiores; que no diese un paso mas hácia donde habia determinado, porque estaba á un tiro de bala de allí la casa en que él residía, que desde ella despacharia un criado á caballo al lugar, para que el Alcalde enviase el auxîlio competente. Acordéme entónces de tu encuentro con el caballero, ahijado del tio Gregorio; ¡pero quán otro era este! Obligóme á seguirle; y despues de haber andado algunos pasos, sin hablar cosa que importase, prorrumpió, diciendo: habrá extrañado el Señor forastero el encuentro de un hombre como yo, á estas horas, y en este parage; mas extraño le parecerá lo que oiga, y vea de aquí en adelante, miéntras se sirva permanecer en mi casa, que es esta; señalando una que ya tocabamos. En esto llamò á una puerta grande de la tapia de un huerto contiguo á ella. Ladrò un perro disforme, acudiéron dos mozos del campo, que abriéron luego, y entrando por un hermoso plantío de toda especie de frutales al lado de un estanque, cubierto de patos y ánades, llegamos á un corral lleno de toda especie de aves, y de allí á un patio pequeño. Saliéron de la casa dos niños hermosos que se arrodilláron, y le besáron la mano; uno le tomò el baston, y el otro el sombrero, y ámbos se adelantáron corriendo y diciendo: madre, ahí viene padre. Saliò al umbral de la puerta una matrona, llena de aquella hermosura magestuosa, que inspira mas respeto, que pasion; y al ir á echar los brazos á su esposo, reparò en la compañía de los que íbamos con él. Detuvo el ímpetu de su ternura, y la limitò

tò á preguntárle, si habia tenido alguna novedad, pues tanto habia tardado en volver: á lo qual él respondiò con estilo amoroso, pero decente. Presentòme á su muger, diciéndola el motivo de llevarme á su casa, y diò órden de que se executase lo ofrecido, para que pudiese venir el coche. Entramos juntos por varias piezas pequeñas, pero còmodas; alhajadas con gracia, y sin luxo; y nos sentamos en la que se preparò para mi hospedage.

A nuestra vista te referiré despacio la cena, la conversacion que en ella hubo, las disposiciones caseras que diò mi huesped delante de mí, el modo cariñoso, y bien òrdenado, con que se apartáron los hijos, la muger y criados á recogerse, y las expresiones y atractivo con que me ofreciò su casa, me suplicò usase de ella, y se retirò para dexarme descansar. Queria tambien executar lo mismo un criado anciano, que parecia de toda satisfacion, y que habia quedado esperando que yo me acostase, para llevarse la luz. Me habia movido demasiado la curiosidad toda aquella escena, y me parecian muy misteriosos sus personages, para no indagar el carácter de cada uno. Detuve pues al criado, y con vivas instancias le pedí una y mil veces me declarase tan largo enigma. Resistiòse con igual eficacia, hasta que al cabo de alguna suspension, puso sobre la mesa la bugia que habia tomado para irse, entornò la puerta, se sentò, y me dixo, que no dudaba los deseos que yo tendria de enterarme del genio, condicion, y circunstancias de su amo: y prosiguiò poco mas ò ménos en estas voces.

Si el cariño de una esposa amable, la hermosura del fruto del matrimonio, una posesion pingüe y honorífica, una robusta salud, y una biblioteca selecta con que pulir un talento claro por naturale-

za, pueden hacer feliz à un hombre que no conoce la ambicion, no hay en el mundo quien pueda jactarse de serlo mas que mi amo, ó por mejor decir, mi padre, que tal es para todos sus criados. Su niñéz la pasó en esta aldea, su juventud en la Universidad, luego siguió el exército, despues vivió en la Corte, y ahora se ha retirado á este descanso. Una tal variedad de vida le ha hecho mirar con indiferencia qualquier especie de ellas, y aun con odio la mayor parte de todas. Siempre le he seguido, y siempre le seguiré aun mas allá de la sepultura, pues poco viviré despues de su muerte. El mérito oculto en el mundo es despreciado, y si se manifiesta, atrae contra sí la envidia, y sus sequaces. ¿Qué ha de hacer, pues, el hombre que lo tiene? Retirarse á donde pueda ser útil sin peligro propio. Llamo mérito al conjunto de un buen talento, y de un buen corazon. De este usa mi amo en beneficio de sus dependientes.

Los labradores, á quienes arrienda sus campos, lo miran como á un Angel tutelar de sus casas. Jamás entra en ellas, sino para llenarlas de beneficios, y las visita con freqüencia. Los años medianos les perdona parte del tributo, y el total en los malos. No se sabe lo que son pleytos entre ellos. El padre amenaza al hijo malo con nombrar á su amo, y alhaga al bueno con el mismo nombre. La mitad de su caudal lo emplea en colocar las hijas huerfanas de estos contornos con mozos honrados, y pobres de las mismas aldeas. Ha fundado una escuela en un lugar inmediato, y suele por su misma mano distribuir un premio cada sábado al niño que ha empleado mejor la semana. De lejanos paises ha hecho traer intrumentos de agricultura, y libros de su uso, que el mismo traduce de extrañas lenguas, repar-

partiendo unos y otros de valde á los labradores. Todo forastero, que pasa por aquí, halla en él la hospitalidad, qual se exercitaba en Roma en sus mas felices tiempos. Una parte de sus casas está destinada para recoger los enfermos de estas cercanías, en las quales no se halla proporcion de cuidarlos. Ni por esta tierra suele haber gente vaga: es tal su atractivo, que hace vasallos industriosos, y útiles á los que hubieran sido inùtiles, quando ménos, si hubieran seguido en ocio acostumbrado. En fin, en los pocos años que vive aquí, ha mudado este país de semblante. Su exemplo, generosidad y discrecion, ha hecho de un terreno áspero, é inculto una Provincia deliciosa y felíz.

La educacion de sus hijos ocupa mucha parte de su tiempo. Diez años tiene el uno, y nueve el otro: los he visto nacer y criarse; y cada vez que los oigo ó veo, me encanta tanta virtud, é ingenio en tan corta edad. Estos sì que heredan de su padre un caudal superior á todos los bienes de fortuna. En estos sì que se verifica ser la prole hermosa y virtuosa el primer premio de un matrimonio perfecto. ¿ Qué no se puede esperar con el tiempo de unos niños, que en tan tiernos años manifiestan una alegrìa inocente, un estudio voluntario, una inclinacion á todo lo bueno, un respeto filial á sus padres, y un porte decoroso y benigno para sus criados ?

Mi ama, la digna esposa de mi Señor, el honor de su sexô, es una muger dotada de singulares prendas. Vamos claros, Señor forastero, la muger por sì sola es una criatura dócil y flexíble. Por mas que el desenfreno de los jóvenes se empeñe en pintarla como un dechado de flaquezas, yo veo lo contrario. Veo que es un fiel traslado del hombre, con

quien vive. Si una muger jóven, poderosa y con mérito halla en su marido una pasion de razon de estado, un trato desabrido, y un mal concepto de su sexô en lo restante de los hombres, ¿ qué mucho que proceda mal ? Mi ama tiene pocos años, mas que mediana hermosura, suma viveza, y lo que llaman mucho mundo. Quando se desposó con mi amo halló en su esposo un hombre amable, juicioso, lleno de virtudes: halló un compañero, un amante, un maestro, todo en un solo hombre igual á ella hasta en las accidentales circunstancias de lo que llaman nacimiento; por todo lo qual habia de ser, y continuar siendo buena. No es tan mala la naturaleza, que pueda resistirse á tanto exemplo de bondad. No he olvidado, ni creo que jamás pueda olvidar un lance, en que acabó de acreditarse en mi concepto de muger singular ó ùnica. Pasaba por estos paises parte del exército que iba á Portugal. Mi amo hospedó en casa algunos Señores, à quienes habia conocido en la Corte. Uno de ellos se detuvo algun tiempo mas para convalecer de una enfermedad que le sobrevino. Gallarda presencia, conversacion graciosa, nombre ilustre, equipage magnífico, desembarazo cortesano y edad propia á las empresas amorosas, le dieron algunas alas para tocar un dia delante de mi ama especies, al parecer, poco ajustadas al decoro, que siempre ha reynado en esta casa. ¡ Quán discreta anduvo mi Señora ! El jóven se avergonzó de su misma confianza. Mi amo no pudo entender el asunto de que se trataba; y con todo esto, la oí llorar en su quarto, y quejarse del desenfreno del militar.

Contando otras cosas de este tenor de las vidas de sus amos, me detuvo el buen criado toda la noche; y por no molestar á mis huespedes, me puse

en

en camino al amanecer, dexando dicho, que á mi vuelta à Madrid me detendria una semana en su casa.

¿ Qué te parece de la vida de este hombre ? ¿ Es de las pocas que pueden ser apetecidas ? Es la ùnica que me parece envidiable.

CARTA LXX.

De Nuño à Gazel en respuesta de la anterior.

Veo la relacion que me haces de la vida del huésped, que tuviste por la casualidad tan comun en España de romperse un coche de camino. Conozco que ha congeniado contigo aquel caràcter y retiro. La enumeracion que me haces de las virtudes y prendas de aquella familia, sin duda han de tener mucha simpatía con tu buen corazon. El gustar de sus semejantes es una calidad, que dias ha se ha descubierto propia de nuestra naturaleza, pero con mas fuerza entre los buenos, que entre los malos; ó por mejor decir, solo entre los buenos se halla esta simpatía, pues los malvados se miran siempre con notable recelo unos á otros, y si se tratan con aparente intimidad, sus corazones están siempre tan separados, como estrechados sus brazos y apretadas sus manos: doctrina en que me confirma tu amigo Ben-Beley. Pero, Gazel, volviendo á tu huèsped y otros de su caràcter, que no faltan en las Provincias y de los quales conozco no pequeño nùmero, ¿ no te parece lastimosa para el estado la pérdida de unos hombres de talento y mérito, que se apartan de las carreras ùtiles á la repùblica ? ¿ No crees que todo individuo está obligado à contribuir al bien de su patria con todo esmero ? Apár-

tense del bullicio los inútiles y decrepitos, que son de mas estorbo que servicio: pero tu huésped y sus semejantes están en edad de servir al bien público, y lo deben procurar y buscar las ocasiones de ello aun á costa de toda especie de disgustos. No basta ser buenos para sí, y para otros pocos, es preciso serlo, ó procurar serlo para el total de la nacion. Es verdad, que no hay carrera en el estado que no esté sembrada de abrojos; pero no deben espantar al hombre que camina con firmeza y valor. La milicia estriva toda en una subordinacion poco ménos rígida que la esclavitud que hubo entre los Romanos: no ofrece sino trabajo de cuerpo á los bisoños, y de espìritu á los veteranos: no promete jamás premio, que pueda asì llamarse, respecto de las penas con que amenaza continuamente. Heridas y pobreza son lo que queda para la vejés al soldado que no muere en el polvo de alguna batalla en el campo, ó entre las tablas de un navio de guerra. Son además tenidos en su misma patria por ciudadanos despegados del gremio; no falta Filósofo que los llame verdugos; ¿y qué Gazel? ¿por eso no ha de haber soldados? ¿no han de entrar en la milicia los mayores próceres de cada pueblo? ¿no ha de mirarse esta carrera como la cuna de la nobleza?

La toga es exercicio no ménos duro. Largos estudios, áridos y desabridos consumen la juventud del Juez: á estos suceden un continuo afan y retiro de las diversiones: y luego hasta morir, una obligacion diaria de juzgar de vidas y haciendas agenas, arreglándose à una obscura letra de dudoso sentido y de escrupulosa interpretacion, y adquiriéndose continuamente la malevolencia de tantos como caen baxo la vara de la justicia: ¿y no ha de haber

por

por eso Jueces ? ¿ no se ha de seguir una carrera que tanto se parece á la esencia divina en premiar al bueno y castigar el malo? Lo mismo puede ofrecer para espantarnos la vida de palacio y aun mucho mas mostrándonos la precision de vivir con un perpetuo ardid, que muchas veces no basta para mantenerse el palaciego. Mil acasos no previstos deshacen los mayores esfuerzos de la prudencia humana. Edificios de muchos años se arruinan en un instante; mas no por eso han de faltar hombres que se dediquen à aquel modo de vivir.

Las ciencias que parecen influir dulzura y bondad, y llenar de satisfacion á quien las cultiva, con todo eso no ofrecen sino pesares. ¡ A quánto se expone el que de ellas saca razones para dar á los hombres algun desengaño, ó enseñarles alguna verdad nueva! ¡quántas pesadumbres le acarrea! ¡quántas, y quán siniestras interpretaciones suscitan la envidia, ó la ignorancia, ó ambas juntas, ó la tiranía, valiéndose de ellas! ¡ quánto pasa el sabio que no supo lisongear al vulgo! ¿ y por eso se han de dexar las ciencias ? ¿ y por el miedo á tales peligros han de abandonar los hombres lo que tanto pule su racionalidad, y la distingue del instinto de los brutos ?

El hombre que conoce la fuerza de los vínculos que lo ligan à la patria, desprecia todos los fantasmas producidos por una mal colocada filosofía, que le procura espantar, dice: patria, voy á sacrificarte mi quietud, mis bienes y vida. Corto sería este sacrificio, si se reduxera á morir: voy á exponerme á los caprichos de la fortuna, y à los de los hombres aun mas caprichosos que ella. Voy à sufrir el desprecio, la tiranía, el odio, la envidia, la traicion, la inconstancia, y las infinitas y crueles

les combinaciones, que nacen del conjunto de todas ellas, ó de muchas.

No me dilato mas, aunque fuèra muy fácil, sobre esta materia. Creo, que lo dicho baste para que formes de tu huèsped un concepto mènos favorable. Conocerás, que aunque sea hombre bueno, serà mal ciudadano; y que el ser buen ciudadano es una obligacion verdadera de las que contrae el hombre al entrar en la república, si quiere que esta lo abrace; y aun mas si quiere que esta lo estime, y que no lo mire como à extraño. El patriotismo es de los entusiasmos mas nobles que se han conocido para llevar el hombre à despreciar peligros y emprender cosas grandes; y por consiguiente para conservar los estados.

CARTA LXXI.

Del mismo, al mismo.

A estas horas habràs ya leido mi última contra el entusiasmo de la quietud particular; y aunque sea molestarte, he de continuar èsta donde dexè aquella.

La conservacion propia del individuo es tan opuesta al bien comun de la Sociedad, que una nacion compuesta toda de Filósofos no tardaría nada en arruinarse.

Aqui estaba roto el manuscrito, con lo que se priva al publico de la continuacion de un asunto tan plausible.

CAR-

CARTA LXXII.

De Gazel à Ben-Beley.

Hoy he asistido por mañana y tarde á la mayor diversion de los Españoles que te contaré quando esté mi mente mas capàz para ello. Hablo de las que llaman corridas de toros, que segun todo Autor extrangero, y segun todo hombre sensato, es diversion de gentiles: pues consiste en ver exponer la vida de los hombres, fiada solo en lo que con mayor razon merece nombre de barbaridad, que de habilidad en jugar con semejantes fieras. Desde ahora te puedo asegurar, que ya no me parecen extrañas las mortandades de abuelos nuestros, que dicen sus historias en las batallas de Clavijo, Salado, Navas y otras, si las executaron hombres agenos de todo luxo, austéros de costumbres, y acostumbrados desde niños à pagar dinero, por ver derramar sangre, teniendo esto por diversion, y aun por ocupacion dignísima de los primeros nobles. Esta especie de barbaridad los hacìa sin duda feroces, acostumbràndolos à divertirse con lo que suele causar desmayos à hombres de mucho valor la primera vez que asisten á este espectàculo.

CARTA LXXIII.

Del mismo, al mismo.

Cada dia, admira mas y mas la série de varones grandes que se lee en la genealogia de los Reyes de la casa que ocupa actualmente el trono de España. El presente empezó su reynado perdonando las deu-

deudas que habian contraido provincias enteras por los años infelices, y pagando las que tenian sus antecesores para con sus vasallos. Con haber dexado las deudas en el estado en que las halló, sin cobrar ni pagar, qualquiera lo hubiera tenido por equitativo, y todos hubieran alabado su benignidad; pues teniendo en su mano el arbitrio de ser Juez y Parte, pareceria suficiente moderacion la de no cobrar lo que podia; pero se condenó á sí mismo, y absolvió á los otros, dando de este modo un exemplo de justificacion mas estimable que un Código entero, que hubiera publicado sobre la justicia y el modo de administrarla. Se olvidó de que era Rey, y solo se acordó de que era padre.

Su hermano, y predecesor en su reynado, Fernando, en lo pacìfico confirmó á la nacion, en que era el nombre que tenia siempre buen agüero para España.

Su mayor hermano Luis duró poco, pero lo bastante para que se llorase mucho su muerte.

Su padre Felipe fué héroe, y fué Rey, sin que sepa la posteridad, en qué clase de estas dos colocarlo, sin agraviar á la otra. Vivo retrato de su progenitor Henrique IV tuvo al principio de su reynado una mano levantada para vencer y otra para aliviar á los vencidos. Su pueblo se dividió en dos, y èl tambien dividió en dos su corazon para premiar á unos y perdonar á otros. Los pueblos que lo siguieron fieles, hallaron un padre que los alhagaba, y los que se apartaron de él, hallaron un Maestro que los corregìa. Tenian que admirarle los que no lo amaban; y si los leales lo hallaban bueno, los otros lo hallaban grande. Como la naturaleza humana es tal, que no puede tardar en querer al mismo à quien admira, murió reynando sobre todas

das las provincias. Solo le faltó lograr una paz estable, en que poder gozar el fruto de sus fatigas.

Sus ascendientes reynaron en Francia. Léanse sus historias con reflexîon, y se verá, que era aquella monarquía ántes de Henrique IV, y qué papel tan diferente ha hecho desde que la mandan los descendientes de aquel gran Príncipe.

CARTA LXXIV.

Del mismo, al mismo.

Ayer me hallé en una concurrencia, en que se hablaba de España, su estado, su religion, su gobierno, de lo que es, de lo que ha sido, &c. Admiróme la eloqüencia, la eficacia y el amor con que se hablaba, tanto mas quanto noté, que excepto Nuño, que era el que ménos se explicaba, ninguno de los concurrentes era Español. Unos daban al público los hermosos efectos de sus especulaciones, para que esta Monarquía tuviese cien navios de línea en poco mas de seis meses: otros, para que la poblacion de sus Provincias se duplicase en ménos de quince años: otros, para que el oro y plata de América se quedase todo en la península: otros, para que las fábricas de España desbancasen todas las de Europa; y así de lo demás.

Muchos apoyaban sus discursos con paridades sacadas de lo que sucede en otros paises. Algunos pretendian, que no les movia mas objeto, que hacer bien á esta nacion, contemplándola con dolor atrasada en mas de siglo y medio, respecto de las otras: otros, en fin, por varios otros motivos.

Harto se hizo en tiempo de Felipe V, no obstante sus largas y sangrientas guerras, dixo uno. Tal

quedó en la muerte de Cárlos II, dixo otro. Fué muy desidioso, añadió otro, Felipe IV, y muy desgraciado su Ministro el Duque de Olivares.

¡Ay caballeros! dixo Nuño; aunque todos Vms tengan la mejor intencion, quando hablan de remediar los atrasos de España; aunque todos tengan el mayor interes en trabajar á restablecerla; por mas que la miren con el amor de patria, digamoslo así, adoptiva, es imposible que acierten. Para curar á un enfermo no bastan las noticias generales de la facultad, ni el buen deseo del profesor. Es preciso, que este tenga un conocimiento particular del temperamento del paciente, del origen de la enfermedad, de sus incrementos, y de sus complicaciones, si las hay. Querer curar toda especie de enfermos y de enfermedades con un mismo medicamento, no es medicina, sino lo que llaman charlatanería, no solo ridícula en quien la profesa, sino dañosa para quien la usa.

En lugar de todas esas especulaciones y proyectos, me parece mucho mas sencillo otro sistema nacido del conocimiento que Vms. no tienen, y se reduce á esto poco. La Monarquía Española nunca fué mas feliz por dentro, ni tan respetada por fuera, como en la época de la muerte de Fernando el Católico. Véase, pues, què máxîmas entre las que formáron juntas aquella excelente política, han decaido de su antiguo vigor: vuelvaseles á dar este, y tendrémos la Monarquía en el mismo pie, en que la halló la casa de Austria. Cortas variaciones respecto al sistema actual de Europa, bastan en vez de todas esas que Vms. han amontonado.

¿Quièn fuè Fernando el Católico? preguntò uno de los que habian perorado. ¿Quièn fuè ese? preguntò otro. ¿Quièn, quièn? preguntaron todos los demas.

¡Ay

¡Ay necio de mí! exclamó Nuño, perdiendo algo de su natural quietud; ¡necio de mí! que he gastado tiempo en hablar de España, con gentes que no saben quién fuè Fernando el Catòlico. Vamonos, Gazel.

CARTA LXXV.

Del mismo, al mismo.

Al entrar anoche en mi posada, me hallè con una Carta, de que te remito copia. Es de una christiana, á quien apènas conozco. Te parecerá muy extraño su contenido, que dice así:

Acabo de cumplir veinte y quatro años, y de enterrar mi último esposo de seis que he tenido en otros tantos matrimonios en el espacio de poquísimos años. El primero fuè un mozo de poca mas edad que la mia, bella presencia, buen mayorazgo, gran nacimiento, pero ninguna salud. Habia vivido tanto en sus pocos años, que quando llegó á mis brazos, ya era cadáver. Aun estaban por estrenar muchas galas de mi boda, quando tuve que ponerme luto. El segundo fuè un viejo que habia observado siempre el mas rígido celibatismo; pero heredando por muertes y pleytos unos bienes copiosos y honoríficos, su abogado le aconsejò que se casase; su Mèdico hubiera sido de otro dictamen. Muriò de allí á poco, llamándome hija suya; y juro, que como á tal me habia tratado desde el primer dia, hasta el último. El tercero fuè un Capitan de granaderos, mas hombre, al parecer, que todos los de su compañia. La boda se hizo por poderes desde Barcelona; pero picándose con un compañero suyo en la luneta de la Opera, se fuèron á

tomar el ayre juntos á la esplanada, y volviò solo él compañero, quedando mi marido por allá. El quarto fuè un hombre ilustre y rico, robusto y jòven, pero tan jugador de corazon, que ni aun la noche de la boda durmiò conmigo, porque la pasò en una partida de banca. Diome esta primera noche tan mala idea de las otras, que lo mirè siempre como huesped en mi casa, mas que como precisa mitàd mia en el nuevo estado. Pagòme en la misma moneda, y muriò de allí á poco de resultas de haberle tirado un amigo suyò un candelero á la cabeza sobre no sè que equivocacion de poner á la derecha una carta, que habia de estar á la izquierda. Nó obstante todo esto, fuè el marido que mas me ha divertido, à lo mènos por su conversacion, que era chistosa, y siempre en estilo de juego. Me acuerdo, que estando un dia comiendo con bastantes gentes en casa de una dama, algo corta de vista, le pidiò de un plato que tenia cerca, y èl le dixo: señora, à la talla anterior pudo qualquiera haber apuntado, que habia bastante fondo; pero aquel caballero que come y calla, acaba de hacer à este plato una doble paz de paroli con tanto acierto, que nos ha desbancado. Es un apunte terrible à este juego.

El quinto, que me llamò suya, era de tan corto entendimiento, que nunca me hablò sino de una prima que tenia, y à quien queria mucho. La prima se muriò de viruelas à pocos dias de mi casamiento, y el primo se fuè tras ella. Mi sexto y último marido, fuè un sabio. Estos hombres no suelen ser buenos muebles para maridos. Quisò mi mala suerte, que en la noche de mi casamiento se apareciese un cometa, ò especie de cometa. Si algun fenòmeno de èstos ha sido cosa de mal agüero, ningu-

guno lo fuè tanto como este. Mi esposo calculò, que el dormir con su muger, sería cosa periòdica de cada veinte y quatro horas; pero que si el cometa volvia, tardaria tanto en dar la vuelta, que èl no lo podria observar, y así dexò aquello por esto, y se saliò al campo à hacer sus observaciones. La noche era fria, y lo bastante para darle un dolor de costado, del que muriò.

Todo esto se hubiera remediado, si yo me hubiera casado una vez à mi gusto, en lugar de sujetarlo seis veces al de un padre que cree lá voluntad de una hija, cosa que no debe entrar en cuenta para el casamiento. La persona que me pretendia, es un mozo, que me parece muy igual à mí en todas calidades; y que ha redoblado las instancias cada vez que yo he enviudado; pero en obsequio de sus padres tuvo que casarse tambien contra su gusto el mismo dia que yo contraxe matrimonio con mi astrònomo.

Estimarè al Señor Gazel, me diga què uso ò costumbre se sigue en su tierra en esto de casarse las hijas de familia, porque aunque he oido muchas cosas que espantan de lo poco favorables que nos son las leyes mahometanas, no hallo distincion alguna entre ser esclava de un marido ò de un padre; y mas quando de ser esclava de un padre, resulta tener marido como en el caso presente.

CARTA LXXVI.

Del mismo, al mismo.

Son infinitos los caprichos de la moda. Uno de los actuales es, escribirme Cartas algunas mugeres que no me conocen sino de nombre, ó por oirme,

ó por hablarme, ó por ambas cosas. Desde que se divulgó la esquela que me escribió la primera, y yo te remití, se han puesto muchas en este pie. Te remitiré igualmente las que me parezcan dignas de pasar el mar, para divertir á un sabio Africano con extravagancias européas; y sin perder correo, allá va esa copia. Depon por un rato, mi venerable Ben-Beley, el serio respeto de tu edad y carácter. Te he oido mil veces, que algun rato, empleado en pasatiempo, suele dexar el espíritu mas descansado, para dedicarse á sublimes especulaciones. Me acuerdo de haberte visto cuidar de un páxaro en la jaula, y de una flor en el jardin: nunca me pareciste mas sabio. El hombre grande nunca es mayor que quando se baxa á nivel de los demas hombres; sin que eso le quite el remontarse despues á donde lo encumbre el rayo de la suprema esencia que nos anima. Dice, pues, así la Carta:

Señor moro: las Francesas tienen cierto pasatiempo que llaman *coqueteria*, y es engaño, que hace la muger á quantos hombres se le presentan. La coqueta lo pasa muy bien, porque tiene á su disposicion todos los jóvenes de algun mérito, y se lisongea mucho el ídolo del amor propio con tanto incienso. Pero como los Franceses toman, y dexan con bastante ligereza algunas cosas, y entre ellas las del amor, las conseqüencias de mil coquetinas en perjuicio de un mozo se reducen, á que el tal lo reflexîona un minuto, y se va con su incensario á otro altar. Los Españoles son mas formales en esto de enamorarse; y como ya todo aquel antiguo aparato de galanteo, obstáculos que vencer, dificultades que prevenir, criados que cohechar: como todo esto, digo, se ha desvanecido, empiezan á padecer desde el instante que se enamoran

ran de una coqueta; y suele parar la cosa en que el amante, luego que conoce la burla que le han hecho, se muere, se vuelve loco, y á mejor librar, piensa en ausentarse desesperado. Yo soy una de las mas famosas en esta secta; y no puedo ménos de acordarme con satisfaccion propia de las víctimas que se han sacrificado en mi templo, y por mi culto. Si en Marruecos nos dan algun dia semejante despotismo (que será en el mismo instante que se anulen las austéras leyes de los serrallos) y si las señoras Marruecas quisiesen admitir unas quantas Españolas para Catedráticas de esta nueva ciencia, hasta ahora desconocida en Africa, prometo que entre mis lecciones, y las de una media docena de amigas mias, saldrá en breve tiempo suficiente número de discipulas, para que paguen los musulmanes á pocas semanas todas las tiranías que han exercido sobre nosotras, desde el mismo Mahoma hasta el dia de la fecha; pues aumentando el dominio de mi sexô sobre el masculino en proporcion del calor del clima (como se ha experimentado en la corta distancia del paso de los Pirineos) deben esperar las coquetas Marruecas un despotismo, que apénas cabe en la imaginacion humana, sobre todo en las Provincias meridionales de aquel Imperio.

CARTA LXXVII.

Del mismo, al mismo.

Los trámites del nacimiento, aumento, decadencia, pérdida, y resurreccion de las ciencias y artes dexan tal séria de efectos, que se ven en cada periodo de estos los influxos del anterior. Pero quando se hacen mas notables es, quando despues de

la

la Era del mal gusto, al tocar ya en la del bueno, se conocen claramente los malos efectos de aquel, haciendo la debida contraposicion: y si esto se advierte con lástima en las ciencias positivas y artes serias, se echa de ver con risa en las facultades de poco adorno, como eloqüencia y poesía.

Ambas decayeron en España á la mitad del siglo pasado, como lo restante de la Monarquía. Intentan volver ámbas á levantarse en el actual; pero no obstante el fomento dado á las ciencias; á pesar de la resurreccion de los Autores buenos españoles del siglo XVI; sin embargo de las traducciones de los extrangeros modernos; aun despues del establecimiento de las Academias; y en medio de la mofa con que algunos españoles han ridiculizado la hinchazon, y todos los vicios del mal lenguage, se ven de quando en quando algunos efectos de la mala retórica y poesía de la última mitad del siglo pasado. Algunos ingenios mueren todavía, digámoslo así, de la misma peste de que pocos escapáron entónces. Varios Oradores y Poetas de estos dias parece que no son sino sombras ó almas de los que murieron cien años há; y que han vuelto al mundo para continuar los discursos que dexáron pendientes quando espiraron, ó para espantar á los vivos.

Nuño me decia esto mismo anoche, y añadió: esta es suma verdad y patente; pero con particularidad en los títulos de libros, papeles y comedias. Aquí tengo una lista de títulos extraordinarios de obras que han salido al público con toda solemnidad de veinte años á esta parte, haciendo poco honor á nuestra literatura, aunque su contenido no dexe de tener muchas cosas buenas, de lo que prescindo.

Sacò su cartera, aquella cartera de que te he hablá-

blado tantas veces; y despues de papelear, me dixo: toma y lee. Tomé y leí, y decia de este modo: lista de algunos títulos de libros, papeles y comedias, que me han dado golpe, publicados desde el año de 1757, quando ya era creible que se hubiera acabado toda hinchazon y pedantería.

1°. *Los zelos hacen estrellas, y el amor hace prodigios.* Decia al márgen de letra de Nuño: no entiendo la primera parte de este título.

2°. *Medúla entropólica que enseña á jugar á las damas con espada y broquel, corregida y aumentada.* La nota marginal decia: estábamos todos en que el juego de las damas, así como el del axedréz, era diversion de mucha cachaza, excelente para una aldea tranquila, propia de un Capitan de Caballería que está dando verde á su compañia, con el Boticario ó Fiel de Fechos del Lugar, miéntras dan las doce, para ir á comer el puchero; pero el Autor medular eutropòlico nos da una idea tan honrosa de este pasatiempo, que me alegro mucho de no ser aficionado á este juego; porque esto de ir un hombre armado con espada y broquel, quando creía que solo se trataba de un poco de diversion mansueta, sosegada y flemática, es chasco temible.

3°. *Arte de bien hablar, freno de lenguas, modelo de hacer personas, entretenimiento útil, y camino para vivir en paz.* Al márgen se leian estos renglones: este es mucho tìtulo, y lo de hacer personas es mucha obra.

4°. *Nueva Mágica experimental y permitida. Ramillete de excelentes flores, así aritméticas, como físicas, astronómicas, astrológicas, graciosos juegos, repartidos en un manual Kalendario para el presente año de* 1761. Sin duda enfadò mucho este tìtulo á mi amigo Nuño, pues al márgen habia

puesto de malìsima letra, como temblandole el pulso de pura còlera: si se lee este tìtulo dos veces seguidas á qualquiera estatua de bronce, y no se hace pedazos de risa ò de rabia, digo, que hay bronces mas duros que los mismos bronces.

5°. *Zumba de pronósticos, y pronóstico de zumba.* Zumbando me quedan los oidos con el retruécano, decia la nota del márgen.

6°. *Manojito de diversas flores, cuya fragrancia descifra los misterios de la Misa y Oficio Divino: dá esfuerzo á los moribundos, y ahuyenta las tempestades.*

7°. *Eternidad de diversas eternidades.*

8°. *Arco Iris de Paz, cuya cuerda es la Contemplacion y Meditacion para rezar el Santísimo Rosario de nuestra Señora. Su aljava ocupan* 160 *consideraciones, que tira el amor divino á todas sus almas.*

9°. *Sacratísimo antídoto el nombre inefable de Dios contra el abuso de agur.* Al márgen de este tìtulo y de los antecedentes, habia: siento mucho que para hablar de los asuntos Sagrados de una Religion verdaderamente divina, y por consiguiente digna de que se trate con la mas profunda circunspeccion, se usen expresiones tan estravagantes, y metáforas tan ridìculas. Si semejantes locuciones fuéran sobre materias ménos respetables, se pudiera hacer buena mofa de ellas.

10°. *Historia de lo futuro. Prolegómeno á toda la Historia de lo futuro, en que se declara el fin, y se prueban los fundamentos de ella, traducida del Portugues.* La nota decia: alabo la diligencia del Traductor. Como si no tuviéramos bastante copia de hinchazon, pedanterìa y delirio, sembrada, cultivada, cogida y almacenada de nuestra propia cose-

secha, el buen hombre quiere introducirnos los productos de la misma especie de los extrangeros, por si nos viene algun mal año de este fruto.

11º *Antorcha para solteros, de chispas para casados.* Al márgen habia puesto mi amigo: este tìtulo es mas que ninguno. No hay en España quien lo entienda, como no lea la obra; y no es obra que convide á los Lectores por el tìtulo.

12º. *Ingeniosa y literal competencia entre Musa, Rey de los nombres, y amo, Rey de los verbos, á la que dió fin una campal y sangrienta batalla, que se diéron los vasallos de uno y otro Monarca: compuesta en forma de coloquio.* La nota marginal decia: por honor de mi patria sentiré muy mucho que pase los Pirineos este tìtulo. Si todos estos tìtulos fuéran de obras satìricas ò jocosas, pudiéran tolerarse, pero no quando son de sérias, y mucho ménos de Sagradas. Es harto sensible, que aun permanezca en España este abuso, quando ya se ha desterrado de lo restante del mundo, y mas quando en España misma se ha hecho por varios Autores tan repetidas y graciosas crìticas de ello; y es mas de estrañar aquì, que en alguna otra parte de Europa, respecto de que el genio español es dificil de transportarse en materias de entendimiento.

CARTA LXXVIII.

Del mismo, al mismo.

¿Sabes tú lo que es un verdadero Sabio Escolàstico? Pues mira, hazte cuenta que vas à oirlo hablar. Figúrate àntes, que ves un hombre muy seco, alto, muy lleno de tabaco, muy cargado de anteojos. Esta es la pintura que Nuño me hizo, y que

yo verifiqué ser muy conforme al original.

Para nada se necesitan, te dirà, dos años, ni uno siquiera de Retòrica. Con saber unas quantas docenas de voces largas de catorce ò quince sìlabas cada una, y repartirlas con estrépito, se compone una oracion de qualquier especie que sea.

La poesìa es un pasatiempo frìvolo. ¿Quièn no sabe hacer una dècima à una dama, à un Mèdico, &c? Si le dices que esto no es poesìa, que la poesia es una cosa inexplicable, y que solo se aprende y se conoce leyendo los Poetas griegos y latinos, y tal qual moderno: que la religion misma usa de la poesìa en las alabanzas del Criador: que la buena poesìa es la piedra del toque de una nacion ò siglo: que despreciando las expresiones ridìculas de equivoquistas, las poesìas heròycas y satìricas son las obras tal vez mas útiles à la república literaria, pues sirven para perpetuar la memoria de los hèroes, y corregir las costumbres de nuestros contemporaneos, no hace caso de tì.

La fisica moderna es un juego de tìteres. He visto esas que llaman màquinas de fisica experimental, agua que sube, fuego que baxa, hilos y alhambres, puro juguete para niños. Si le instas sobre las inmensas ventajas que resultan del conocimiento de la electricidad, de las leyes del movimiento, asì de los cuerpos sòlidos, como de los fluidos, de las propiedades de la luz, y de tantas otras maravillas de la naturaleza, te llamarà herege.

Pobre de tì, si le hablas de matemàticas. Embuste y pasatiempo, dirà èl muy grave. Aquì tuvimos à Don Diego de Torres, repetirà con mucha solemnidad; y nunca estimamos su facultad, aun sì mucho su persona por las sales y conceptos de sus obras. Si le dices, yo no sè nada de Don

Die-

Diego de Torres, sobre si fuè ò no gran matemàtico; pero sè, que las matematicas son y han sido siempre tenidas por un conjunto de conocimientos que fundan la única ciencia, que así pueda llamarse entre los hombres. Decir si ha de llover por Marzo, si harà frio por Diciembre, si han de morir algunas personas en este año, y han de nacer otras en el que viene: decir que tal Planeta tiene tal influxo, es sin duda un despreciable delirio, que Vms. han llamado matemàticas: y si creen que las matemàticas no son otra cosa diversa, no lo digan donde lo oigan gentes. La fisica, la navegacion, la construccion de navios, la fortificacion de plazas, la arquitectura civil, el acampamento de los exèrcitos, la fundicion, manejo y sucesos de la artillería, la formacion de caminos, el adelantamiento de todas las artes mecánicas, y otras partes mas sublimes, son ramos de esta facultad, y vean Vms. si estos ramos son útiles en la vida humana.

La medicina que basta, dirá él mismo, es lo extractado de Galeno, ó de Hipócrates, aforismos racionales, ayudados de buenos silogismos, bastan para constituir un Médico. Si le dices, que sin despreciar el mérito de aquellos dos grandes hombres, los modernos han adelantado en esta facultad por el mayor conocimiento de la anatomía y botánica que no tuviéron los antiguos; á mas de muchos medicamentos, como la quina y mercurio, que no se usáron hasta ahora poco, tambien hará burla de tí.

Así de las demás facultades. ¿ Pues cómo hemos de vivir con estas gentes? Muy fácilmente, responde Nuño. Dexémoslos gritar continuamente sobre la famosa qüestion que propone un satírico moderno, *utrum chimera, bombilians in vacuo, posit comeder e secundas intenciones.* Trabajémos nosotros

en

en las ciencias positivas, para que no nos llamen bárbaros los extrangeros. Haga nuestra juventud los progresos que pueda. Procure dar obras al público sobre materias útiles. Dexe morir á los viejos como han vivido: y quando los que ahora son mozos lleguen á edad madura, podrán enseñar públicamente lo que ahora estudian ocultamente. Dentro de dos años se ha de haber mudado el sistema científico de España insensiblemente y sin estrépito. Entónces verán las Academias extrangeras si tienen razon para tratarnos con desprecio. Si nuestros sabios tardan en igualarse con los suyos, tendrán la excusa de decirles: Señores, quando èramos jóvenes, tuvimos unos maestros que nos decian: *hijos mios, vamos á enseñaros todo quanto hay que saber en el mundo. Cuidado no tomeis otras lecciones, porque de ellas no aprendereis sino cosas frívolas, inútiles y aun dañosas.* Nosotros no teniamos gana de gastar el tiempo, sino en lo que nos pudiera dar conocimientos útiles y seguros, con que nos aplicamos á lo que oíamos. Poco á poco fuimos oyendo otras voces y leyendo otros libros, que si nos espantaron al principio, despues nos gustaron. Los empezamos á leer con aplicacion; y como vimos, que en ellos se contenian mil verdades, en nada opuestos á la religion, ni á la patria; pero sí á la preocupacion y desidia, fuimos dando varios usos á unos, y á otros cartapacios y libros escolásticos, hasta que no quedó uno. De esto ya ha pasado algun tiempo, y en él nos hemos igualado à Vms. aunque nos llevan siglo, y cerca de medio de delantera. Cuéntese, pues, por nada lo pasado, y pongamos la fecha desde hoy, suponiendo, que la península se hundió á mediados del siglo XVII, y ha vuelto á salir de la mar á últimos del XVIII.

CAR-

CARTA LXXIX.

Del mismo, al mismo.

Dicen los jóvenes: esta pesadéz de los viejos es insufrible. Dicen los viejos: este desenfreno de los jóvenes es inaguantable. Unos y otros tienen razon, dice Nuño. La demasiada prudencia de los ancianos hace imposibles las cosas mas fáciles; y el sobrado ardor de los jóvenes finge fáciles las cosas imposibles. En este caso no debe interesarse el prudente, añade Nuño, ni por uno, ni por otro lado, sino dexar á los unos con su còlera y á los otros con su flema. Tomar el medio justo, y burlarse de ámbos extremos.

CARTA LXXX.

Del mismo, al mismo.

Pocos dias há presencié una exquisita chanza que dieron á Nuño varios amigos suyos extrangeros, pero no de aquellos, que para desdoro de sus propias patrias, andan vagando el mundo, llenos de los vicios de todos los paises que han corrido por Europa, y traen á este rincon de ella el conjunto de todo lo malo que hay en esta parte del mundo, sino de aquellos que procuran estimar é imitar lo bueno de todas partes, y que por tanto deben ser admitidos muy bien en qualquiera de ellas. De estos trata Nuño algunos de los que residen en Madrid, y los quiere como á paisanos suyos, pues tales le parecen todos los hombres de bien del mundo, siendo para con ellos un verdadero cosmopolita, ò sea

ciu-

ciudadano universal. Zumbábanle, pues, sobre la facilidad con que los españoles de qualquier condicion y clase toman el tratamiento de *Don*. Como el asunto es digno de crítica, y los concurrentes eran personas de talento y buen humor, se les ofrecian una infinidad de ideas y de expresiones á qual mas chistosas, sin el empeño enfático de las disputas de escuela, sino con el donayre de las conversaciones de corte.

Un caballero Flamenco, que se halla en Madrid, siguiendo no sé que pleyto, dimanado de cierta conexîon de su familia con otra de este país, tronco de aquella, le decia lo absurdo que le parecia este abuso, y lo amplificaba, añadia y repetía: Don es el amo de una casa: Don, cada uno de sus hijos: Don, el *Domine* que enseña Gramática al mayor: Don, el que enseña á leer al chico: Don, el Mayordomo: Don, el Ayuda de Cámara: Doña, la Ama de llaves: Doña, la lavandera. Amigos, vamos claros, son mas los Dones de qualquiera casa, que los del Espíritu Santo.

Un Oficial reformado Francés, Ayudante de Campo del Marqués de Lede, hombre sumamente amable, que ha llegado á formar un excelente medio entre la gravedad española y la ligereza francesa, tomó la mano, y dixo mil cosas graciosísimas sobre el mismo asunto.

A este siguió un Italiano, de familia muy ilustre, que habia venido viajando por su gusto, y se detenia en España aficionado de la lengua castellana, haciendo una coleccion de los Autores Españoles, y criticándo con tanto rigor á los malos, como aplaudiendo con desinterés á los buenos.

A todo callaba Nuño; y su silencio aun me daba

ba mas curiosidad que la crítica de los otros. El no les interrumpió miéntras tuviéron que decir, y aun repetir lo dicho, y ni siquiera se mudaba de semblante. Al contrario parecia aprobar con su dictamen el de sus amigos con la cabeza que movia de arriba á abaxo, con las cejas que arqueaba, con los hombros que encogia. A mi parecer, significaba que no tenia que replicar en contra: hasta que cansados ya de hablar todos los concurrentes, les dixo poco mas ò ménos así:

No hay duda, que es extravagante el número de los que se usurpan el tratamiento de Don: abuso general en estos años, introducido en el siglo pasado, y prohibido expresamente en los anteriores. *Don*, significa *Señor*, como que es derivado de la voz latina *Dominus*. Sin pasar á los Godos, y sin fixar la vista en mas objeto que en los posteriores á la invasion de los moros, sabemos que solamente los Soberanos; y aun no todos ponian Don ántes de su nombre. Los Duques y grandes Señores lo tomáron despues con condescendencia de los Reyes: luego quedò en todos aquellos en quienes parecia bien; a saber, en todo Señor de vasallos. Siguiòse esta practica con tanto rigor, que un hijo segundo del mayor Señor, no siéndolo él mismo, no se ponia tal distintivo. Ni los empleos honoríficos de la Iglesia, toga y exército daban semejante adorno, aun quando recáian en personas de las mas ilustres cunas. Se firmaban con todos sus títulos por grandes que fuesen, se les escribia con todos sus apellidos, aunque fuesen los primeros de la Monarquía, como Còrdobas, Guzmanes, sin poner el Don; pero no se olvidaba el darlo al caballero particular mas pobre, como tuviese efectivamente algun Señorío, por pequeño que fuese. ¡En

quántos monumentos, y no muy antiguos, leemos inscripciones de este, ó semejante tenor: *aquí yace Juan Fernandez de Córdoba, Pimentel, Hurtado de Mendoza, y Pacheco, Comendador de Mayorga en la Orden de Alcantara, Maestre de Campo del tercio viejo de Salamanca, &c. &c.* Pero ninguno ponia *Don*, aunque le sobrasen tantos títulos sobre que recaer. Despues pareció conveniente tolerar, que las personas condecoradas con empleos de consideracion en el estado se llamasen así; y esto que pareció justo, demostró quanto lo era mas el rigor antiguo, pues en pocos años ya se propagó la Donemania (perdonen Vms. la voz nueva) de modo que en nuestro siglo todo el que no lleva librea, se llama D. fulano: cosa que no consiguiéron in illo tempore, ni Hernan Cortés, ni Sancho Dávila, ni Antonio de Leyva, ni Francisco Sanchez, ni los otros varones insignes en armas y letras.

Mas es, que la multiplicidad del Don lo ha hecho despreciable entre la gente de primorosa educacion. Llamar á uno Don Juan, Don Pedro es tratarlo de criado; es preciso decir, Señor Don, que es dos veces Don. Si el Señor Don llega á multiplicarse en el siglo que viene como el Don en este nuestro, ya no bastará el Señor Don para llamar á un hombre de forma, sin agraviarle, y será preciso decir Don Señor Don, y teniéndose igual inconveniente en lo futuro, irá creciendo el número de Dones y Señores en el de los siglos, de modo que dentro de algunos se pondrán las gentes en el pie de no llamarse las unas á las otras por el tiempo que se ha de perder miserablemente en repetir el Señor Don tantas, y tan inútiles veces.

Las gentes de Corte, que sin duda son las que ménos tiempo tienen que perder, ya han conocido

do este daño, y para ponerle competente remedio, si tratan á uno con alguna familiaridad, lo llaman por el apellido á secas, y sino se hallan todavia en este pie, le añaden el Señor al apellido sin el nombre de bautismo. Pero aun de aquí nace otro embarazo; porque si nos hallamos en una sala muchos hermanos, ó primos, ó parientes del mismo apellido, será menester distinguirnos por las letras del abecedario, como los matemáticos distinguen las partes de sus figuras; ó por números, como los Ingleses distinguen sus Regimientos de infantería.

A esto añadió Nuño otras mil reflexîones chistosas, y acabó levantándose con los demas para dar un paseo, diciendo: Señores, ¿qué le hemos de hacer? Esto prueba lo que mucho tiempo há se ha demostrado, á saber, que los hombres corrompen todo lo bueno. Yo lo confieso en este particular, y digo lisa y llanamente, que hay tantos Dones superfluos en España, como Marqueses en Francia, Barones en Alemania, y Príncipes en Italia: esto es, que en todas partes hay hombres que toman posesion de lo que no es suyo, y lo ostentan con mas pompa que aquellos á quienes toca legítimamente; y así en Francia hay un adagio, que dice aludiendo á esto: *Baron Allemand, Marquis François; & Prince d' Italie, mauvaise compagnie*, así tambien ha pasado á proverbio castellano el dicho de Quevedo.

Don Turuleque me llaman;
pero pienso que es adrede,
porque no sienta muy bien
el Don con el Turuleque.

CARTA LXXXI.

Del mismo, al mismo.

No es fácil de saber cómo ha de portarse un hombre para hacerse un mediano lugar en el mundo. Si uno aparenta talento ó instruccion, se adquiere el odio de las gentes, porque lo tienen por soberbio, osado, y capaz de cosas grandes. Si al contrario, uno es humilde y comedido, lo desprecian por inútil y necio. Si ven, que uno es algo cauto, prudente, y detenido, lo tienen por vengativo y traydor. Estas consideraciones, pesadas con madurez y confirmadas con tantos exemplos como abundan, le dan al hombre gana de retirarse á lo más desierto de nuestra Africa, huir de sus semejantes, y escoger la morada de los montes y bosques entre fieras y brutos.

CARTA LXXXII.

Del mismo, al mismo.

Yo me guardaré de creer que haya habido siglo en que los hombres hayan sido cuerdos. Las extravagancias humanas son tan antiguas como ridículas; y cada Era ha tenido su locura favorita. Pero así como el que entra en un hospital de locos, se admira del que ve en cada jaula, hasta que pasa á otra, en que halla otro loco mas frenético, así el siglo que ahora vemos, merece la primacia, hasta que venga otro que lo supere. El inmédiato será sin duda el superior; pero aprovechemos los pocos años que quedan de este para divertirnos, por

si no llegamos á entrar en el siguiente: y vamos claros, son muy excesivos sus delirios, singularmente el haber dado por falsos unos quantos axîomas, ó proposiciones que se tenian por principios sentados, é indubitables.

Yo tengo, dixo Nuño, dos amigos que á fuerza de estudiar las costumbres actuales, y blasfemar las antiguas, y á fuerza de querer sacar la quinta esencia del modernismo, han llegado á perder la cabeza, como puede acontecer á los que se empeñen mucho en hallar la piedra filosofal; pero lo mas singular de su desgracia, es la mania que han tomado; á saber, de exâminarse el uno al otro sobre ciertas máxîmas que tienen por indubitables. Para esto se hacen ciertas protestaciones de su mania, que todas estriban sobre las máxîmas comunes de nuestros infatuados hombres de moda. Visitándolos muchas veces, por si puedo contribuir á su restablecimiento, he llegado á aprender de memoria muchos de tus artículos, á mas de que he encargado al criado que los asiste, que apunte todo lo que oiga gracioso en este particular, y todas las mañanas me presente la lista. Oyelo por preguntas y respuestas, segun suelen repetirlas.

Pregunta. ¿Teneis por cierto que puede uno ser excelente soldado, sin haber visto mas fuego que el de una chimenea; y que solo baste llevar la vuelta de la manga muy estrecha; hablar mal de quantos Generales no dan buena mesa; decir que desde Felipe II acá, no han hecho nada nuestros exércitos; asegurar que à los veinte años de edad se pueden mandar cien mil hombres, mejor que con quarenta años de experiencia, quince funciones generales, quatro heridas y conocimiento del arte?

Respuesta. Si tengo.

Pre-

Pregunta. ¿Teneis por cierto, que se puede ser un famoso sabio, sin haber leido dos minutos al dia; sin tener un libro; sin haber tenido maestros; sin ser bastante humilde para preguntar; y sin tener mas talento que para baylar un minuete?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto, que para ser buen patriota, baste hablar mal de la patria; hacer burla de nuestros abuelos, y escuchar á nuestros peluqueros, maestros de bayle, operistas, cocineros, y sátiras despreciables contra la nacion; hacer como que habeis olvidado la lengua que os enseñó el ama de leche; hablar ridiculamente mal varios trozos de las extrangeras; y hacer ascos de todo lo que pasa, y ha pasado desde los principios por acá?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto, que para mantener el cuerpo fisico humano, son indispensables quatro horas de mesa con variedad de platos exquisitos, y mal sanos; café que debilita los nervios; licores que privan la cabeza; y despues un juego que arruina los bolsillos, contrayendo deudas vergonzosas para pagar?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto, que para ser buen padre de familia, basta no ver meses enteros á vuestra muger, sino á las agenas; arruinar vuestros mayorazgos; entregar vuestros hijos á un maestro alquilado, ó á vuestros lacayos, cocheros, ó mozos de mulas?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿Teneis por cierto, que para ser hombre grande basta negaros al trato civil; arquear las cejas; tener grandes equipages, grandes casas, y grandes vicios?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿ Teneis por cierto , que para contribuir de vuestra parte al adelantamiento de las ciencias , baste perseguir á los que las cultivan , y despreciar á los que quieran dedicarse á cultivarlas ; y mirar á un filósofo , á un poeta , á un orador , á un matemática , como un papagayo , á un mico , ó á un bufon ?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿ Teneis por cierto , que la suma y final bienaventuranza del hombre , consiste en tener un tiro de caballos frisones muy gordos , ó de potros cordobeses muy finos , ó de mulas manchegas muy altas ?

Respuesta. Si tengo.

Pregunta. ¿ Teneis por cierto , que si el siglo que viene abre los ojos sobre las ridiculeces del actual , será vuestro nombre y el de vuestros semejantes el objeto de la risa y mofa , y tal vez del odio y de la exêcracion ? ¿ Y no obstante vienes á prometer continuar viviendo en tales extravagancias ?

Respuesta. Tengo y prometo.

Luego suele callar el preguntante , y el otro le hace otras tantas preguntas , añadió Nuño. Lo sensible es , prosiguió diciendo , que no hagan catecismo completo análogo á esta especie de símbolo. Muy curioso estoy de saber , qué mandamientos pondrian , qué obras de misericordia , qué pecados , qué virtudes opuestas à ellos , qué oraciones. Los que han profesado esta secta , venerado sus misterios , asistido á sus ritos , procurado propagar su doctrina , suelen pasàr alegremente los años agradables de su vida. El alto concepto en que se tienen á sí mismos ; el sumo desprecio con que tratan á los otros ; la admiracion que les atrae el mundo fe-

me-

menino su porte extravagante; y en fin la ninguna reflexîon séria que pueda detener un punto su continuo movimiento, les dan sin duda una juventud muy gustosa; pero quando van llegando á la edad madura, y ven que van á caer en el mayor desayre, creo que se han de hallar en muy triste situacion. Se desvanece todo aquel torbellino de superficialidades, y se hallan en otra esfera. Los hombres serios, formales, é importantes no los admiten, porque nunca habian sido estimados por ellos; las mugeres los desconocen ya, porque los ven despojados de todas las prendas que los hacian apreciables en el estrado; y se me figura cada uno de ellos como el murcielago, que ni es pàxaro, ni raton.

¿En qué clase, pues, del estado se ha de colocar uno de estos, quando llega à la edad ménos ligera y deliciosa? ¡Qué amargos instantes tendrà, quando se vea en la imposibilidad de ser ni hombre ni niño! Le daràn envidia los hombres que van entrando en la edad que él ha pasado; y le causaràn extrañeza los hombres que se hallan con las canas que ya le van asomando. Si hubiese contraido la naturaleza, al tiempo de producirlo, alguna obligacion de mantenerlo siempre en la edad florida, moriria sin haver usado de su razon, embobado con los aparentes placeres y felicidades. Si conociendo lo corto de su juventud, hubiese mirado las cosas sólidas, se hallaria à cierto tiempo colocado en alguna clase de la república, mas, ó ménos feliz à la verdad, pero siempre con algun establecimiento. Quando en el caso del petimetre éste no tiene que esperar mas que mortificaciones y desayres desde el dia que se le arrugó la cara, se le pobló la barba, se le embasteció el cuerpo, y se le ahuecó

la

la voz; esto es, desde el dia que pudiera haber empezado á ser algo en el mundo.

CARTA LXXXIII.

Del mismo, al mismo.

Si yo creyera en los delirios de la astrología judiciaria, no emplearía mi vida en cosa alguna con mas gusto y curiosidad, que en indagar el signo que preside al nacimiento de los hombres literatos en Europa. En todas partes es sin duda desgracia, y muy grande, la de nacer con un grado mas de talento que el comun de los mortales; pero en España, dice Nuño, ha sido hasta ahora uno de los mayores infortunios que puede contraer el hombre al nacer. A la verdad, prosigue mi amigo, si yo fuera casado, y mi muger se hallára próxima à dar sucesion à mi casa, la diria con freqüencia: desea con mucha vehemencia tener un hijo tonto, verás qué vejez tan descansada y honorífica nos dá. Heredará á todos sus abuelos y tios, y tendrá robusta salud. Hará boda ventajosa y fortuna brillante. Será reverenciado en el pueblo y favorecido de los poderosos; y morirémos llenos de conveniencias. Pero si el hijo que tienes en tus entrañas saliere con talento, ¡quánta pesadumbre ha de prepararnos! Me estremezco al pensarlo, y me guardaré muy bien de decirtelo por miedo de hacerte malparir de susto. Sea qual sea el fruto de nuestro matrimonio, yo te aseguro, á fé de buen padre de familia, que no le he de enseñar á leer, ni á escribir, ni ha de tratar con mas gente que el lacayo de casa.

Dexémos la chanza de Nuño, y volvamos, Ben-Beley, á lo dicho. Apénas ha producido esta pe-

nínsula hombre superior á los otros, quando han llovido sobre él miserias hasta ahogarle. Prescindo de aquellos, que por su soberbia se atraen la justa indignacion del Gobierno, pues estos en todos los paises están expuestos á lo mismo. Hablando de las desgracias que han experimentado en España los sabios, inocentes de cosas que los hicieran merecedores de tales castigos, y que solo se los han adquirido en fuerza de la constelacion que acabo de decirte, y que forma el objeto de mi presente especulacion; quando veo que D. Francisco de Quevedo, uno de los mayores talentos que Dios ha criado, habiendo nacido con buen patrimonio, y comodidades, se vió reducido á una cárcel, en que se le agangrenaron las llagas, que le hacian los grillos, me da gana de quemar quantos libros veo.

Quando reflexîono que Fray Luis de Leon, no obstante su carácter en la Religion, y en la Universidad, estuvo muchos años en la mayor miseria de otra càrcel, algo mas temible para los christianos que el mismo patíbulo, me estremezco.

Es tan cierto este daño, tan seguras sus conseqüencias, y tàn espantoso su aspecto, que el Español que publíca sus obras hoy, las escribe con inmenso cuidado, y tiembla quando llega el tiempo de imprimirlas. Aunque le conste la bondad de su intencion, la sinceridad de sus expresiones, la justificacion del Magistrado, la benevolencia del público, siempre debe recelarse de los influxos de la estrella, como el que navega quando truena, aunque el navio sea de buena calidad, el mar poco peligroso, la tripulacion robusta y el piloto práctico, siempre se teme, que caiga un rayo y le abrase los palos, ó las xarcias, y aun tal vez se comunique à la Santa Bàrbara, encienda la pólvora y lo vuele todo.

De

De aqui nace que muchos hombres, cuyas composiciones serían útiles à la patria, las ocultan: y los extrangeros, al ver las obras que salen à luz en España, tienen à los Españoles en un concepto, que no se merecen. Pero aunque el juicio es falso, no es temerario, pues quedan escondidas las obras que merecerian aplausos. Yo trato poca gente; pero aun entre mis conocidos me atrevo à asegurar, que se pudieran sacar manuscritos muy especiales sobre toda especie de erudicion, que actualmente yacen como en el polvo del sepulcro, quando apénas habian salido de la cuna. De otros puedo afirmar tambien, que por un pliego que han publicado, han guardado noventa y nueve.

CARTA LXXXIV.

De Ben-Beley á Gazel.

No enseñes à tus amigos la Carta que te escribí, sobre eso que llaman fama pòstuma. Aunque ella sea una de las mayores locuras del hombre, es preciso dexarla reynar con otras muchas. Pretender reducir el genéro humano à solo lo que es moralmente bueno, es pretender que todos los hombres sean Filósofos, y esto es imposible. Despues de escribirte meses hà sobre este asunto, he considerado que el tal deseo es una de las pocas cosas que pueden consolar al hombre de mérito desgraciado. Puede serle muy fuerte alivio el pensar que las generaciones futuras le haràn la justicia que le niegan sus coetaneos; y soy de parecer que se han de dar todos los gustos posibles, y quantos consuelos pueda apetecer, aunque sean pueriles, como sean inocentes, al infelíz y cuitado animal llamado hombre.

CARTA LXXXV.

De Gazel à Ben-Beley, en respuesta à la anterior.

Bien me guardaré de enseñar tu Carta á algunas gentes. Me hace mucha fuerza que la esperanza de la fama póstuma es la única que puede mantener en pie á muchos que padecen la persecucion de su siglo, y apelan á los venideros: por consiguiente debe darse este consuelo, y qualquiera otro decente, aunque sea pueril, al hombre que vive en medio de tanto infortunio. No obstante, mi amigo Nuño dice, que ya es demasiado el numero de gentes, que en España siguen el sistema de la indiferencia sobre esta especie de fama. O sea caracter del siglo, ó espíritu verdadero de la filosofía, ó consequencia de la religion, que mira como vanas, transitorias y frívolas todas las glorias del mundo, lo cierto es, que es excesivo el número de los que miran el último de su exîstencia en este mundo.

Para confirmarme en ello, me contó la vida que hacen muchos, incapaces de adquirir tal fama. No solo hablo de la vida deliciosa de la Corte, y grandes Ciudades que son un lugar comun de crítica, sino de la de las Villas y Aldeas. El primer exemplo que sacó, fué el del huesped que tuve, y tanto estimé en mi primer viage por la península. A este siguieron otros varios muy parecidos á él, y concluyó, diciendo: son muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde, toman chocolate muy caliente, y agua muy fria; se visten; salen á la plaza; ajustan un par de pollos; oyen Misa, vuelven á la plaza; dan quatro paseos; se informan en qué esta-

tado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven á casa; comen muy despacio; duermen la siesta; se levantan; dan un paseo al campo; vuelven á casa; se refrescan; van á la tertulia; juegan à la malilla; vuelven à casa; rezan; cenan, y se meten en la cama.

CARTA LXXXVI.

De Ben-Beley á Gazel.

Pregunta à tu amigo Nuño su dictámen sobre un héroe, famoso en su país por el auxîlio que los Españoles han creido deberle en la larga série de batallas que se dieron sus abuelos y los nuestros por la posesion de esa península. En sus historias veo, que estando el Rey D. Ramiro con un puñado de vasallos suyos rodeado de un exército inumerable de moros, y siéndo su pérdida inevitable, se le apareció el tal héroe llamado Santiago, y le dixo, que al amanecer del dia siguiente, sin cuidar del número de sus soldados, ni del de sus enemigos, se arrojase sobre ellos confiado en la proteccion que él le traia del cielo. Añaden los historiadores, que asì lo hizo D. Ramiro, y ganó una batalla tan gloriosa, como hubiera sido temeraria, si se hubiese graduado la esperanza por las fuerzas. Los anales de España refieren otros lances de la misma especie. Dime, que hay en esto.

CAR-

CARTA LXXXVII.

De Gazel á Ben-Beley, en respuesta de la antecedente.

He cumplido con tu encargo. He comunicado à Nuño tu reparo sobre el punto de su historia que ménos nos puede gustar, si es verdadera; y mas nos haga reir si es falsa: y aun le he añadido algunas reflexîones de mi propia imaginacion. Si el Cielo, le decia yo, queria libertar tu patria del yugo africano ¿habia menester fuerzas humanas, la presencia efectiva de Santiago; y mucho ménos la de su caballo blanco, para derrotar el exército moro? El que lo ha hecho todo de la nada con sola su palabra, y con solo su querer, ¿necesitó acaso de una cosa tan material como la espada? ¿Creeis que los que están gozando del eterno bien, baxen à dar cuchilladas y estocadas á los hombres de este mundo? ¿No te parece mas conforme à lo que creemos de la Esencia Divina, el pensar; Dios dixo: huyan los moros, y los moros huyéron?

Esta conversacion entre un moro africano, y un christiano español, parecerá por lo ménos ociosa; pero entre dos hombres racionales de qualquiera religion y país, se puede muy bien tratar sin entiviar la amistad.

Respondióme Nuño con la dulzura natural que lo acompaña, y la imparcialidad que hace tan apreciables sus controversias.

De padres à hijos nos ha venido la noticia, de que Santiago se apareció à Ramiro en la memorable batalla de Clavijo; y que su presencia dió á los christianos la victoria sobre los moros. Aunque es-

esta época de nuestra historia no sea artículo de fé, ni demostracion de geometría, y por tanto pueda qualquiera negarla sin merecer el título de impío, ni el de irracional; parece no obstante, que tradiccion tan antigua se ha consagrado en España por la piedad de nuestro carácter nacional, que nos lleva á atribuir al Cielo las ventajas que han ganado nuestros brazos, siempre que estas nos parecen extraordinarias: lo qual contradice la vanidad y orgullo que nos atribuyen los extrangeros. Està humildad misma ha causado los mas gloriosos triunfos que ha tenido nacion alguna del orbe. Los dos mayores hombres que ha producido esta península, experimentaron en lances de la mayor entidad la importancia de ésta piedad en el Pueblo Español. Còrtés en América, y Cisneros en Africa viéron á sus soldados obrar portentos de un valor, verdaderamente mas que humano, porque sus exércitos viéron ó creyéron ver la misma aparicion. No hay disciplina militar; ni armas, ni ardides, ni método que infunda al soldado fuerzas tan invencibles, ni de efecto tan conocido, como la idea de que los acompaña un esfuerzo sobrenatural, y los guia un caudillo baxado del Cielo. De esta verdad quedáron tan persuadidas las generaciones inmediatas, que duró mucho tiempo en los exércitos Españoles la costumbre de invocar á Santiago al tiempo del ataque. La disciplina mas capaz de hacer un exército superior á otro, se puede facilmente copiar por qualquiera; la mayor destreza en el manejo de las armas; la mas científica construccion de ellas pueden imitarse. El mayor número de auxîliares aliados y mercenarios se pueden lograr con el dinero. Con el mismo medio se logran las espías, y se corrompen los confidentes. En fin, ninguna nacion guer-

guerrera puede tener la menor ventaja en una campaña, que no se le igualen los enemigos en la siguiente: pero la creencia de que baxa un campeon celestial á auxiliar á una tropa, la llena de un vigor inimitable. Mira, Gazel; los que pretenden destruir ciertas cosas, que el vulgo cree buenamente sin perjuicio de la Religion, y de cuya creencia resultan efectos útiles al Estado, no se hacen cargo de lo que sucederia, si el pueblo se metiese á Filósofo, y quisiese indagar la razon de cada establecimiento. El pensarlo me estremece; y es uno de los motivos que me irritan contra una sexta tan extendida en Europa, que quiere traer á juicio quanto hasta ahora, se ha tenido por mas evidente que una demostracion geométrica. De los abusos pasan á los usos, y de lo accidental à lo esencial. No solo niegan aquellos artículos, que pueden absolutamente negarse sin perjuicio de la Religion, sino que pretenden ridiculizar hasta los cimientos de la Religion misma, la revelacion y la tradicion; y con vanas lisonjas de libertad buscan el medio mas corto y eficaz de hundir el mundo entero en un caos moral el mas espantoso, en que se aniquile todo lo divino y humano. Dime, Gazel; si el hombre no esperàra otra vida, ¿en qué emplearía la presente? En todo género de delitos, por atroces y perjudiciales que fuéran.

A la verdad, amigo Ben-Beley, esta razon de Nuño me parece sin réplica. Lo que los libertinos se han empeñado en predicar y extender, ó es falso, ó verdadero. Si es falso, como con precision lo debe ser, son ellos muy reprehensibles por querer contradecir à la creencia de tantos siglos y Pueblos. Si por caso imposible fuera verdadero, sería un secreto mas importante que el de la piedra filoso-
fal,

tal, para deber ocultarlo, y mas peligroso que el de la mágica negra.

CARTA LXXXVIII.

De Ben-Beley á Gazel.

Veo, y apruebo lo que me dices sobre los varios trámites por donde pasan las naciones desde su formacion hasta su ruina total. Si cabe algun remedio para evitar la encadenacion de cosas que han de suceder á los hombres y á sus comunidades, no creo que lo haya, para prevenir los daños de la época del luxo. Este tiene demasiado atractivo para dar lugar á qualquiera otra persuasion; y así los que nacen en semejantes Eras, se cansan en valde, si quieren contrarrestar la fuerza de tan furioso torrente. Un Pueblo acostumbrado á delicadas mesas, blandos lechos, ropas finas, modales afeminadas, conversaciones amorosas, pasatiempos frívolos, estudios dirigidos á refinar las delicias, y lo restante del luxo, no es capaz de oir la voz de los que quieran demostrarle lo próximo de su ruina. Ha de precipitarse en ella como el rio en el mar. Ni las leyes suntuarias, ni las ideas militares, ni las guerras, ni las conquistas, ni el exemplo de un Soberano parco, austéro y sobrio, bastan á resarcir el daño que se introduxo insensiblemente.

Reiráse semejante nacion del magistrado, que queriendo resucitar las antiguas leyes, y austeridad de costumbres, castigue á los que las quebranten; del filósofo que declame contra la relaxacion; del General que hable alguna vez de guerras; nada de esto se entiende, ni aun se oye. ¿Se oirá tal vez al poeta que cante las glorias de los héroes de la pa-

tria? Buenos estamos: lo que se escucha con respeto, y se executa con esmero universal es todo lo que puede acelerar y completar la ruina total de la nacion. La invencion de un sorbete, de un peynado de un vestido, de un bayle, se tiene por prueba matemática de los progresos del entendimiento humano. La composicion nueva de una música deliciosa, de una poesía afeminada, de un drama amoroso se cuenta entre lás cosas mas útiles del siglo. A esto reduce la nacion todo el esfuerzo del ingenio racional: à un nuevo muelle de coche toda la matemática: à una fuente extraña, y à un teatro agradable toda la fisica: á mas olores fragantes toda la química: á modos de hacernos mas capaces de disfrutar placeres toda la medicina: á romper todos los vinculos de parentesco, matrimonio, lealtad, amistad y amor de la patria, toda la moral y filosofia.

Buen recibimiento tendria el que se llegase à un jóven de diez y ocho años, diciendole: amigo, yá estàs en edad de empezar á ser útil à tu patria; quitate esos vestidos, y ponte uno de lana del pais; dexa esos manjares deliciosos, y contentate con un poco de pan, vino, yerbas, vaca, y carnero; no pases siquiera por teatros y tertulias; vete al campo, saltá, corre, tira la barra, monta á caballo, mata un jabalí ó un oso, exercita tus fuerzas, criate robusto; casate con una muger honrada, robusta y trabajadora.

Poco mejor le iria al que llegase á una muger, y le dixese: ¿ Tienes ya quince años? Pues ya no debes pensar en ser niña, tocador, gabinete, coche, mesas, cortejos, teatros, nuditos, máscaras, encaxes, cintas, parches, aguas de olor, batas, deshabilles al fuego desde ahora. ¿ Quién se ha de casar

sar contigo, si te empleas en esos pasatiempos? ¿qué marido ha de tener la que no cria sus hijos à sus pechos? La que no sabe hacerle las camisas, cuidarlo en una enfermedad, gobernar su casa, y seguirle, si es menester à la guerra?

El pobre que fuése con estos sermones recibiria en pagó mucha burla y mofa. Esta especie de discursos, aunque muy ciertos y verdaderos en un siglo, apenas se entienden en otro. Sucede al pie de la letra à quien los profiere, como sucederia al que resucitase hoy en París, hablando Galo; ó en Madrid, hablando el lenguage de la antigua Numancia, y si al estilo añadia el trage y ademanes correspondientes, todos los desocupados (que són la mayor parte de los habitantes de las Cortes.) irian à verlo por curiosidad, como quien va à ver un pàxaro, ó un monstruo venído de lejanas tierras.

Si como me hallo en Africa apartado de la Corte del Emperador, separado del bullicio, y en una edad ya decrépita, me viese en qualquier Corte de las principales de Europa con pocos años, algunas introducciones y mediana fortuna, aunque me hallase con este conocimiento filosófico, no creas que yo me pusiese à declamar contra este desarreglo, ni à ponderar sus conseqüencias. Me pareceria tan infructuosa empresa, como la de querer detener el fluxo y refluxo del mar, ò el oriente y ocaso de los astros.

CARTA LXXXIX.

De Nuño á Gazel.

Las Cartas familiares que no tratan sino de la salud y negocios domésticos de amigos y conocidos, son las composiciones mas frias, é insulsas del mun-

do. Debieran venderse impresas, y tener los blancos necesarios para las firmas y fechas, con distincion de Cartas de padres à hijos, de hijos à padres, de amos à criados, de criados à amos, de los que viven en la Corte; de los que estan avecindados en las aldeas. Con este surtido, que podia venderse en qualquier libraria à precio hecho, se quitaria uno el trabajo de escribir una resma de papel llena de insulseses todos los años, y de leer otras tantas de la misma calidad, dedicando el tiempo à cosas mas útiles.

Si son de esta especie las contenidas en el paquete que te remito, y que me han enviado de Càdiz para tí, no puedo ménos de compadecerte. Pero creo, que entre ellas habrà muchas de Ben-Beley, en las quales no pueden ménos de hallarse cosas mas dignas de tu lectura.

Te remitiré en breve un extracto de cierta obra de un amigo mio, que està haciendo un paralelo entre el sistema de las ciencias de varios siglos y paises. Es increible, que habiéndose adelantado tan poco en lo substancial, haya sido tanta la variedad de dictámenes en diferentes épocas.

Hay nacion en Europa (y no es la Española) que pocos siglos há prohibió la Imprenta, despues todos los teatros, luego toda filosofia opuesta al peripateticismo; y succesivamente el uso de la quina: y al cabo dió en el extremo contrario. Quiso la misma hacer salir de la cascara en su país frio y humedo, los pàxaros traidos dentro de sus huevos de un clima caliente y seco. Otros de sus sabios se empeñáron en sostener, que los animales pueden procrearse, sin ser producidos del semen. Otros apuráron el sistema de la atraccion Nevvtoniána, hasta atribuirle la formacion de los fetos dentro de las

las madres. Otros dixèron, que los montes se han formado de la mar. Esta libertad ha trascendido de la fisica à la moral: han defendido algunos, que lo de *tuyo* y *mio* eran delirios formales. Qué en la igualdad de los hombres, es vicioso el establecimiento de gerarquias. Que el estado natural del hombre es la soledad, como el de la fiera en el monte. Los que no ahondamos tanto en las especulaciones, no podemos determinarnos à dexar las Ciudades de Europa, y pasar á vivir con los Hotentotes, Patagones, Araucanos, Iroqueses, Apalaches, y otros tales Pueblos, que sería mas conforme á la naturaleza, segun el sistema de estos filòsofos, ò lo que sean.

CARTA XC.

De Gazel á Nuño.

En la última Carta de Ben-Beley que me acabas de remitir segun tu escrupulosa costumbre de no abrir las que vienen selladas, me hallo con noticias que me llaman con toda prontitud á la Corte de mi patria. Mi familia acaba de renovar con otra ciertas disensiones antiguas, en las que dèbo tomar partido muy contra mi genio natural, opuesto á todo lo que es faccion, bando, y parcialidad. Un tio que pudiera manejar aquellos negocios, está lèjos de la Corte, empleado en un gobierno sobre las fronteras de los bàrbaros, y no es costumbre entre nosotros dexar las ocupaciones del caràcter publico por las del interes particular. Ben-Beley, sobre ser muy anciano, se ha totalmente apartado de las cosas del mundo; con que yo me veo absolutamente precisado à acudir à ellos. En este puerto se halla un navio Holandés, cuyo Capitan se obliga à lle-

llevarme hasta Ceuta, y de allí me serà muy fácil y barato el tránsito hasta la Corte. Es natural que toquemos en Málaga: dirigéme á aquella Ciudad las Cartas que me escribas; y encarga á algun amigo que tengas en ella, que las remita al de Cádiz, en caso que en todo el mes que empieza hoy, no me vea. Te aseguro, que el pensamiento solo de que voy à la Corte á pretender con los poderosos, y lidiar con los iguales, me desanima increiblemente.

Te escribiré desde Málaga y Ceuta, y à mi llegada. Siento dexar tan pronto tu tierra y tu trato. Ambos habian empezado á inspirarme ciertas ideas nuevas para mí hasta ahora, de las quales me habia privado mi nacimiento y educacion, influyèndome otras, que ya me parecen absurdas desde que medito sobre el objeto de las conversaciones que tantas veces hemos tenido. Grande debe de ser la fuerza de la verdad, quando basta à contrastar dos tan grandes esfuerzos. ¡ Dichoso amanezca el dia felíz, cuyas divinas luces acaben de disipar las pocas tinieblas que aun obscurecen lo oculto de mi corazon! No me ha parecido jamàs tan hermoso el sol despues de una borrasca, ni él mar tranquilo despues de una furiosa agitacion, ni el soplo blando del zéfiro despues del son horroroso del Norte, como me parecerà el estado de mi corazon, quando llegue à gozar la quietud que me prometiste, y empecè á experimentar en tus discursos. La privacion sola de tan grande bien me hace intolerable la distancia de las costas de Africa á las de Europa. Tratarè en mi tierra con tedio los negocios que me llaman, dexando en la tuya el único que merece mi cuydado: y al punto volverè à concluirlo, no solo à costa de tan corto viage, pero aun-

aunque fuese preciso el de la nave Española *la victoria*, que fué la primera que diò la vuelta al globo.

Hago ánimo de tocar estas especies à Ben-Beley. ¿ Que me aconsejas ? Tengo cierto recelo de ofender su rigor, y cierto impulso interior à iluminarlo, si aun està ciego; ó à que su corazon si ya ha recibido esta luz, la comunique al mio; y unidas àmbas, formen mayor claridad. Sobre esto espero tu respuesta, aun mas que sobre los negocios de pretension, cortes y fortuna.

FIN DE LAS CARTAS MARRUECAS.

NO-

NOTA.

El manuscrito contenia otro tanto como lo copiado hasta aquí, pero parte tan considerable quedarà siempre inedita por ser tan mala la letra, que no es posible entenderla. Esto me ha sido tanto mas sensible, quanto me movió à mayor curiosidad el índice de todas las Cartas, hasta el numero de ciento y cincuenta. Algunos fragmentos de las ùltimas que tienen la letra algo mas inteligible, aunque á costa de mucho trabajo, me aumentan el dolor de no poder publicar la obra completa. Los incluiria de buena gana aqui con los asuntos de las restantes, deseando ser tenido por editor exâcto y escrupuloso, tanto por hacer este obsequio al pùblico, quanto por no faltar à la fidelidad, respecto de mi amigo difunto; pero son tan inconexos los unos con los otros, y tan cortos los trozos legibles, que en nada quedaria satisfecho el deseo del lector: y así nos contentaremos uno y otro con decir, que así por los fragmentos, como por los títulos se infiere, que la mayor parte se reducia à Cartas de Gazel á Nuño, dándole noticia de su llegada à la Capital de Marruecos, su viage à encontrar à Ben-Beley, las conversaciones de los dos sobre las cosas de Europa, relaciones de Gazel, y reflexîones de Ben-Beley, regreso de Gazel à la Corte, su introduccion en ella, lances que alli le acaecen, Cartas de Nuño sobre ellos, consejos del mismo á Gazel, muerte de Ben-Beley.

Asuntos todos, que prometian ocasion de mostrar Gazel su ingenuidad, y su imparcialidad Nuño; y muchas noticias del buen viejo Ben-Beley: pero tal es el mundo, y tales los hombres que pocas veces vemos sus obras completas.

Pro-

PROTESTA LITERARIA

Del Editor de las Cartas Marruecas.

Oh *tempore* ! ¡ *Oh mores* ! exclamarán con mucho juicio algunos al ver tantas páginas de tantos renglones cada una. ¡ Obra tan voluminosa ! ¡ Pensamientos morales ! ¡ Observaciones críticas ! ¡ Reflexîones pausadas! ¿ y esto en nuestros dias? ¿ á nuestras barbas ? ¿ Cómo te atreves malvado Editor ó Autor, ó lo que seas, á darnos un libro tan pesado, tan grueso, y sobre todo, tan fastidioso ? ¿ Hasta quando has de abusar de nuestra benignidad? ¿ Ni tu edad, que aun no es madura, ni la nuestra, que aun es tierna, ni la del mundo, que nunca ha sido mas niño, te pueden apartar de tan pesado trabajo? Pesado para tí, que has de concluirlo; para nosotros, que lo hemos de leer; y para la prensa, que ahora habrá de gemir. ¿ No te espanta la suerte de tanto libro en folio que yace en el polvo de las librerías; ni te aterra la fortuna de tanto libro pequeño que se reimprime millares de veces, sin bastar su nùmero para tanto tocador y chimenea, que toma por desayre el verse sin ellos ? Satirilla mordaz y superficial, aunque sea contra nosotros mismos; suplemento ó segunda parte de ella; versos amorosos, y otras producciones de igual ligereza, pasen en buen hora de mano en mano; su estilo, de boca en boca; y sus ideas, de cabeza en cabeza: pasen, vuelvo á decir, una y mil veces en hora buena: nos agrada nuestra figura vista en este espejo, aunque el cristal no sea lisonjero: nos gusta el ver nuestro retrato pasar à la posteridad, aunque el pincel no nos adule; pero cosas sérias, como patriotismo, vasallage, crítica de la vanidad, progresos

de la filosofia, ventajas ó inconvenientes del luxo y otros artículos semejantes, no en nuestros dias. Ni tú debes escribirlas, ni nosotros leerlas. Por poco que permitièsemos semejantes ridiculeces, por póco estímulo que te diesemos, te pondrias en breve à trabajar sobre cosas totalmente graves. El estilo jocoso en tì es artificio: tu naturaleza es tétrica y adusta. Conocemos tu verdadero rostro, y te arrancarémos la màscara con que has querido ocultarte; no falta entre nosotros, quien sepa muy bien quien eres. De este conocimiento inferimos, que desde la obscuridad de tu estudio no has querido subir de un vuelo à lo lucido de la literatura, sino que primero has rastreado; despues te has elevado un poco; ahora no sabemos hasta donde querràs remontar tus alas. Ya sabe alguno de los nuestros que preparas al pùblico con estos papelillos para cosas mayores. Tememos, que manifestándote favor, imprimas algun dia los *Elementos del patriotismo*, pesadísima obra. Que quieras reducir à sistema las obligaciones de cada individuo del estado á su clase y al total. Si tal hicieras, esparcirìas una densìsima nube sobre todo lo brillante de nuestras conversaciones è ideas; lograrìas apartarnos de la sociedad frìvola del pasatiempo libre y de la vida ligera, señalando á cada uno la parte que le tocaria de tan gran fábrica, y haciendo odiosos à los que no se esmerasen en su trabajo. No, Vazquez, no lograràs este fin, si como eficaz medio para él, esperas congraciarte con nosotros. Vamos à cortar la raìz del àrbol, que puede dar tan malos frutos. Has de saber, que nos vamos á juntar todos en plena Asamblea, y à prohibirnos à nosotros mismos, à nuestras mugeres, hijos y criados tan odiosa lectura; y si aun así logras que alguno te lea, tambien lograré-
mos

mos darte otras pesadumbres. Cada uno te atacará por distinta parte: unos dirán, que eres malísimo christiano en suponer, que un moro como Ben-Beley dé tan buenos consejos á su discípulo, olvidándose, si es que lo han sabido, de que Cicerón; v. gr. gentil, los dió mejores á su hijo en su famoso libro *de Oficiis*. Otros gritarán, que eres mas bárbaro que todos los africanos (pues implica nacer en Africa, y ser racional) en decir, que nuestro siglo no es tan feliz como decimos nosotros, como si no bastára que nosotros lo dixeramos; y así de los otros asuntos de tus Cartas Marruecas, escritas en el centro de Castilla la Vieja, Provincia seca y desabrida, que no produce sino buen trigo y leales vasallos.

Esto soñé la otra noche, que me decian con ceño adusto, voz áspera, gesto declamatorio y furor exâltado unos amigos, al ver estas Cartas. Soñé tambien, que me volviéron las espaldas con ayre magestuoso, y me echaron una mirada capaz de aterrar al mismo Hércules.

Quál quedaría yo en este lance, es materia dignísima de la consideracion de mi piadoso, benigno, benévolo y amigo Lector, á mas de que soy pusilánime encogido y pobre de espíritu. Despertéme del sueño con aquel susto y sudor que experimenta el que acaba de soñar que ha caido de una torre, ó que lo ha cogido un toro, ó que lo llevan al patíbulo: y medio soñando y medio despierto, extendiendo los brazos, para detener á mis furibundos censores, y moverlos á piedad, hincándome de rodillas, y juntando las manos (postura de ablandar deydades, aunque sea Júpiter con su rayo, Neptuno con su tridente, Marte con su espada, Vulcano con su martillo, Pluton con sus furias, *et sic de cæteris*), les dixe dudando, si era sueño ó realidad:

sombras, visiones, fantasmas, protexto que desde hoy dia de la fecha no escribiré cosa que valga un alfiler: así como así, no vale mucho mas lo que he escrito hasta ahora: con que sosegaos, y sosegadme que me dexais qual dice Ovidio que quedó en cierta ocasion, aun mènos tremenda que esta:

Haud alitèr stupui, quàm qui, jovis ignibus ustus,
Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ.

Ya veis quan pronta es mi enmienda, pues ya empiezo uno de los infinitos rumbos de la ligereza, qual es la pedantería de estas citas, traidas de léjos arrastradas por los cabellos, y afectadas sin oportunidad.

Rompo los quadernillos del manuscrito que tanto os enfada: quemo el original de estas Cartas, y prometo, en fin, no dedicarme en adelante sino à cosas mas dignas de vuestro concepto.

IN-

INDICE DE ESTA OBRA.

Introduccion.
Carta I. . . . *Da noticia Gazel á Ben-Beley de su detencion en España, de su idea de viajar por ella, y de su amistad con Nuño. Le promete informarlo de quanto observe, y le pide, lo ayude con sus consejos*, pag. 3.
II. . . . . . . *Se toma tiempo Gazel para informar á su maestro, respecto á la diversidad que nota entre los Européos, y aun entre los mismos Españoles*, 5.
III. . . . . . . *Epitóme de la historia de España, hasta el principio del siglo presente*, 6.
IV. . . . . . *Estado de la Europa, y en especial de España en este siglo*, 11.
V. . . . . *Conquistas de las Américas*, 17.
VI. . . . . . . *Atraso de las ciencias por falta de proteccion*, 18.
VII. . . . . . *Falta de educacion de la juventud*, 22.
VIII. . . . . . *Nuevo diccionario castellano de Nuño sobre el sentido propio, y abusivo de las voces*, 29.
IX. . . . . . . *Continuacion de la Carta V., apologia de Cortés. Retorcion de las declamaciones de los extrangeros*, 33.
X. . . . . *Relaxacion de costumbres*, 41.
XI. . . . . . . *Cumplimientos. Familiaridades: sus utilidades, é inconvenientes*, 44.
XII. . . . . . *Nobleza hereditaria*, 50.
XIII. . . . . . *Continuacion del mismo asunto*, 51.
XIV. . . . . . *Explicacion de la voz* victoria *segun el*

LXVII. . . . *Pedantería*, 154.
LXVIII. . . . *Conseqüencias del luxo*, 164.
LXIX. . . . . *Vida retirada*, ibid.
LXX. . . . . *Respuesta á la anterior*, 171.
LXXI. . . . . *Continuacion de la precedente*, 174.
LXXII. . . . *Corridas de toros*, 175.
LXXIII. . . . *Varones insignes de la casa reynante en España*, ibid.
LXXIV. . . . *Medios para restablecer á España*, 177.
LXXV. . . . *Matrimonios violentos*, 179.
LXXVI. . . . *Coquetería*, 181.
LXXVII. . . . *Efectos del mal gusto pasado en las ciencias*, 183.
LXXVIII. . . *Carácter de un sabio escolástico*, 187.
LXXIX. . . . *Quejas mutuas de viejos y mozos*, 191.
LXXX. . . . *Abuso del* Don, ibid.
LXXXI. . . . *Incertidumbre de cómo se debe portar el hombre*, 196.
LXXXII. . . *Quinta esencia del modernismo*, ibid.
LXXXIII. . . *Signo de los hombres sabios*, 201.
LXXXIV. . . *Consuelo de la fama póstuma*, 203.
LXXXV. . . . *Indiferencia sobre la misma fama*, 204.
LXXXVI. . . *Apariciones de Santiago en las batallas*, 205.
LXXXVII. . . *Respuesta á la anterior*, 206.
LXXXVIII. . *Tiempo perdido el declamar contra el luxo*, 209.
LXXXIX. . . *Inutilidad de las Cartas de asuntos domésticos*, 211.
XC. . . . . . *Despídese Gazel de Nuño*, 213.
Nota, 216.
Protesta literaria del editor de estas Cartas, 217.

FIN DEL INDICE.